

UN DÍA DIOS JUZGARÁ A LOS POLÍTICOS



OSVALDO REBOLLEDA

UN DÍA DIOS JUZGARÁ A LOS POLÍTICOS



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	6
 Primera parte: <u>La política y su origen espiritual</u>	
Capítulo uno: El poder y la rebelión.....	13
Capítulo dos: La autoridad espiritual y los gobernantes.....	21
Capítulo tres: Babilonia el modelo político del mundo.....	35
Capítulo cuatro: Los gobiernos en la visión de Daniel.....	46
 Segunda parte: <u>La Biblia y los gobernantes</u>	
Capítulo cinco: El gobierno de Dios sobre las naciones.....	59
Capítulo seis: Reyes corruptos de Israel y Judá.....	73
Capítulo siete: Jesús y los poderes terrenales.....	86

Tercera parte: **El poder global y su final**

Capítulo ocho:

El surgimiento del gobierno mundial.....99

Capítulo nueve:

Los sistemas no son redimibles.....110

Capítulo diez:

El juicio de los políticos.....120

Cuarta parte: **Argentina, una historia de corrupción**

Capítulo once:

El pecado estructural en la historia argentina.....130

Capítulo doce:

Política, ideología y religión.....141

Quinta parte: **La Iglesia y su misión en el tiempo final**

Capítulo trece:

Luz en medio de las tinieblas.....152

Capítulo catorce:

La batalla espiritual contra la política corrupta.....163

Capítulo quince:

El Reino inmovible del Cordero.....177

Reconocimientos.....188

Sobre el autor.....190



INTRODUCCIÓN

***“Tú, Señor, nos cuidarás;
¡Siempre nos protegerás de tales gentes!
Los malvados rondan por todas partes,
y todo el mundo alaba la maldad..”***

Salmo 12:7 y 8 DHH

El tiempo que vivimos exige una voz clara, profética y sin temor. Las naciones están en convulsión, los sistemas políticos se tambalean, las ideologías se entremezclan con los anhelos del pueblo, y los hombres buscan en la política la salvación que solo puede venir de Dios.

En medio de ese caos, la Iglesia corre el riesgo de perder su discernimiento espiritual, de ser arrastrada por las corrientes ideológicas o de refugiarse en una pasividad que la vuelve cómplice del mal. Este libro nace de una convicción profunda: Dios no ha quedado indiferente ante la corrupción del poder, y un día los políticos, como todo ser humano, comparecerán ante el trono del Justo Juez.

Hablar de política desde una perspectiva bíblica no es un acto de rebeldía, sino de fidelidad. La Escritura no evade los asuntos del poder, la justicia o el gobierno; al contrario, revela cómo desde el inicio el hombre ha intentado construir un mundo sin Dios.

Desde Babel hasta Babilonia, desde Roma hasta los sistemas modernos, la historia humana es la historia de la soberbia que pretende gobernar sin reconocer al Creador. Los imperios se levantan, las naciones declaran su autonomía, los gobernantes se exaltan como dioses, pero el trono de Dios permanece inmutable, y Su juicio no se detendrá.

El problema no es la política en sí misma. Gobernar es una responsabilidad necesaria para la vida en sociedad, y la autoridad es un principio divino establecido para el orden y la justicia. Sin embargo, el pecado ha corrompido ese diseño original. Los sistemas de gobierno, en sus diferentes formas, han sido contaminados por el orgullo, la codicia y la manipulación.

Los poderosos prometen servir al pueblo, pero terminan sirviéndose de él. Se presentan como salvadores, pero son esclavos de intereses ocultos, de ambiciones personales o de estructuras espirituales que los superan. Lo que muchos ven como una lucha meramente política, en realidad es una batalla espiritual por el control de las naciones.

La Biblia muestra que detrás de los gobiernos terrenales hay potestades espirituales. Cuando Daniel oró por su nación, un ángel le reveló que el “príncipe de Persia” se oponía a la respuesta divina. Esa escena nos recuerda que los asuntos de la política no se resuelven solo en parlamentos, urnas o ministerios, sino en los lugares celestiales.

La política tiene un trasfondo espiritual, y el enemigo usa el poder para oprimir, dividir y desviar a las naciones del propósito de Dios. Por eso, cada vez que la Iglesia se involucra en los asuntos de este mundo, debe hacerlo con discernimiento y santidad, sabiendo que no lucha contra carne ni sangre, sino contra principados y potestades que operan detrás de los sistemas humanos.

Los sistemas políticos, sean democráticos, autoritarios o totalitarios, no son redimibles en su esencia. Pueden ser más o menos justos, más o menos opresivos, pero todos comparten una misma raíz: el intento de organizar el mundo sin el gobierno de Dios.

El Reino de los cielos no surgirá de ninguna estructura humana; su origen no está en una ideología ni en un voto, sino en la persona de Jesucristo, el Rey eterno. Él vino a establecer un Reino que no depende de constituciones ni de elecciones, sino del poder transformador del Espíritu Santo en los corazones. Sin embargo, mientras ese Reino se manifiesta plenamente, la Iglesia está llamada a ser testimonio de justicia en medio de la injusticia, sin rendirse a la corrupción ni callar ante el pecado.

Vivimos una época de engaños globales. Las agendas políticas del siglo XXI buscan moldear la mente de las masas, cambiar los valores, redefinir la moral y normalizar lo que Dios aborrece. En nombre de la libertad, se aprueba la muerte de los inocentes; en nombre del progreso, se desfigura la verdad; y en nombre de la justicia, se fomenta la división.

El poder político se ha convertido en un altar moderno donde se sacrifica la verdad a cambio de votos. Pero la Iglesia no puede permanecer indiferente. Cuando los profetas guardan silencio, los corruptos prosperan; cuando los hijos de Dios se acomodan al sistema, las tinieblas avanzan sin resistencia.

Argentina, como tantas otras naciones, ha sufrido las consecuencias de la corrupción institucionalizada. Los nombres cambian, los partidos se alternan, pero el espíritu que gobierna permanece el mismo: codicia, mentira, manipulación y soberbia.

No se trata solo de un problema ético o económico, sino de una enfermedad espiritual que corroe la conciencia nacional. Por eso, este libro no busca señalar con odio, sino revelar con verdad; no pretende incitar a la venganza, sino despertar al pueblo de Dios para que vea la historia con ojos espirituales. Porque antes que ciudadanos de una patria terrenal, somos embajadores de un Reino que no tiene fin.

El cristiano no debe refugiarse en el miedo ni en el cinismo. No es voluntad de Dios que su Iglesia se encierre, ni que se contamine con los juegos del poder. Debemos mantenernos firmes, orar por los gobernantes, denunciar la injusticia y esperar con fe el juicio perfecto de Dios.

Los profetas antiguos no callaron ante los reyes corruptos; Juan el Bautista fue encarcelado por denunciar el pecado de Herodes; y Jesús mismo desenmascaró la

hipocresía de los líderes religiosos y políticos de su tiempo. La Iglesia verdadera no teme al poder, porque su esperanza no está en la tierra, sino en el cielo.

Hablar del juicio de Dios sobre los políticos no es un acto de revancha, sino de esperanza. El juicio de Dios es el acto supremo de justicia: el día en que todo lo oculto saldrá a la luz, en que los poderosos y los oprimidos estarán ante el mismo trono, y en que la mentira será desenmascarada.

Los que se enriquecieron con la corrupción, los que manipularon pueblos enteros, los que legislaron contra la verdad, los que llamaron bien al mal, todos comparecerán ante Aquel que juzga con equidad. En ese día no habrá inmunidades, fueros ni privilegios; solo quedará la verdad. Y allí, el Cordero que fue inmolado mostrará Su gloria, y todo ojo le verá.

Este libro es una llamada a despertar. No pretende alimentar el enojo, sino encender la conciencia. No busca fomentar divisiones políticas, sino restaurar la visión del Reino. Es tiempo de discernir los tiempos, de mirar más allá de los discursos y las promesas, y de reconocer que el enemigo de las almas está utilizando los sistemas humanos para preparar el escenario del gobierno final del anticristo.

También es tiempo de recordar que el Reino de Dios no será vencido. Jesús dijo: ***“Mi Reino no es de este mundo”***; y sin embargo, ese Reino avanza en medio de las tinieblas,

conquistando corazones, transformando vidas y anunciando el juicio que viene.

La Iglesia debe volver a ser la voz profética de las naciones. Debe denunciar la corrupción con valentía, orar por los gobernantes con compasión y esperar al Señor con santidad. Debe recordar que su misión no es conquistar el poder político, sino manifestar el poder espiritual del Evangelio.

Y mientras los sistemas humanos se derrumban, debe mantener viva la esperanza en el retorno del Rey de reyes y Señor de señores. Porque el día se acerca en que Dios juzgará a los políticos, y con ellos a todo sistema que se levantó contra Su voluntad. Ese día, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor.

Porque escrito está:

“Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios.”

Romanos 14:11



PRIMERA PARTE

LA POLÍTICA Y SU ORIGEN ESPIRITUAL

Capítulo uno

EL PODER Y LA REBELIÓN

“La raíz de los sistemas humanos”

Desde los albores de la eternidad, antes de que el tiempo se desplegara como una línea visible para los hombres, ocurrió una rebelión silenciosa en los cielos. Fue el primer intento de independencia, la primera política sin Dios. Allí, donde la luz era perfecta y la armonía absoluta, una criatura deslumbrante decidió que la gloria no debía fluir solo hacia el Creador, sino también hacia sí misma. Lucifer, el querubín protector, quiso ser más que un servidor; deseó ser soberano. En su corazón se gestó la primera ideología del poder sin santidad, el primer programa de autogobierno.

El profeta Isaías, con lenguaje poético y penetrante, expone el misterio de esa caída: ***“Tú que decías en tu corazón: subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios levantaré mi trono, y seré semejante al Altísimo”*** (Isaías 14:13 y 14). Ezequiel, por su parte, describe la corrupción interna de aquel ser perfecto: ***“Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad”*** (Ezequiel 28:15).

Así nació el principio de todo sistema político caído: el deseo de poder sin sometimiento, de autoridad sin dependencia, de grandeza sin obediencia. Lucifer no se rebeló por necesidad, sino por ambición. No le faltaba nada, excepto el trono. Esa ambición espiritual se convirtió en el modelo oculto detrás de todos los reinos humanos que posteriormente se levantarían.

Desde entonces, toda forma de poder separada de Dios lleva en su genética esa misma herencia de rebelión. El poder, cuando no está bajo la autoridad divina, degenera en dominio, manipulación y control. Lo que en el cielo comenzó como orgullo se tradujo en la tierra como tiranía.

Por eso Jesús dijo que los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, pero *“no será así entre vosotros”* (**Lucas 22:25 y 26**). Cristo reveló que el poder verdadero no reside en la capacidad de dominar, sino en la disposición de servir.

El pecado de Lucifer no fue solo moral, fue estructural: alteró el orden del Reino. Rechazó el principio de autoridad divina para instaurar el principio de autogobierno. Esa fractura espiritual dio origen a una cadena de sistemas humanos que, aunque cambiaron de nombre y de bandera a lo largo de los siglos, conservan la misma esencia: el hombre queriendo ocupar el lugar de Dios.

La tierra se convirtió en el escenario donde esa antigua rebelión celestial buscó establecer su réplica visible. Desde

el Edén hasta nuestros días, el enemigo ha intentado reproducir su propio orden mundial, una estructura de poder que se opone al Reino. Por eso, cuando el ser humano come del fruto prohibido, no lo hace por hambre, sino por deseo de autonomía: ***“seréis como Dios” (Génesis 3:5)***. Esa frase, que sedujo a Eva, sigue siendo el lema secreto de todos los imperios: ser como Dios, decidir el bien y el mal por sí mismos, sin rendir cuentas a nadie.

El primer experimento político de la humanidad surge, precisamente, como fruto de esa arrogancia colectiva. **Génesis 11** narra cómo los hombres, unidos bajo un solo propósito, dijeron: ***“Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra” (Génesis 11:4)***.

Babel no fue solo un proyecto arquitectónico, fue una declaración de independencia espiritual. Allí nació el primer gobierno humano que quiso organizar la sociedad sin la dirección divina. La torre era el símbolo visible del deseo invisible del hombre: alcanzar el cielo por sus propios medios. La política, en su forma más primitiva, apareció allí como un intento de salvación colectiva sin Dios.

El pecado de Babel no fue la unidad, sino el propósito de esa unidad. No se unieron para adorar, sino para sustituir al Creador. El espíritu de Babel sigue actuando en cada época: cuando la humanidad cree que puede erigir su propio orden moral, su justicia, su seguridad y su progreso sin la

intervención divina, está repitiendo el mismo error. Dios confundió las lenguas, no por capricho, sino para impedir que el mal alcanzara una concentración de poder total.

La dispersión de Babel fue, en realidad, un acto de misericordia. Si el hombre hubiese logrado consolidar aquel sistema, habría sellado su condena bajo un gobierno global de soberbia y control. Dios detuvo el proyecto, no porque odiara la organización, sino porque amaba la redención. Desde entonces, el cielo ha puesto límites al poder humano, recordando que ningún imperio puede erigirse indefinidamente contra Él.

El eco de esa rebelión inicial resuena en cada estructura política contemporánea. Los sistemas cambian de rostro, pero conservan el mismo espíritu: el deseo de gobernar sin rendición, de ejercer autoridad sin sometimiento a Dios. En esencia, la política humana es la institucionalización del orgullo espiritual.

Por eso, todo creyente maduro debe aprender a discernir detrás de los discursos y los programas políticos el conflicto original que late en el fondo: el choque entre el Reino de Dios y el reino del yo. La lucha no es entre partidos, sino entre dos tronos: el trono de Dios y el trono del hombre. Y solo uno de ellos permanecerá para siempre.

Cuando el hombre se separa de Dios, pierde el sentido original de la autoridad y la reemplaza por el poder. La autoridad fue concebida por el Creador como una extensión

de Su carácter, un reflejo visible de Su gobierno invisible. Pero el poder, cuando no nace de la comunión con Él, se transforma en un instrumento de dominio, manipulación y control. Lo que debía ser un canal de servicio se convierte en un trono de opresión.

La autoridad legítima proviene de Dios y se ejerce para el bien del otro. El poder usurpado nace del ego y se utiliza para beneficio propio. Una está ungida por el Espíritu; la otra está impulsada por la carne. Una exalta la voluntad de Dios; la otra se sirve de Su nombre para perpetuar su propia agenda. La historia humana, desde los reyes antiguos hasta los gobiernos modernos, es el relato de esta tensión entre la autoridad delegada y el poder corrompido.

***“No hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay,
por Dios han sido establecidas.”***

Romanos 13:1

En este versículo, el apóstol no estaba glorificando a los gobernantes, sino al principio divino de gobierno. De hecho explicaré detalladamente esto en el siguiente capítulo que he titulado “La autoridad espiritual y los gobernantes”. Ahora bien, entendamos por ahora, que la autoridad es un don sagrado, no una propiedad personal.

Ciertamente Dios puede otorgarla y retirarla según Su propósito, así como puede permitir aquellas cosas que contribuyan a Su propósito. Cuando el hombre convierte la autoridad en posesión, la desvirtúa y la convierte en tiranía.

Por eso el mismo Pablo, que reconocía la autoridad de los reyes, también se negó a obedecer cuando esa autoridad se oponía al Evangelio (**Hechos 5:29**).

El poder humano busca control; la autoridad divina busca orden. Uno domina por la fuerza, la otra influye por el ejemplo. En Cristo vemos la imagen perfecta de la autoridad delegada: Él tenía todo poder en el cielo y en la tierra, pero se ciñó la toalla y lavó los pies de sus discípulos. No gobernó con espada, sino con amor. No impuso Su voluntad, sino que la ofreció. Su trono fue una cruz. Esa es la diferencia entre el poder del mundo y el poder del Reino.

La política, en su concepción terrenal, se ha convertido en la institucionalización del poder usurpado. Nació para organizar la sociedad, pero se corrompió al convertirse en medio de dominación. Desde los faraones de Egipto hasta los imperios contemporáneos, los hombres han utilizado el gobierno para someter a otros y mantener privilegios. Han hecho del Estado un ídolo, del poder una religión y de la ambición una virtud.

El profeta Samuel advirtió al pueblo de Israel cuando éste pidió un rey “como las demás naciones”: ***“Éste será el derecho del rey que reinará sobre vosotros: tomará a vuestros hijos... tomará lo mejor de vuestros campos... y vosotros seréis sus siervos”*** (1 Samuel 8:11 y 17).

Dios no rechazó la existencia de un gobierno, sino la motivación que lo impulsaba. Israel no buscaba un rey para

honrar a Dios, sino para imitar a los pueblos paganos. En su deseo de parecerse al mundo, renunciaron al modelo del Reino. Desde ese momento, la política israelita se volvió espejo de la política humana: un sistema que toma lo que debería servir.

El poder, en su forma corrupta, convierte a las personas en medios y no en fines. La autoridad divina, en cambio, ve en cada ser humano una vida digna de cuidado y justicia. El poder político se sustenta en la apariencia de control, pero la autoridad espiritual reposa en la soberanía de Dios. Los hombres gobiernan por decreto; Dios gobierna por destino. Los sistemas humanos cambian, pero el Reino permanece. Por eso, toda estructura de poder que no se somete a la autoridad del cielo termina erosionándose desde dentro.

La política es el intento del hombre de organizar la tierra sin depender del cielo. Es el fruto maduro de la rebelión de Lucifer, manifestado en estructuras, leyes y agendas. Mientras más se exalta la autonomía humana, más se profundiza la esclavitud espiritual. El hombre, en su afán de ser libre de Dios, termina esclavizado por su propio poder.

Pero el Reino de Dios propone otro orden: un gobierno que no nace del consenso humano, sino de la voluntad divina; un poder que no se conquista, sino que se recibe; una autoridad que no oprime, sino que redime. En ese Reino, el grande sirve, el líder se humilla y el trono es el lugar de la obediencia.

Los imperios humanos son frágiles, porque se edifican sobre el orgullo. Pero la autoridad de Cristo es eterna, porque se funda en la obediencia. ***“Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó hasta lo sumo” (Filipenses 2:8 y 9).*** Ése es el principio que los políticos del mundo no comprenden: la verdadera grandeza no se impone, se entrega.

El día que los reinos de la tierra comprendan que toda autoridad legítima debe nacer de la obediencia al cielo, cesará la corrupción. Pero mientras los hombres busquen poder sin sumisión, continuarán construyendo sus torres de Babel, repitiendo el mismo ciclo de rebelión que comenzó en el corazón del querubín caído.

Sin embargo, el juicio de Dios no tardará. Cada estructura edificada sobre la soberbia será derribada, y todo poder usurpado será despojado. Cuando el Reino de Cristo se manifieste plenamente, el orgullo de los hombres quedará reducido al polvo, y solo Su trono permanecerá. Entonces se cumplirá la palabra:

“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de Su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos”

Apocalipsis 11:15



Capítulo dos

LA AUTORIDAD ESPIRITUAL Y LOS GOBERNANTES

“Todo cuanto el Señor quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos”

Salmos 135:6

Para entender realmente qué es la autoridad, es necesario que analicemos algunas definiciones. Por ejemplo, según el Diccionario Etimológico Online, la palabra “autoridad” proviene del término autor, que significa “amo”, “líder”, “creador”, etc.

Según el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), autoridad es la facultad, derecho o poder de mandar o gobernar sobre algo que está subordinado. También se define como la capacidad de influir sobre los demás por ser importante o destacarse en una actividad, y como la persona que tiene la facultad o el poder de tomar decisiones y hacerlas cumplir.

En el Nuevo Testamento aparece el término griego “*exousía*”, que se refiere a la autoridad o al poder espiritual de Jesucristo, y en menor medida, a la autoridad ejercida por sus discípulos, lo cual también incluye a Su Iglesia.

La autoridad, entonces, es la facultad o potestad que se tiene para gobernar o ejercer el mando. La palabra, en nuestro idioma español, proviene del latín “*auctoritas*”, que a su vez deriva del verbo “*augere*”, que significa “aumentar” o “promover”. Como tal, la autoridad es el atributo que otorga a una persona, cargo u oficio el derecho para dar órdenes. Asimismo, es la cualidad que propicia que una orden se cumpla. De este modo, tener autoridad supone, por un lado, mandar, y por el otro, ser obedecido.

La palabra “autoridad” también se asocia al poder del Estado que, como tal, se rige por una serie de leyes y normas según las cuales está dotado de poder para ejercer autoridad sobre los ciudadanos que forman parte de él. De allí que “autoridad” sea también sinónimo de potestad, facultad y legitimidad de los gobernantes para mandar u ordenar.

La autoridad, por otra parte, supone también el prestigio y crédito que se reconoce en una persona o institución en razón de su legitimidad, calidad o competencia en algún ámbito o materia específica.

Se define como el poder para hacer cumplir determinadas órdenes. Ahora bien, esta definición no basta para explicar la autoridad de Dios, porque ésta es diferente

de las demás, sean humanas o angelicales. Su suprema autoridad origina o permite todas las autoridades existentes.

“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.”

Apocalipsis 4:11

Creo que la autoridad de Dios es Su dignidad como Creador de todas las cosas, para hacer como Él quiere, y por lo cual debe ser reverenciado, honrado y adorado. Es aquí donde radica el problema, porque la gran mayoría de los sistemas de gobierno y de los gobernantes funcionan sin reconocer la autoridad divina, actuando bajo derechos opuestos a la autoridad de Dios; pero aun así, están en pie dentro de Su voluntad permisiva.

Dios es el único que tiene el poder de hacer lo que quiere soberanamente. Y como Creador de todo lo que existe, tiene el derecho de hacer lo que le plazca con Su creación. Por eso, sólo Él tiene plena y total autoridad, como un alfarero, para hacer con el barro lo que bien le parezca. Sin embargo, creo que es necesario comprender esa soberanía ante la gran corrupción de los gobernantes, hoy en día y a través de la historia. Cuando Pablo escribió:

“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, Y las que hay, por Dios han sido establecidas.”

Romanos 13:1

Muchos simplemente interpretan estas palabras de manera literal, entendiendo que todo gobernante es escogido por Dios y puesto en su cargo. Pero esto no funciona de esa manera. Es claro que, en el deseo de no agregar nada a la Palabra del Señor, muchos enseñan este pasaje de manera superficial. El problema es que muchos de esos textos obedecen a un contexto histórico, en el marco de situaciones únicas y especiales. Tomarlos sin interpretación alguna puede ser algo muy peligroso.

También es posible que se tornen peligrosas algunas interpretaciones, entendiendo primero esto: que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada (**2 Pedro 1:20**). Aquí está el gran problema: si tomamos algunos pasajes de manera literal, caeremos en el legalismo; pero si los interpretamos según nuestro propio criterio, terminaremos pecando.

Ante estas situaciones, algunos prefieren ignorar ciertos pasajes bíblicos, y esa es la evidencia de que algo está mal. Esto explica el motivo por el cual hoy tenemos diferentes puntos de vista respecto de algunos textos. Lo cual no debería ser tan problemático si no toca los fundamentos de nuestra fe; pero siempre deberíamos apelar a la coherencia espiritual.

Sin embargo, la violencia intelectual de algunos ministros genera contiendas y divisiones. Ojalá el Señor imparta sobre todos y cada uno de nosotros la humildad suficiente para intercambiar conceptos, aprender, corregir y

debatir pacíficamente sobre todo tema controversial, utilizando un sano criterio de juicio.

Expreso esto por causa de este pasaje de **Romanos 13:1**, sobre el cual se ha producido, a mi entender, un lamentable error. Si enseñamos esto de manera literal, no nos queda otra que atribuir a todo personaje, incluso a los más perversos dictadores de la historia, su posición y su gestión como algo programado y aprobado por el Señor.

Es decir, basados en este pasaje, muchos asumen que aun Mao Zedong, quien, según los historiadores, asesinó al menos a 78 millones de personas, Josef Stalin, que asesinó a 23 millones, o el mismo Adolf Hitler, quien asesinó al menos a 17 millones de personas, así como los muchos tiranos, ladrones, corruptos y perversos gobernantes que históricamente se han enseñoreado de las naciones, fueron puestos por Dios, y que debemos respetarlos, honrarlos con obediencia y bendecir sus vidas. Pero esto, ¿realmente es así? ¿En verdad hay que orar para que a gobernantes corruptos les vaya bien? (**1 Timoteo 2:2**).

Para entender esto, analicemos un pasaje del evangelio de Juan, que en muchas ocasiones también ha sido mal interpretado:

***“Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas?
¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte,
y que tengo autoridad para soltarte? Respondió Jesús:
Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada***

de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene. Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone.”
Juan 19:9 al 11

Este pasaje tiene como centro del intercambio el gran tema de la autoridad. Pilato le pregunta a Jesús si era consciente de la autoridad que él tenía. Jesús reconoce que es verdad lo que Pilato decía, pero le aclara que no tendría esa autoridad si no le hubiese sido dada de arriba.

La pregunta sería: ¿a quién se refería Jesús cuando dijo que la autoridad le había sido dada de arriba? Todos concluyen que, si no hay autoridad sino de parte de Dios y las que hay por Dios han sido establecidas, el “de arriba” debe ser el Padre.

Ahora bien, la siguiente pregunta sería: ¿por qué Jesús dijo: ***“El que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene”***? Si alguien lo entregó, fue porque tenía autoridad para hacerlo. Pero es claro que Jesús no se estaba refiriendo al Padre, ¿verdad? A menos que pensemos que Jesús acusaba al Padre de pecado mayor, lo cual sería un absurdo.

Jesús no estaba diciendo que el Padre le había dado autoridad a Pilato para torturarlo o matarlo, sino que el sumo sacerdote Caifás y los miembros del Sanedrín le habían conferido autoridad, porque ellos lo llevaron ante Pilato para

que lo condenara. Ellos eran la autoridad espiritual. Es aquí donde encontramos un principio espiritual muy importante para comprender la política y el rol de la Iglesia.

Jesús no reconocía a Roma como la primera autoridad, sino al gobierno espiritual judío, que debía haber funcionado con revelación. Él obedeció a la autoridad espiritual de Israel porque estaba bajo esa autoridad. Jesús debía desarrollar su ministerio en el marco de la legalidad espiritual, y el Padre había asignado al sacerdocio de esa época ser la autoridad espiritual de la nación.

Notemos que Jesús, cuando fue interrogado, respondió a todas las preguntas del sumo sacerdote, pero no a todas las de Pilato. Si Jesús no hubiese reconocido la autoridad espiritual del sumo sacerdote, habría pecado contra Su Padre, ya que esa autoridad espiritual, esa orden sacerdotal, por más corrompida que estuviera, había sido establecida por medio de Moisés bajo la orden específica del Padre.

Ahora veamos la clave de todo esto. Dios estableció un sacerdocio que, en plena comunión con Él, debía sostener espiritualmente a la nación de Israel. Si lo hacía con efectividad, la nación tendría buenos gobernantes, prosperidad económica y paz con otras naciones.

Pero si los sacerdotes, como autoridad espiritual de la nación, no cumplían con el rol asignado por Dios, abrían la puerta a reyes corruptos, a un pueblo alejado de la voluntad

divina, a la pobreza económica y a dolorosos ataques de naciones paganas.

Eso fue lo que le ocurrió a Israel en varias ocasiones. Por eso fueron atacados por filisteos, madianitas, amonitas y otros pueblos en la época de los jueces. Luego fueron deportados a Babilonia y estuvieron oprimidos durante setenta años; más tarde vinieron los persas, los griegos y, en la época de Jesús, los romanos. Pero no era voluntad de Dios que Israel sufriera a manos de nadie.

Todas estas cosas acontecieron por causa de la rebeldía y la desobediencia permitida por la autoridad que el Señor había establecido, que era primeramente el sacerdocio espiritual. Debemos entender que toda autoridad es primeramente espiritual, y si la autoridad espiritual era eficaz, toda la nación era beneficiada; pero si la autoridad espiritual era deficiente, toda la nación se veía perjudicada.

Por lo tanto, Israel estaba bajo el dominio de Roma porque no había hecho bien las cosas. No importaba cuán poderosos fueran esos imperios: si Israel hubiera estado en obediencia y plena comunión con Dios, jamás habría sido oprimida, ni por Roma ni por nadie.

Por eso Jesús dijo: ***“El que me ha entregado a ti, mayor pecado tiene...”*** Porque los que lo habían entregado eran las autoridades espirituales de Israel, que ciertamente habían sido establecidas por el Padre, y que, si en lugar de atacarlo hubiesen tenido revelación para recibirlo y honrarlo,

jamás habría acontecido que Pilato se encontrara frente a Él con autoridad para golpearlo.

En definitiva, no todo presidente o político corrupto tiene autoridad de parte de Dios, como algunos sostienen. Es cierto que Él permite no solo que alguien viva, sino también que ocupe ciertos cargos. Incluso notemos que Satanás es una criatura creada que Dios podría exterminar, pero aún le permite ejercer ciertas operaciones en el mundo. Sin embargo, Satanás no tiene ninguna autoridad contra la Iglesia a menos que la Iglesia abra puertas o deje de ejercer su legítima autoridad en Cristo.

En tal caso, podría decir que el avance de las tinieblas solo es posible ante la ausencia de la luz, y esa es una responsabilidad de la Iglesia. También creo que la Iglesia es la que tiene autoridad espiritual, y si no toma esa autoridad, estará concediendo, aunque de forma indirecta, autoridad a quienes nunca deberían gobernar. No me refiero a cristianos sentados en las sillas del poder en diferentes naciones, sino al verdadero poder espiritual de la Iglesia.

Cuando digo que la Iglesia “le da autoridad”, no lo expongo desde un punto de vista voluntario. Tengamos en cuenta que el diablo es ladrón, usurpador y mentiroso, y si nosotros no usamos nuestra autoridad, él terminará utilizándola, aunque no le corresponda.

Tampoco digo que la Iglesia haya determinado poner a líderes corruptos en funciones. Digo que no hemos ejercido

el poder de nuestra autoridad espiritual para determinar el rumbo de nuestras naciones, lo cual no implica estar comprometidos con el gobierno de turno, sino dominar los ámbitos espirituales de las ciudades y de la nación. Aclaro que me refiero al “gobierno espiritual”, no al dominionismo ni a la teología del reemplazo o supersesionismo.

Si nosotros tenemos un auto que nos regaló nuestro padre, tenemos el derecho de propiedad y la autoridad para utilizarlo solamente nosotros. Sin embargo, si lo dejamos en la calle toda la noche, con la puerta abierta y las llaves puestas, alguien que nunca debería manejarlo terminará conduciéndolo. No podemos, después de eso, decir que somos víctimas o que Dios le ha dado autoridad al ladrón para quitarnos el auto. Simplemente fuimos nosotros quienes no ejercimos nuestro derecho y nuestra autoridad.

Cada vez que la Iglesia camina sin utilizar la autoridad que el Padre le otorgó, alguien terminará usando esa misma autoridad, aunque sea de forma ilegal y corrupta. Obviamente, para lograr siquiera un destello de esto, deberíamos tener una Iglesia espiritualmente unida, sólida y comprometida.

Ante esto, algunos podrían preguntarse: ¿Si esto es así, por qué la Iglesia del primer siglo, que era tan ungida, no pudo cambiar los aires de Roma, sino que fue sometida por su perverso poder? Bueno, en primer lugar, la Iglesia del primer siglo era aún pequeña y no tenía una comprensión profunda del Nuevo Pacto tal como la tenemos hoy en día.

Era una Iglesia ungida, pero que aún caminaba en mucha confusión entre los judíos y los gentiles.

Notemos, por las cartas de Pablo, que eran congregaciones ungidas, pero con muchos conflictos, divisiones, pleitos y contiendas, y con una cultura pecaminosa que no les fue fácil manejar. Cuando la Iglesia fue creciendo y comprendiendo el Pacto, Constantino reconoció el poder y el peligro que representaba esa Iglesia creciente; por tal motivo, la diluyó con sus decisiones políticas.

Luego se encargó de mezclar lo espiritual con lo político, al punto de desarmarla y desactivar su verdadero poder. Fue entonces cuando, de manera perversa, se formó la estructura de la iglesia que hoy conocemos como el catolicismo romano: una iglesia vinculada a los poderes políticos del mundo, pero no para confrontarlos con autoridad espiritual, sino para afianzar sus intereses económicos y su influencia, a cualquier costo.

Tengamos en claro que Dios puede hacer todo lo que quiere, porque Él es soberano. Pero Dios no anda impidiendo todo lo que no debe pasar, ni generando todo lo que nosotros debemos generar. Si fuera así, ya todo sería perfecto, como ciertamente lo será en la venida del Rey. Hoy por hoy, somos nosotros los responsables de actuar con la autoridad que nos ha sido otorgada en Cristo.

En fin, respecto de las naciones, puedo concluir que el hombre natural no tiene autoridad asignada por Dios. Recordemos que el mundo entero está bajo el maligno, y este otorga autoridad usurpada. La autoridad legítima viene de Dios, y Él se la da a sus hijos en Cristo y para Su propósito. Pero cuando los hijos no ejercen dicha autoridad, alguien la usará, aun en contra de ellos.

Con esto no pretendo generar expectativas respecto de lo que está claro que no ocurrirá hasta la venida del Señor. Solo me refiero al potencial que tiene la Iglesia, a su poder espiritual y a la lamentable falta de revelación del liderazgo en general. Cuando la Iglesia pretende vincularse con la política, pensando que vamos a cambiar las naciones a través de sus espacios de poder, estamos equivocados.

No digo que los cristianos no deban estar en política, ojalá mucha gente íntegra, genuina y ungida ocupe cargos con honestidad, porque harán mucho bien a sus territorios. Pero el liderazgo de la Iglesia debe mantenerse activo solamente en su rol. Y si algunos pastores creen que, por sacarse unas fotos con políticos, tienen cierta influencia o poder, simplemente están equivocados.

¿Qué hacemos entonces con los gobiernos corruptos? El día que legislemos como la nación espiritual que somos, y pensemos en unidad, ejerciendo la autoridad desde las cortes celestiales, podremos producir ciertos cambios. Aunque sabemos que hay cosas que se están poniendo mucho peor, porque ya hemos entrado en los últimos tiempos. Mientras

tanto, no nos comportemos como víctimas, sino que recapacitemos al respecto y no seamos cómplices de ellos.

He visto en Argentina de qué manera, en épocas de elecciones, muchos cristianos andan confundidos, apoyando a gobiernos corruptos, sin darse cuenta de que son cómplices de su pecado. Esos mismos gobiernos que apoyan luego establecen leyes a favor del aborto, del matrimonio igualitario, de la impunidad y de la injusticia social. Y, en todo caso, *“mayor pecado tienen los que entregan la nación a esos gobernantes corruptos”*.

Los hijos del Reino podemos tener ideas personales respecto a las políticas de este mundo, pero debemos estar ajenos a toda ideología. Puede que coincidamos más con alguna en particular, y eso no es un problema. El pecado se produce cuando tomamos una ideología determinada y nos subimos a ella, defendiéndola de manera absoluta, porque toda ideología humana tiene un dejo de mentira y corrupción. Si no reconocemos eso, terminaremos siendo fanáticos, y todo fanático, aun en el ámbito deportivo, está pecando.

Algo más: ¿cuando hay gobiernos corruptos o injustos debemos someternos a ellos en obediencia? Bueno, si lo que establecen no se opone a la perfecta voluntad de Dios, sí debemos sujetarnos. Pero, desde el momento en que nos quieran obligar a pecar o abandonar la fe, como ocurrirá el día que se proponga la marca de la bestia, simplemente debemos negarnos y oponernos, aunque eso implique ser

perseguidos, oprimidos, encarcelados, torturados o asesinados.

“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.”

Apocalipsis 3:10 y 11



Capítulo tres

BABILONIA EL MODELO POLÍTICO DEL MUNDO

***“¡Huyan de Babilonia! ¡Sálvese quien pueda!
¡No mueran por causa del pecado de ella!
Ésta es la hora de mi venganza,
Y le pagaré como merece.”
Jeremías 51:6***

Desde los primeros capítulos de la Biblia hasta las últimas páginas del Apocalipsis, el nombre “Babilonia” aparece como una sombra persistente, un símbolo que atraviesa los siglos. No se trata solo de una ciudad antigua ni de un imperio desaparecido; es la representación espiritual de un sistema: el modelo político, económico y religioso del mundo caído. Babilonia es mucho más que historia: es una ideología, una estructura de poder que busca gobernar los corazones, controlar las conciencias y suplantarse la soberanía de Dios.

Cuando Nimrod edificó la antigua Babel, la precursora de Babilonia, plantó las semillas de ese sistema. **Génesis 10**

lo describe como ***“poderoso cazador delante de Jehová”*** (**Génesis 10:9**). Esa expresión no alude solo a la destreza física, sino al dominio político. Nimrod no cazaba animales, cazaba voluntades. Fue el primer hombre en levantar un gobierno centralizado con propósito de control. En su espíritu estaba la misma ambición del Edén: construir una civilización que pudiera prosperar sin depender del Creador.

De esa raíz nació Babilonia: un imperio que se erige sobre tres pilares: religión, economía y política, los cuales, desde entonces, se entrelazan como las tres cuerdas del poder humano. A través de ellos, la humanidad ha intentado alcanzar seguridad, identidad y control, pero siempre al margen de Dios.

Babilonia representa el sistema donde el hombre, cegado por su orgullo, convierte el poder en un instrumento de idolatría. Isaías profetizó contra ella diciendo:

***“Tú que decías en tu corazón: para siempre seré señora...
pero vendrán sobre ti estos dos males, en un mismo día:
orfandad y viudez.”***

Isaías 47:7 al 9

Esa arrogancia caracteriza a todo sistema político que se endiosa a sí mismo. Babilonia fue esplendorosa en su tiempo: sus murallas eran de un grosor tal que, según los registros históricos, podían pasar carros por encima. Su grandeza era innegable, pero su orgullo también. Creyó que su poder la haría eterna.

Así como Lucifer en el cielo, Babilonia en la tierra pensó que podía reinar sin someterse al Altísimo. Lucifer planificó exaltar su trono sobre todas las huestes celestiales y hacerse ***“semejante al Altísimo”*** (Isaías 14:14). Este fue el comienzo de una situación nueva y hostil en la que el amor altruista y la cooperación de Dios se verían desafiados por el egoísmo y la competitividad de Lucifer. El enemigo no temió acusar a Dios de lo que él mismo era y difundir sus mentiras a los demás ángeles. Estos son los misteriosos orígenes del mal en el Universo.

Lucifer trabajó de forma tan engañosa que muchos de los ángeles se decidieron por su causa antes de que se conocieran plenamente sus propósitos. Aun los ángeles leales no pudieron discernir plenamente su carácter ni ver dónde llevaba su obra, así de engañoso es el sistema de la oscuridad. Cuando Satanás consiguió ganar a muchos ángeles para su bando, llevó su causa a Dios, pretendiendo que era el deseo de los ángeles que él ocupara el puesto que tenía Cristo.

El mal continuó obrando hasta que el espíritu de descontento se tradujo en una revuelta activa. Entonces hubo guerra en el cielo y Satanás, con todos sus simpatizantes, fue expulsado. Satanás había lidiado en procura del dominio en el cielo, y había perdido la batalla. Dios no estuvo dispuesto a dispensarle más honor y supremacía, por lo tanto fueron quitados junto con la parte que había tenido en el gobierno del cielo, pero el enemigo nunca se ha renunciado a su propósito, por lo tanto, lo que no pudo generar en el cielo, procura generarlo en la tierra a través de los hombres.

El libro de Daniel la presenta en su máximo esplendor bajo Nabucodonosor, el monarca que se paseaba por sus palacios diciendo: “***¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?***” (Daniel 4:30). Ese es el espíritu del sistema que comenzó con Lucifer, que descendió a la tierra, y que desde los días del Edén sigue procurando edificar su rebelión contra el Reino de Dios.

Dios no lo admitió en el cielo, y lo terminará destruyendo en la tierra, por eso, mientras Nabucodonosor hablaba, una voz del cielo lo interrumpió, decretando su caída. El rey poderoso terminó comiendo hierba como las bestias, hasta que reconoció que “***el Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y que a quien Él quiere lo da***” (Daniel 4:32).

Esa escena resume el espíritu de Babilonia: poder sin reconocimiento de Dios, grandeza sin gratitud, dominio sin humildad, ambiciones sin destino. Cada vez que una nación, un gobierno o una persona se coloca en el centro de su propio universo, el espíritu de Babilonia vuelve a levantarse, y aunque todo intento de rebelión permanezca, pero aunque su violencia escale, el Reino de Dios terminará imponiendo su poder.

Babilonia no desapareció con la caída de su ciudad. Su espíritu se trasladó a otros imperios: Egipto, Asiria, Persia, Grecia, Roma... y sigue vivo en los sistemas modernos. Cambian los nombres, pero no la naturaleza. En Egipto, se

manifestó en la esclavitud; en Asiria, en la violencia; en Roma, en la arrogancia del poder absoluto. En cada uno de ellos, el hombre trató de establecer una civilización global basada en su propia gloria.

El profeta Jeremías habló de Babilonia como ***“copa de oro en la mano de Jehová, que embriagaba a toda la tierra”*** (Jeremías 51:7). Esa imagen es poderosa: Babilonia embriaga. Sus ideales de éxito, poder y placer intoxican a las naciones, adormeciendo su conciencia espiritual. Por eso, en la actualidad, su influencia es más sutil, más sofisticada, pero igualmente real. Hoy embriaga a través de ideologías, consumo, idolatría mediática y política. El Apocalipsis retoma ese símbolo y lo lleva a su clímax:

“Cayó, cayó la gran Babilonia, la que ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”

Apocalipsis 14:8

El vino de Babilonia no es literal; es la mezcla embriagante de poder, corrupción y falsa espiritualidad que mantiene a los pueblos bajo su hechizo. Es el mismo vino que hoy se sirve en los banquetes de los gobiernos corruptos, donde se brinda por la impunidad mientras se oprime al débil. Es el mismo vino que se derrama en los templos del materialismo, donde el hombre adora la riqueza y el éxito como si fueran divinos.

La relación entre religión, economía y política siempre ha sido muy perversa, por eso nosotros debemos tener mucho

cuidado al respecto. Babilonia siempre ha sabido que para dominar a las masas no basta con la fuerza militar; hace falta conquistar la mente y el espíritu. Por eso, su sistema integra lo religioso, lo económico y lo político en una sola estructura de control. En la antigüedad, los sacerdotes babilonios controlaban los cultos, pero también el comercio y las leyes. El templo y el palacio estaban aliados. Era imposible separar la adoración del gobierno o la fe del dinero.

Esa triada continúa vigente. La religión ofrece legitimidad, la economía proporciona recursos, y la política garantiza el dominio. Juntas forman una trinidad falsa que busca imitar la perfección divina. Allí se origina el engaño del Anticristo descrito en **Apocalipsis 13**: una bestia política y un falso profeta religioso, sostenidos por un sistema económico global que controla quién puede “comprar o vender”.

El espíritu de Babilonia no solo quiere gobernar naciones; quiere dominar conciencias. Su meta no es solo el poder externo, sino el sometimiento interno. Por eso, su estrategia siempre apunta a lo espiritual. Cambia sus ropajes a lo largo de la historia, pero mantiene su esencia: reemplazar la adoración al Dios verdadero por la idolatría del hombre.

La Biblia nos muestra que detrás de toda política sin Dios hay un altar invisible. Puede estar disfrazado de progreso, de justicia social, o de derechos humanos, pero en el fondo exige adoración. Babilonia no busca solo que los

hombres obedezcan sus leyes; quiere que crean en ellas, que las amen, que las defiendan como sagradas.

Esa es la diferencia entre un sistema político y un sistema espiritual: el primero regula conductas; el segundo moldea conciencias. Babilonia siempre ha sido lo segundo. Por eso el pueblo de Dios, a lo largo de la historia, ha sido llamado a vivir en medio de sus muros sin ser parte de ellos, a trabajar en su estructura sin contaminar su espíritu, a resistir la seducción de su vino.

Babilonia, en su máxima expresión, no es solo un capítulo de la historia; es una advertencia profética. Apocalipsis la revela como un sistema global que encarna la corrupción, la opresión y la falsa espiritualidad. Allí, política, economía y religión se combinan para esclavizar almas, controlar sociedades y silenciar la voz de Dios. No se trata únicamente de imperios pasados, sino de un patrón que reaparece bajo distintos nombres, adaptándose a cada época para continuar su propósito: reemplazar el Reino de Dios por la soberanía del hombre.

El Apóstol Juan describe a Babilonia como ***“la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra”*** (Apocalipsis 17:5). Algunos ministros señalan pura y exclusivamente al sistema del catolicismo de Roma, y ciertamente lo incluye, porque Roma se ha involucrado con Babilonia desde su origen, pero el catolicismo no es más que un eslabón clave y poderoso para la planificación estratégica de Babilonia. Asumamos que la religión es fundamental, pero

por sí misma no alcanza para concretar los macabros planes del gobierno del anticristo.

La imagen es intencionadamente dramática, porque revela la esencia del sistema: seducir y corromper, presentando la opresión como libertad, la mentira como justicia y la ambición como grandeza. Este espíritu atraviesa los siglos, penetrando incluso en sociedades que se consideran democráticas, modernas o avanzadas. La grandeza del sistema no está en la fuerza de su ejército, sino en su habilidad para embriagar las conciencias y consolidar el poder.

El juicio de Dios contra Babilonia es inevitable. **Apocalipsis 18** profetiza su caída definitiva: ***“Cayó, cayó la gran ciudad, porque todas las naciones han bebido del vino de la ira de su fornicación” (Apocalipsis 18:2)***. Cada imperio humano que se aparta de Dios comparte la misma naturaleza de Babilonia: un sistema que se cree eterno y autosuficiente, pero que en realidad depende de la indulgencia y el control de Dios para mantenerse. Su caída no es una venganza caprichosa; es la restitución del orden divino, el fin de la soberbia humana que pretende ocupar el lugar del Creador.

Sin embargo, en medio de este sistema corrupto, Dios levanta un remanente fiel. Jeremías habla de un pueblo que no se mezcla con la ramera: ***“Salid de en medio de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis sus plagas” (Apocalipsis 18:4)***. Este llamado no es

solo literal; es espiritual. Cada creyente está llamado a discernir la influencia de Babilonia en su tiempo y a no someter su conciencia a los dictados de un sistema que se opone al Reino. Vivir separados de Babilonia significa resistir la seducción del poder corrupto, no buscar favores ni reconocimiento de los que gobiernan según su propia ley.

El espíritu de Babilonia es persistente, pero no invencible. La historia muestra que cada imperio que se levantó bajo su influencia terminó sucumbiendo ante la soberanía de Dios. Nabucodonosor, Ciro, César, Napoleón, y los sistemas políticos modernos. Todos ellos, en algún momento, ejercieron dominio y control, fueron recordatorios de que la autoridad sin sumisión al Altísimo es transitoria. Solo el Reino de Dios es eterno, y todo gobierno humano eventualmente será confrontado con Su justicia.

La Iglesia, en medio de la Babilonia actual, tiene un papel crucial: no se trata de anhelar poder político ni de adoptar ideologías humanas, sino de ser testigo de la verdad, de vivir con justicia y de declarar la soberanía de Dios en medio de la corrupción. La resistencia no es necesariamente política; es espiritual y moral. La oración, la santidad y la obediencia a la Palabra se convierten en armas contra un sistema que busca doblegar la voluntad humana.

Así, Babilonia sigue siendo un espejo de nuestra propia tentación: la promesa de poder, influencia y seguridad sin depender de Dios. Pero la Escritura nos recuerda que todo sistema humano, por más imponente que parezca, será

juzgado y derribado. ***“Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación” (Apocalipsis 14:8).*** El juicio no tarda, y la invitación para la Iglesia es clara: vivir separados, discerniendo los tiempos, no contaminándose con el espíritu que se opone al Reino.

En el mundo moderno, la sombra de Babilonia se proyecta sobre cada capital, cada institución financiera, cada pacto político que ignora la justicia y la verdad de Dios. Pero también sobre cada corazón que idolatra la ambición, la fama o la riqueza. El llamado profético sigue vigente: mantenerse firme, resistir la corrupción, y recordar que solo el Reino de Cristo permanece. La caída de Babilonia no es solo un evento futuro; es una certeza espiritual que debe moldear la vida de cada creyente hoy.

Por eso, conocer a Babilonia, discernir sus métodos y comprender su espíritu es vital para la Iglesia. No se trata de miedo ni de condenación apresurada; se trata de estar alerta, de mantener la fidelidad y de vivir con la perspectiva del Reino eterno. Mientras los sistemas humanos caen y se levantan, la autoridad de Dios permanece inmutable. Y cuando Él actúe, toda Babilonia de la tierra será destruida, revelando que su poder no era más que ilusión frente a la eternidad de Su trono.

Debemos tener en claro, que el Reino de Dios, es eterno y se impondrá sobre todo reino terrenal de manera abrumadora y absoluta. El poder humano es un espejismo muy realista, capaz de engañar a la humanidad, pero no así a

la iglesia despierta, atenta y vigilante. Amados hermanos, la Iglesia ha sufrido históricamente, pero su sufrimiento no es debilidad, sino resiliencia capaz de perseverar en la fe, ante todas las hostilidades, hasta que el Reino sea manifestado con plenitud.

“Se le dio autoridad, honra y soberanía sobre todas las naciones del mundo, para que lo obedecieran los de toda raza, nación y lengua. Su gobierno es eterno, no tendrá fin. Su reino jamás será destruido.”

Daniel 7:14 (NTV)



Capítulo cuatro

LOS GOBIERNOS EN LA VISIÓN DE DANIEL

“En el sueño, Su Majestad veía que en su presencia se levantaba una estatua muy grande y brillante, y de aspecto terrible. La cabeza de la estatua era de oro puro; el pecho y los brazos, de plata; el vientre y los muslos, de bronce; las piernas, de hierro; y una parte de los pies era de hierro, y la otra de barro. Mientras Su Majestad la estaba mirando, se desprendió de un monte una piedra, y sin que nadie la empujara vino a dar contra los pies de la estatua y los destrozó...”

Daniel 2:31 y 34 (DHH)

Entre las sombras del exilio y los resplandores de los sueños divinos, el libro de Daniel nos abre una ventana al misterio de los gobiernos humanos. Allí, en medio del esplendor babilónico, cuando los reyes se creían eternos y las ciudades parecían inmovibles, Dios decidió revelar el destino de los imperios y el final de todo poder que no proviene de Él. Nabucodonosor, el monarca que dominaba naciones y lenguas, fue escogido por el Señor como

instrumento y testigo de una verdad que ningún trono humano quiere oír: que todos los reinos de los hombres están bajo el gobierno soberano del Dios del cielo.

Una noche, el rey tuvo un sueño que turbó su espíritu. Vio una gran estatua, imponente, terrible, hecha de diversos metales: la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies mezclados de hierro y barro. Nadie entre sus sabios podía revelar el significado. Solo un joven hebreo, cautivo pero lleno del Espíritu de Dios, se presentó ante el trono con humildad y discernimiento. Daniel no solo interpretó el sueño, sino que expuso el hilo profético que conecta la historia humana con los designios eternos del cielo.

El profeta explicó que aquella estatua representaba la sucesión de imperios que dominarían la tierra: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Cada metal reflejaba una gloria decreciente, pero también una complejidad creciente en la corrupción del poder. El oro de Babilonia simbolizaba el esplendor y la soberanía absoluta de su rey; la plata de los medos y persas indicaba un gobierno dividido; el bronce de los griegos representaba el genio humano exaltado por su filosofía y cultura; y el hierro de Roma encarnaba la fuerza implacable del dominio militar. Sin embargo, el hierro no permaneció puro: en sus pies se mezcló con barro, señal de una era en que el poder se fragmentaría y la solidez aparente ocultaría la debilidad del humanismo.

La visión no era solo un panorama histórico, sino una radiografía espiritual de los sistemas humanos. Cada metal mostraba la progresiva distancia del hombre respecto a Dios. Desde el oro que aún reflejaba algo del resplandor original de la autoridad divina, hasta el barro que representaba la fragilidad de la carne, la estatua se convertía en símbolo del orgullo humano que intenta perpetuar su gloria sin reconocer al Creador. Así, el mensaje de Daniel no se limitaba al futuro político, sino que denunciaba la arrogancia espiritual que late en todo imperio.

La estatua, erguida en su magnificencia, era también una imagen del hombre moderno: brillante en apariencia, pero dividido en su interior. La mezcla de hierro y barro retrata la tensión de los sistemas actuales: estructuras poderosas, pero sostenidas por alianzas frágiles; gobiernos que presumen de fuerza, pero se derrumban por la corrupción que los carcome. En esa mezcla antinatural se esconde la paradoja del poder: cuanto más pretende unificarse, más se fragmenta; cuanto más se endurece, más se quiebra.

El hierro representa la fuerza institucional, la ley, la tecnología, el control. El barro representa la debilidad moral, la corrupción, el humanismo. Juntos, forman un reino inestable, incapaz de sostener el peso de su propia gloria. Daniel profetizó que en los días de esos reinos divididos, una mezcla de hierro y barro que bien puede describir el mundo contemporáneo, globalizado pero quebradizo. Daniel vio que Dios levantaría un Reino diferente, uno que no dependería de los metales de la tierra ni de los pactos de los hombres.

La visión profética de Daniel sigue vigente hoy. Los nombres de los imperios cambiaron, pero el espíritu que los gobierna es el mismo. Cada sistema político que se erige sin Dios repite el patrón de la estatua: comienza con oro, se enorgullece de su grandeza, se consolida con hierro, pero termina desmoronándose en polvo. Desde Babilonia hasta las potencias modernas, la historia confirma que el poder humano es efímero. Lo que el hombre levanta sin la roca del Reino, finalmente se derrumba por su propio peso.

El hierro y el barro siguen conviviendo en las estructuras de la política actual: leyes firmes con corazones blandos, discursos de justicia con prácticas corruptas, promesas de unidad con intereses divididos. Los pies de la estatua están otra vez delante de nosotros: la humanidad ha edificado su civilización sobre una mezcla imposible. Por un lado, la fortaleza tecnológica, el avance militar, la sofisticación institucional; por otro, la decadencia moral, la pérdida de valores y la idolatría del poder. Y sobre esos pies inestables caminan las naciones, sin saber que el juicio se acerca.

Daniel no era un analista político, sino un profeta. No habló desde la estrategia humana, sino desde la revelación. Él vio lo que los reyes no podían ver: que detrás de cada gobierno se libra una batalla espiritual, y que la autoridad sin humildad se convierte en tiranía. Su mensaje sigue siendo urgente para nuestra generación. Vivimos en el tiempo de los pies de hierro y barro, una era donde la fuerza y la debilidad, la verdad y la mentira, lo santo y lo profano, se entremezclan

en una confusión global. Es el último tramo de la estatua, el preludio del impacto final.

El sueño de Nabucodonosor no fue solo una advertencia al rey de su tiempo, sino una profecía para todos los gobernantes que vendrían después. Dios mostró que la historia humana no avanza al azar, sino según un plan soberano.

Cada imperio, cada sistema, cada gobernante cumple un ciclo que se levanta, alcanza su gloria y cae ante el peso del juicio divino. Daniel entendió que el oro, la plata, el bronce y el hierro no eran solo metales, sino épocas bajo el permiso de Dios, que conduce los tiempos hacia un desenlace inevitable: el fin de los reinos del hombre y la manifestación del Reino eterno.

“Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó.”

Daniel 2:34

Mientras Nabucodonosor contemplaba la imponente estatua, vio algo que alteró el curso del sueño y de la historia: una piedra fue cortada, no con mano humana, y golpeó los pies de la imagen, quebrando el hierro y el barro. Entonces toda la estructura colapsó; el oro, la plata, el bronce y el hierro se desmenuzaron, y el viento se los llevó sin dejar rastro. Aquella piedra, sin embargo, creció hasta llenar toda la tierra. Daniel explicó al rey que esa piedra representaba un

Reino que Dios mismo levantaría, un Reino que jamás sería destruido, y que no sería entregado a ningún otro pueblo.

Aquí se encuentra la clave profética de toda la visión: los imperios humanos son temporales, pero el Reino de Dios es eterno. La piedra cortada sin manos simboliza a Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Mesías que no fue levantado por voluntad de hombres ni sostenido por estructuras políticas.

Su origen no es terrenal, sino celestial. Él es la Roca que los edificadores desecharon, y que se convirtió en piedra angular del Reino incommovible. Su golpe no fue militar ni revolucionario, sino espiritual: al morir en la cruz, Cristo desmoronó las potestades de este mundo y comenzó el proceso del derribo de todo imperio fundado sobre la soberbia humana.

Esa piedra pequeña en el sueño se convirtió en una montaña que llenó la tierra. Tal es el poder del Reino de Dios: comienza como algo aparentemente insignificante, una semilla, una cruz, un grupo de pescadores, pero su naturaleza es eterna, y su destino es llenar toda la creación. Los imperios se expanden mediante la violencia, pero el Reino de Cristo se extiende mediante la verdad, la justicia y la misericordia. No conquista por la espada, sino por el Espíritu. No impone su ley desde afuera, sino que transforma el corazón desde adentro.

Daniel vio, en el lenguaje de su tiempo, el anuncio del Reino mesiánico. Cada golpe de esa piedra sobre la estatua

representa la caída de los sistemas que se oponen a Dios. Babilonia cayó, Persia fue reemplazada, Grecia se disolvió, Roma se fragmentó, y todos los imperios que vinieron después siguieron la misma secuencia: gloria, corrupción, caída.

Sin embargo, el Reino de Cristo sigue avanzando, silencioso pero incontenible, hasta que finalmente llenará la tierra. La profecía no deja dudas: los pies de hierro y barro serán destruidos. El sistema global que intenta mezclar la fuerza militar con la corrupción del humanismo, lo tecnológico y lo inmoral, lo autoritario y lo débil, será pulverizado por la justicia divina.

Cada gobierno que se exalta contra Dios está edificado sobre pies de barro. Ningún poder humano puede resistir el impacto de la Roca eterna. Las ideologías pasan, los reinos cambian de nombre, las potencias se disputan el control, pero el Reino del Hijo permanece. Cristo no compite con los reyes de la tierra; los juzga. Él no busca un lugar en la mesa del poder, sino que prepara el día en que su trono será revelado y toda rodilla se doblará ante Él.

Cuando Daniel interpretó el sueño, Nabucodonosor cayó sobre su rostro, reconociendo que el Dios de Daniel era el Señor de los reyes y el revelador de los misterios. En ese instante, el monarca más poderoso del mundo se postró ante un joven cautivo, testificando sin saberlo lo que un día toda la humanidad reconocerá: que el dominio pertenece al Altísimo, y que Él da el reino a quien quiere. La escena es

profética en sí misma: los poderosos de la tierra deberán inclinarse ante los humildes que llevan la revelación del cielo y toda rodilla se doblará ante el Señor Todopoderoso.

La piedra que destruye la estatua no solo habla de juicio, sino también de esperanza. Significa que la historia no terminará en manos de los hombres, sino en las de Dios. Significa que el ciclo de corrupción, tiranía y caída tendrá un fin. Cristo regresará no como el Cordero inmolado, sino como el León que juzga y reina. Entonces los tronos serán derribados, los imperios se desvanecerán y los políticos serán juzgados ante el Rey de reyes. Aquello que parecía inmutable será removido, para que permanezca solo lo incommovible.

El Reino de Dios no es un sistema más dentro de la historia; es el fin de todos los sistemas que han intentado suplantar a Dios. Es el cumplimiento del clamor de los siglos: ***“Venga tu Reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo” (Mateo 6:10).*** Cada decreto injusto, cada ley inmoral, cada manipulación del poder será juzgada por la justicia incorruptible del Mesías. Y mientras el mundo edifica su última torre de Babel tecnológica y global, el Reino avanza en silencio, preparando la manifestación gloriosa del Rey.

Los que entienden esta visión viven de otro modo. No confían en los pies de hierro y barro de las naciones, ni se aferran a las promesas vacías de los políticos. Saben que la esperanza no está en el próximo gobierno, sino en el gobierno eterno del Cordero. El discernimiento profético nos enseña a

mirar la historia desde arriba, a entender que detrás del brillo de los imperios hay una estructura que ya está condenada. Daniel nos invita a mantener los ojos en la piedra, no en la estatua; en el Reino, no en los sistemas.

Hoy, más que nunca, la Iglesia necesita esa visión. No estamos llamados a reformar los metales de la estatua, sino a anunciar el Reino de la piedra. No a sostener lo que Dios derrumbará, sino a preparar corazones para el Reino que llenará la tierra. El sueño de Nabucodonosor no fue un cuento del pasado: es una advertencia para el presente. Los pies ya están agrietados, el hierro y el barro ya no se sostienen, y la piedra está a punto de caer.

Vendrá un día, y no está lejos, en que los tronos serán removidos, las coronas caerán y solo uno permanecerá sentado en majestad. Aquel que fue rechazado por los constructores vendrá a manifestar la plenitud de Su Reino. Los hombres han edificado sobre arena, pero el juicio traerá una sola verdad: solo Cristo es la Roca. Su Reino no tendrá fin, y de su justicia nacerá una nueva era donde no habrá corrupción, ni mentira, ni ambición, sino paz perpetua bajo el cetro del Rey eterno.

El mensaje de Daniel no es un relato para la curiosidad profética, sino un llamado urgente a discernir los tiempos y afirmar la fe en medio de los temblores de la historia. Todo lo que el profeta vio en sueños y visiones se ha ido cumpliendo con una precisión asombrosa, y hoy nos encontramos viviendo en los días de los pies de hierro y

barro, humanismo y fuerza militar. Cuando los reinos del mundo parecen fuertes por fuera, pero están fracturados por dentro. El hierro de la tecnología, de la economía, del poder bélico y del control global se mezcla con el barro de la corrupción, de la mentira y de la debilidad moral que atraviesa la política. Todo se sostiene apenas por la ilusión de estabilidad, mientras la estatua entera tiembla esperando el impacto final.

La Iglesia, sin embargo, no debe mirar con temor, sino con esperanza. Aquella piedra que Daniel vio cortada sin manos humanas ya ha sido manifestada en Cristo. Él vino, golpeó el sistema del pecado en la cruz, y comenzó el proceso irreversible de derribar los reinos de este mundo. Desde entonces, cada caída de un imperio injusto, cada despertar espiritual en medio de la oscuridad, cada vez que un creyente elige obedecer a Dios antes que a los hombres, la piedra sigue golpeando. El Reino sigue avanzando y manifestará su plenitud.

Por eso, el llamado de Daniel no es a resistir políticamente, sino espiritualmente. No se trata de levantar nuevas estatuas, sino de edificar sobre la Roca. Los hombres cambian de gobierno buscando justicia, pero la justicia solo puede nacer del trono del Cordero. Ninguna reforma humana puede reemplazar la transformación del corazón que produce el Reino de Dios. La tarea de la Iglesia no es competir con los reinos de la tierra, sino manifestar en medio de ellos la realidad del Reino celestial.

En tiempos donde los poderosos se jactan de su dominio y las naciones confían en su hierro, los hijos del Reino deben recordar que el barro está presente en todas las estructuras humanas. El orgullo político es solo la última versión de la vieja rebelión. Pero nosotros hemos sido llamados a otro tipo de poder: el del Espíritu Santo, que no domina, sino que sirve; que no impone, sino que transforma.

Daniel fue un profeta en medio de la corte, pero nunca se contaminó con el vino del rey ni con los manjares del sistema. Así también la Iglesia de este tiempo está llamada a vivir en medio de los imperios, pero sin participar de su corrupción. No necesitamos ser parte de la estatua para anunciar la piedra. No debemos temer a los reinos, porque el Reino ya está entre nosotros.

Llegará el día en que el sonido del juicio resuene como trueno sobre la tierra, y todos los imperios se desplomen bajo la gloria del que viene. Los que confiaron en el hierro caerán con él, pero los que edificaron sobre la Roca permanecerán firmes. Por eso, mientras los hombres discuten sobre el poder y las naciones preparan sus alianzas, la Iglesia debe preparar su corazón. El sueño de Daniel no termina en destrucción, sino en victoria: la piedra se convierte en una montaña que llena la tierra. Y esa montaña somos nosotros, el Reino inmovible de Dios manifestándose en cada vida rendida a Cristo.

Así termina la visión: no con el oro, ni con el hierro, sino con la Roca eterna. Todos los tronos se derrumbarán,

pero el trono del Cordero permanecerá. Y mientras el mundo se fragmenta, los que conocen a su Dios se fortalecerán y actuarán, sabiendo que un día, cuando el polvo de los imperios se haya disipado, la tierra entera será llena del conocimiento de la gloria del Señor como las aguas cubren el mar.

“Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Más la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.”

Daniel 2:35



SEGUNDA PARTE

LA BIBLIA Y LOS GOBERNANTES

Capítulo cinco

EL GOBIERNO DE DIOS SOBRE LAS NACIONES

*“Razas y naciones todas,
Gente de todos los rincones de la tierra,
Acordaos del Señor y venid a él.
¡Arrodillaos delante de él!
Porque el Señor es el rey,
Y él gobierna las naciones.”*
Salmo 22:27 y 28

Desde los albores de la historia humana, los reinos se han levantado y han caído como las olas que van y vienen sobre la arena. Reyes, imperios y presidentes se han sucedido unos a otros, cada uno creyendo que su poder era definitivo, que su dominio sería perpetuo. Pero hay una verdad que atraviesa los siglos y se impone sobre la soberbia humana: Dios gobierna sobre las naciones. Detrás de cada trono visible hay un Trono eterno; detrás de cada decreto humano hay una voluntad superior que todo lo ordena conforme a sus designios.

El profeta Daniel, testigo del esplendor y la caída de Babilonia, comprendió este misterio con reverente temor. En medio del cautiverio, cuando los poderosos de la tierra se creían dueños del destino de los pueblos, Daniel levantó su voz y declaró: ***“Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. Él muda los tiempos y las edades; quita reyes y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos”*** (Daniel 2:20 y 21). Estas palabras no fueron una reflexión filosófica, sino una confesión profética. En ellas se encierra el principio de todo gobierno verdadero: solo Dios es soberano, y todos los reinos humanos son temporales.

Cuando Nabucodonosor se envaneció por la grandeza de su imperio y dijo: ***“¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?”***, el cielo respondió con severidad. Dios lo humilló hasta hacerlo comer hierba como un animal, para que aprendiera que ***“el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que lo da a quien Él quiere”*** (Daniel 4:32). Aquella experiencia fue una lección escrita con fuego en la historia: ningún poder terrenal es absoluto; toda autoridad humana está bajo el control del Creador.

Dios no solo gobierna sobre los reyes creyentes, sino también sobre los impíos. Ciro, rey de Persia, fue llamado por Dios ***“mi ungido”*** (Isaías 45:1), aunque no conocía al Señor. A través de él, el pueblo de Israel fue liberado del exilio y se cumplieron las profecías de restauración. Faraón, en su obstinación, también fue instrumento del propósito

divino: ***“Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra” (Éxodo 9:16).*** Así actúa el Señor: usa a los hombres sin que los hombres puedan usarlo a Él. Incluso los más arrogantes y corruptos terminan sirviendo, sin saberlo, al cumplimiento de su plan eterno.

El gobierno de Dios no siempre es visible a los ojos humanos. Muchas veces Su soberanía parece velada detrás del caos político, las guerras, la injusticia o la corrupción. Pero aunque los hombres gobiernen mal, Dios no ha abdicado del trono. Su providencia se mueve silenciosamente en la historia, guiando los acontecimientos hacia el cumplimiento de su propósito redentor. Él dirige el curso de las naciones como el cauce invisible de un río: puede permitir que los torrentes de la ambición humana avancen por un tiempo, pero siempre los conduce hacia su destino final.

Toda autoridad es prestada, y todo poder tiene un límite establecido por Dios. Los gobernantes son administradores temporales de un poder que no les pertenece; están bajo observación del cielo y un día darán cuenta de cómo lo ejercieron.

El trono de Dios no está en competencia con los tronos de la tierra; los domina. El Altísimo no es un espectador de la historia, sino su guionista. Él no improvisa con los acontecimientos políticos, sino que los integra a Su plan eterno. Cuando una nación prospera o se derrumba, cuando

una ley justa es promulgada o una injusticia parece triunfar, todo ocurre bajo su mirada soberana.

***“Jehová hace todo lo que quiere,
En los cielos y en la tierra”***
Salmo 135:6

Esta verdad debería infundir tanto reverencia como consuelo. Reverencia, porque ningún gobernante está fuera del juicio divino; y consuelo, porque ningún creyente está fuera del cuidado de Dios, aunque viva bajo sistemas corruptos. La historia no está a la deriva de los intereses humanos; está dirigida por el Dios de la historia. Los poderosos cambian, las ideologías se extinguen, los imperios se desmoronan, pero el Reino de Dios permanece inmovible.

Los hombres gobiernan por períodos, pero Dios gobierna por eternidad. Los parlamentos y las casas de gobierno cambian con los años; el Trono del Cielo, jamás. El Rey de reyes no necesita ser elegido ni puede ser depuesto. Su autoridad no proviene del voto popular, sino de Su propia naturaleza divina. Él no busca legitimidad, porque Él mismo es la fuente de toda legitimidad. Y cuando las naciones olvidan esto, la soberbia se convierte en su sentencia.

La Biblia está llena de ejemplos que confirman esta realidad. Nabucodonosor, humillado; Ciro, guiado por la profecía; Faraón, endurecido; Pilato, confundido; Herodes, devorado por los gusanos (**Hechos 12:23**). Todos fueron

testigos de que Dios gobierna sobre los hombres, aun cuando ellos se rebelan contra Él. En los días finales, cuando la política mundial busque una unificación sin Dios, y los poderes se confabulen para establecer un orden global contrario a la verdad, nuevamente se oirá una voz desde el cielo que dirá: ***“Yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte”*** (Salmo 2:6).

Nada escapa al control del Altísimo. Las elecciones, los golpes de Estado, las crisis económicas, las guerras y los tratados internacionales son piezas del tablero que Dios permite o mueve con propósito. La profecía no es la predicción de lo inevitable, sino la revelación del gobierno de un Dios que escribe la historia antes de que suceda. Y aunque los hombres crean que toman las decisiones, al final se cumple lo que el Señor ha determinado.

Entiendo el primer pensamiento que surge en la mayoría de las personas, porque todos en algún momento, nos hemos preguntado: ¿cuál es el motivo por el cual el Señor no genera ciertas cosas, o interviene evitando ciertos males? En tal caso, tenemos el ejemplo del Edén, porque claramente Dios permitió que Eva obedeciera a la serpiente y Adán también comiera de la fruta que tantos males generó. Entonces nos preguntamos: ¿Por qué lo permitió?

Es claro que Dios es Soberano y en Su soberanía permite lo que sea necesario y evita lo que determina evitar. Nosotros no debemos juzgar esto livianamente, porque no somos quienes para tal cosa. Solo debemos confiar que Dios

sabe lo que hace y que al final, Él se glorificará. Además, si Él interviniera continuamente, no hubiese creado seres vivos, sino autómatas que lo obedecieran en todo momento.

Ante esto, los creyentes no debemos temer los movimientos políticos, ni idolatrar a los líderes, ni desesperar ante la corrupción. Todo pasa bajo el ojo vigilante del Creador. Dios no está nervioso frente a las votaciones, ni sorprendido por los decretos injustos. Su Reino no está en crisis. El que sostiene los cielos con Su palabra sostiene también el destino de las naciones.

Comprender esto cambia la manera de mirar el mundo. El cristiano que sabe que Dios gobierna no se deja arrastrar por el pánico ni por la idolatría política. Vive en paz, ora por sus gobernantes, y espera con fe el día en que toda autoridad humana será reemplazada por la perfecta justicia de Cristo. Los tronos se desplomarán, las coronas se oxidarán, los nombres de los poderosos se borrarán de la memoria del mundo, pero el nombre del Señor permanecerá para siempre.

El cielo gobierna, aunque los hombres no lo vean. Y cuando todo parezca fuera de control, será el momento de recordar que la historia sigue bajo la dirección del Dios que pone y quita reyes, y que un día hará visible Su Reino eterno sobre toda la tierra.

Nuestra actitud no debe ser de resignación, sino de fe. Comprender que Dios gobierna sobre las naciones no significa aceptar pasivamente la injusticia, ni rendirnos ante

la corrupción del poder. La soberanía divina no anula la responsabilidad humana, ni el mandato de los creyentes de vivir en justicia y verdad. Así como Dios pone y quita reyes, también llama a Su pueblo a caminar en fidelidad, incluso bajo gobiernos que no reflejan su carácter.

El apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos de Roma, una ciudad gobernada por el imperio más autoritario y corrupto de su tiempo, les exhortó a todos los hermanos a someterse a las autoridades superiores, ***“porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas” (Romanos 13:1).*** A primera vista, esas palabras podrían parecer una invitación a la resignación, pero en realidad expresan una verdad más profunda: la autoridad, en sí misma, es una institución divina, aunque los hombres que la ejercen sean imperfectos o impíos.

La autoridad es una delegación, no una propiedad. Dios la otorga para preservar el orden, limitar el mal y promover el bien. Obviamente en algunos casos los perversos y los corruptos se encumbran a esos cargos y terminan cometiendo grandes injusticias, pero eso evidencia la naturaleza de los seres caídos.

Cuando las autoridades cumplen el propósito correctamente, están siendo instrumentos del plan divino, aun sin saberlo. Pero cuando se corrompen, cuando usan el poder para oprimir, mentir o enriquecerse, dejan de representar al orden de Dios y se convierten en agentes de

injusticia. Entonces, la obediencia del cristiano tiene un límite: la conciencia sujeta a la Palabra.

La Escritura no enseña una obediencia ciega, sino una obediencia discernida. Los apóstoles fueron claros cuando, frente a las autoridades religiosas que les prohibieron predicar en el nombre de Jesús, respondieron con firmeza: ***“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”*** (Hechos 5:29). Esta no fue una actitud rebelde, sino una expresión de lealtad al orden superior del Reino. Cuando las leyes humanas contradicen la voluntad de Dios, la fidelidad al cielo debe prevalecer sobre el mandato de la tierra.

Recuerdo que hace unos años atrás, estábamos de elecciones presidenciales en Argentina. En esos días tenía compromisos en diferentes puntos del país, por lo tanto, aproveché para enseñarle a los hermanos, que yo no era quien para decirles a quien debían votar, que eso era algo que ellos debían definir, pero también les decía que, como ministro del evangelio, sí podía decirles que no apoyaran a ningún candidato que hubiera dado muestras de corrupción, ni a ningún partido que promoviera leyes como el aborto o el matrimonio igualitario, o leyes que se opusieran a la Palabra de Dios.

Increíblemente, hubo hermanos que al terminar mi exposición de la Palabra, se acercaron a mí con cierto enojo, diciéndome que yo había atacado a los candidatos que ellos apoyaban. Lo peor de todo, es que yo jamás di nombre alguno, y ellos simplemente asumían que sus candidatos

preferidos eran corruptos. Ese es el gran problema de las ideologías o los fanatismos, que están impregnadas de mentiras y muchos cristianos las asumen como si fueran inocentes.

La verdad es que los hijos de Dios, debemos vivir en un delicado equilibrio: respetar la autoridad civil, orar por los gobernantes, pagar los impuestos, busca la paz del lugar donde habitamos (**Jeremías 29:7**), pero nunca entregar nuestra conciencia al poder político, nunca apoyar a los corruptos y nunca vincularnos con ningún tipo de fanatismo ideológico. La sumisión no es servilismo, ni la lealtad al Estado puede sustituir la obediencia a Cristo. Nuestra fe no debe arrodillarse ante ningún trono humano, porque nuestro Rey ya está entronizado en los cielos.

A lo largo de la historia, los verdaderos hijos de Dios han sabido mantener esta tensión con valentía y sabiduría. José fue gobernador en Egipto sin ceder a la idolatría; Daniel sirvió en la corte de Babilonia sin contaminarse; Ester intercedió ante el rey sin perder su identidad como hija del pueblo de Dios. Todos ellos fueron ejemplos de una fidelidad que respeta la autoridad, pero no se somete al pecado. En sus vidas vemos cómo la obediencia a Dios puede coexistir con la sujeción a las estructuras humanas, siempre que el corazón permanezca firme en la verdad.

La obediencia civil tiene sentido cuando honra el orden que Dios ha establecido, pero se convierte en desobediencia espiritual cuando legitima la maldad. El creyente que apoya

la corrupción, o calla ante la injusticia por miedo a las consecuencias está negando el señorío de Cristo sobre su conciencia. El silencio cómplice no es virtud, es cobardía. El mismo Jesús fue obediente a las autoridades hasta el punto de someterse a la cruz, pero su obediencia no fue sumisión al mal, sino cumplimiento del propósito del Padre. En Él vemos la perfecta combinación entre humildad y firmeza, mansedumbre y autoridad.

La Iglesia primitiva entendió este principio con una claridad impresionante. No organizó revoluciones armadas ni conspiraciones políticas, pero fue revolucionaria en espíritu. Desafiaron los valores del imperio viviendo de manera santa, amando a sus enemigos y proclamando que “Jesucristo es el Señor”, una declaración que en el contexto romano equivalía a negar la supremacía del César. Por eso fueron perseguidos: porque afirmaban que el único trono eterno pertenece al Cordero de Dios.

Cada vez que la Iglesia olvida este principio y se fusiona con el poder político, pierde su autoridad moral. Cuando se alía con los gobiernos para obtener beneficios o protagonismo, deja de ser profética y se vuelve funcional al sistema. Por eso, la verdadera influencia del pueblo de Dios no proviene del poder que ejerce, sino del testimonio que sostiene. La sal no necesita dominar la comida para darle sabor; solo necesita conservar su pureza.

En los tiempos actuales, donde la manipulación ideológica busca moldear las conciencias, el creyente debe

aprender a discernir entre la obediencia legítima y la sumisión servil. No todo lo que es legal es moral, ni todo lo que el Estado aprueba tiene el sello de Dios. Las leyes humanas cambian, pero la Palabra permanece. Por eso, el cristiano no vive por la opinión pública ni por las encuestas, sino por el temor del Señor.

Ante esto, debo destacar, que lo peor que puede hacer un ministro de Dios, es utilizar su posición de liderazgo espiritual para convencer a las personas de sus ideas políticas. El púlpito no está para desarrollar campañas, ni el ministerio es dado por Dios para fusionarlo con actividades políticas, ni para formar pensamientos ideológicos, ni para manipular a los santos para que voten de determinada manera. Los ministros del Reino, debemos estar al margen de todo eso.

De la misma forma, todo ministro del evangelio, no debe vincularse con el poder en busca de algún beneficio económico o material. Que el Estado otorgue algo a la Iglesia no es un problema, el problema es la hipocresía de vincularse con la política, aun rindiendo falsa pleitesía, tan solo para recibir un recurso material. Nosotros no necesitamos nada de eso, nuestro respaldo y nuestra provisión vienen del Señor.

El deber de la conciencia cristiana es mantenerse pura, aunque cueste. La fe verdadera no se vende ni se negocia. En un mundo donde el poder intenta comprar la lealtad del alma, la conciencia es el último bastión del Reino dentro del corazón humano. Y cuando el creyente mantiene su

conciencia limpia, su testimonio se convierte en una luz que denuncia las tinieblas, aun sin necesidad de discursos.

Tampoco Dios, llama a su pueblo a la anarquía, sino a la fidelidad. No nos ordena destruir los gobiernos, sino manifestar su justicia en medio de ellos. El cristiano no necesita estar en el trono para influir; le basta con estar en comunión con el Rey del cielo. Una sola oración puede mover más los cimientos de una nación que mil discursos políticos. Por eso, Pablo exhortó a que se hicieran oraciones ***“por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad”*** (1 Timoteo 2:2).

El poder de la Iglesia no está en su cercanía al gobierno, sino en su cercanía a Dios. Las naciones cambian cuando los altares son restaurados, no cuando los asientos de los congresos o parlamentos son ocupados por cristianos. Reitero que puede haber cristianos en todos los estratos de la sociedad, incluso en el gobierno, pero no podemos pensar que, de esa manera lograremos cambiar al mundo. Lo único que terminará cambiando al mundo será la plena manifestación del Reino, no la gestión política de los hombres.

Los ministros levantados por Dios, solo debemos desarrollar la tarea que Dios nos encomendó, nada debe distraernos de tal privilegio, y todos en general, debemos orar por nuestro país participando del gobierno espiritual del Reino sobre la tierra. Intercediendo desde la autoridad

delegada en Cristo, porque ese es nuestro mayor poder. Y si un hermano se involucra en alguna función de gobierno podemos apoyarlo espiritualmente, solo mientras camine honestamente y alineado a la perfecta voluntad de Dios.

Debemos saber que, aunque parezca que los justos somos insignificantes frente a los grandes poderes de gobierno, el cielo ve las cosas de otra manera. Un Daniel orando en su habitación tiene más impacto que todos los decretos del palacio; una Ester intercediendo con ayuno puede alterar el curso de un imperio; una Iglesia que se humilla puede sanar una nación. Así obra Dios: mientras los reyes legislan, los santos interceden, y el cielo decide.

Por eso, no temamos a los sistemas corruptos ni depositemos nuestra esperanza en los gobiernos de turno. Las naciones están bajo el escrutinio del Creador, y cada gobernante será juzgado por cómo administró el poder que se le confió. Pero mientras llega ese día, la Iglesia tiene una tarea: vivir con una conciencia limpia, servir con integridad, orar con fervor y proclamar que el verdadero gobierno ya fue establecido en los cielos.

El Reino de Dios no depende de elecciones, de partidos ni de encuestas. Es un Reino inmovible que avanza en silencio mientras los poderosos disputan sus tronos efímeros. Y cuando el polvo de la historia se asiente, solo un nombre permanecerá: Jesucristo, Señor de señores y Rey de reyes.

Así, los cristianos debemos caminar con humildad pero con sana convicción, sabiendo que nuestra lealtad última no pertenece a ninguna bandera terrenal, sino al estandarte eterno del Cordero. Y mientras los reinos de este mundo se desgastan en su propia vanidad, los hijos de Dios levantan sus ojos al cielo y dicen con esperanza:

***“¡El Señor es Rey!
¡Alégrese toda la tierra!
¡Alégrense las islas numerosas!
¡El Señor es Rey!”***
Salmo 97:1 (DHH)



Capítulo seis

REYES CORRUPTOS DE ISRAEL Y DE JUDÁ

“Tú no puedes ser amigo de gobernantes corruptos, que violan la ley y hacen planes malvados.

Esa clase de gobernantes siempre está haciendo planes contra la gente honrada, y dicta sentencia de muerte contra la gente inocente.”

Sal 94:20 y 21

Cuando el pueblo de Israel pidió un rey para ser como las demás naciones, no buscaba simplemente una forma de gobierno, sino una identidad distinta a la que Dios había diseñado para ellos. ***“No me han desechado a mí, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos”***, dijo el Señor a Samuel (**1 Samuel 8:7**). Aquella decisión marcaría el inicio de una larga historia de reyes, tronos y cetros manchados por la corrupción del corazón humano. Israel no entendió que el verdadero poder no se origina en el trono, sino en la obediencia. La monarquía, en lugar de reflejar el gobierno santo de Dios, se convirtió con el tiempo en un espejo del orgullo, la idolatría y la rebelión del hombre.

El primer rey, Saúl, fue ungido con la promesa de un liderazgo bajo el Espíritu de Dios. Sin embargo, el orgullo lo llevó a tomar decisiones sin dirección divina. Su corrupción no comenzó en el campo de batalla, sino en el corazón que no supo esperar el tiempo de Dios. Saúl se adelantó al profeta y ofreció sacrificios que no le correspondían **(1 Samuel 13:9 al 14)**, evidenciando el pecado de querer gobernar según su propio criterio.

El poder político siempre ha tenido esta tentación: usar el altar para fines de Estado, y usar a Dios como ornamento de legitimidad. Pero Dios no se deja manipular por los reyes; Él pesa los corazones. Saúl perdió la unción antes de perder el trono, porque el Señor nunca sostiene con Su Espíritu un poder que se aleja de Su Palabra.

Tras él vino David, el hombre conforme al corazón de Dios. Su reinado fue una luz entre las sombras. Pero incluso en él se reveló cuán peligroso es el poder cuando se aparta de la verdad. El pecado con Betsabé y la muerte de Urías fueron el recordatorio de que la corrupción no solo se mide por los actos políticos, sino también por las pasiones no gobernadas.

Sin embargo, David se quebrantó y reconoció su culpa: ***“Sé muy bien que soy pecador, y sé muy bien que he pecado. A ti, y sólo a ti te he ofendido; he hecho lo malo, en tu propia cara. Tienes toda la razón al declararme culpable; no puedo alegar que soy inocente”*** (Salmo 51:3 y 4 TLA). Esa confesión lo distinguió de los demás reyes: la diferencia entre

el arrepentido y el endurecido no está en el error, sino en la respuesta al llamado de Dios.

Por este motivo, y consciente de su debilidad, David le aconsejó a su hijo Salomón, que pidiera a Dios sabiduría, por sobre todas las cosas sabiduría (**Proverbios 3:13 y 14**). Sin embargo, aunque Salomón recibió esa gracia divina, terminó siendo uno de los peores reyes de Israel, ya que violó la mayoría de los mandatos de Dios para los reyes (**Deuteronomio 17:14 al 20**), y por sobre todos sus pecados, terminó idolatrando a los falsos dioses de sus muchas esposas.

Cuando el reino se dividió, la corrupción se multiplicó. Roboam, hijo de Salomón, mostró que la arrogancia puede destruir en un instante lo que la sabiduría construyó durante años. Rechazó el consejo de los ancianos y prefirió escuchar a los jóvenes que lo incitaban a la soberbia (**1 Reyes 12:8 al 14**). Así se abrió una grieta que partiría la nación en dos.

La historia política de Israel y Judá fue una sucesión de tronos y traiciones, donde el poder se convirtió en fin en sí mismo. Los reyes olvidaron que el cetro debía ser símbolo de justicia, y lo transformaron en instrumento de opresión. Cada vez que un rey se apartaba de la ley de Dios, el pueblo se hundía en la idolatría, la injusticia y el derramamiento de sangre. La corrupción del liderazgo siempre termina corrompiendo la conciencia colectiva.

Acab fue quizás el rostro más oscuro de esa degradación. Su reinado junto a Jezabel encarna la alianza entre el poder político y el poder espiritual de la idolatría. Bajo su gobierno, los profetas fueron perseguidos, los altares de Dios destruidos, y la injusticia legalizada. Cuando Acab codició la viña de Nabot y lo mandó matar por medio de una falsa acusación **(1 Reyes 21:1 al 16)**, no cometió simplemente un crimen personal: institucionalizó la corrupción.

Con Acab, el trono se volvió cómplice del mal, y el poder judicial, instrumento de muerte. Pero Dios levantó a Elías, un profeta sin ejército ni espada, para decirle en el nombre del Señor: *“¿No mataste y también has despojado?”* **(1 Reyes 21:19)**. Así se revela una verdad eterna: Dios siempre confronta la corrupción del poder con la voz de su verdad. La pregunta sería ¿La Iglesia está cumpliendo ese rol a través de su voz profética?

Pasaron los siglos y los reinos se sucedieron. Judá tuvo reyes que buscaron al Señor, pero también otros que sumieron a la nación en tinieblas. Manasés, por ejemplo, llenó Jerusalén de idolatría, sacrificó a sus propios hijos y edificó altares a dioses falsos dentro del templo del Señor **(2 Reyes 21:1 al 9)**.

La Escritura dice que “derramó mucha sangre inocente” y provocó que el pueblo hiciera peor que las naciones paganas. Cuando el poder se divorcia de la santidad, el gobierno se convierte en un instrumento de destrucción. La

idolatría no es solo un pecado religioso, sino un principio político: sustituir la autoridad divina por la exaltación del hombre. Manasés no fue castigado inmediatamente, pero su maldad sembró la semilla de la ruina. La paciencia de Dios no es aprobación; es oportunidad para el arrepentimiento.

El colapso final de Judá bajo Nabucodonosor fue el resultado acumulado de siglos de corrupción. Los reyes despreciaron las advertencias de los profetas, manipularon los sacrificios, oprimieron al pobre y negociaron alianzas con naciones paganas. La caída de Jerusalén no fue solo una derrota militar; fue un juicio espiritual.

Dios juzgó primero a su propio pueblo antes que a las naciones. ***“Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios” (1 Pedro 4:17).*** Cuando la injusticia se institucionaliza en el pueblo de Dios, el Señor no puede quedarse en silencio. Él permite que los imperios del mundo sean instrumentos de disciplina para recordar que su Reino no se construye sobre la corrupción, sino sobre la verdad.

La historia de los reyes de Israel y Judá es más que una cronología de monarcas; es un espejo para todas las generaciones. Cada vez que el liderazgo espiritual o político olvida su dependencia de Dios, el trono se convierte en trampa. La corrupción no comienza en las leyes, sino en el corazón. Y la decadencia nacional es la cosecha inevitable de una autoridad que se divorcia de la justicia. El pecado del rey se multiplica en el pueblo; la idolatría del gobernante se convierte en cultura nacional.

El relato bíblico nos enseña que ningún sistema, por más sagrado que parezca, resiste cuando su centro ya no es Dios. Israel tuvo el templo, los sacrificios y los profetas, pero perdió la pureza del corazón. Y Judá, que había visto el fuego descender sobre el altar de Salomón, terminó adorando al sol en los atrios del templo.

Cuando la corrupción se instala en el poder, incluso los símbolos más santos pierden su significado. El Señor permitió que los tronos se derrumbaran para recordar que su Reino no es de este mundo, y que solo Cristo es el Rey justo que gobierna sin mancha ni favoritismo.

Así como los reyes de Israel fueron juzgados por sus actos, también los gobernantes de hoy serán confrontados por su manejo del poder. La justicia divina no cambia con los siglos. Dios no mide la grandeza por los votos ni por los logros económicos, sino por la rectitud del corazón. Los reinos humanos se sostienen en propaganda, pero el Reino de Dios se sostiene en verdad.

Cuando un líder, sea espiritual o político, se corrompe, todo lo que edifica se contamina. Por eso, antes de juzgar a las naciones, Dios mira el corazón de los suyos. La historia de Israel nos recuerda que el juicio empieza en casa, y que la verdadera autoridad solo es legítima cuando nace de la obediencia al Señor.

En medio de los palacios dorados, los banquetes de poder y los decretos injustos, Dios siempre levantó una voz

que no se podía comprar. Cuando los reyes se olvidaban del pacto, los profetas aparecían como tormentas en medio del desierto moral. Ellos no fueron hombres de diplomacia, sino de fuego; no hablaban para agradar al trono, sino para honrar al cielo. Cada profeta fue una prueba viviente de que el Reino de Dios no se rinde ante los imperios humanos. En su boca ardía la palabra que ninguna ley podía silenciar: ***“Así dice el Señor”***.

Elías se presentó ante Acab sin escolta ni influencia política, armado solo con una palabra del Altísimo: ***“Vive Jehová, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra” (1 Reyes 17:1)***. En una época donde el rey se arrodillaba ante Baal, Elías fue el testigo de un Dios que aún reinaba sobre el cielo y la tierra.

En el Monte Carmelo, mientras los profetas de Baal gritaban en vano, el fuego descendió sobre el altar del siervo fiel, mostrando que la verdad de Dios no necesita mayorías para triunfar. Elías representa a todos los hombres y mujeres que, en cada generación, se atreven a confrontar al poder con la autoridad del Espíritu. Su mensaje sigue resonando: no hay pacto posible entre el trono de la idolatría y el Dios vivo.

Después de él, Eliseo continuó la tarea profética con la sabiduría del que no busca reconocimiento. Mientras los reyes se aliaban para guerras sin propósito, Eliseo intercedía, sanaba y restauraba. Su vida fue un contraste entre el lujo de los palacios y la sencillez de la obediencia. El poder de Dios

se movía a través de él, recordando que la autoridad no se mide por el cetro, sino por la presencia.

Eliseo le mostró al rey de Israel que la verdadera fuerza no está en los carros ni en los caballos, sino en aquel que tiene los ojos abiertos al ejército celestial (**2 Reyes 6:17**). Así también hoy, cuando los gobiernos levantan su confianza en armas, dinero o tecnología, el Señor busca profetas que puedan ver más allá de los ejércitos visibles, y recordar que *“del Señor es la guerra...”*

Más tarde surgiría una voz aún más imponente, la de Isaías, profeta de reyes y testigo de los juicios divinos. Su ministerio atravesó el reinado de varios monarcas, y sus palabras fueron tanto poesía celestial como sentencia judicial. En los corredores del poder, Isaías denunció el abuso y la hipocresía de los líderes que proclamaban paz mientras el pueblo se hundía en injusticia. *“¡Ay de los que dictan leyes injustas, y prescriben tiranía!”* (Isaías 10:1).

Él entendió que la corrupción no es solo un problema ético, sino teológico: es una ofensa directa contra el carácter santo de Dios. Por eso su mensaje no era meramente moral, sino escatológico. Isaías habló de un Rey que vendría, no con espada, sino con justicia; no con fuerza, sino con verdad. En medio del ocaso de la monarquía terrenal, profetizó la aparición del Mesías: *“El principado sobre su hombro... su nombre será Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz”* (Isaías 9:6). Así, la esperanza del Reino de Dios se levantó sobre las ruinas del poder humano.

Jeremías, en cambio, fue el profeta del llanto. Lloró por Jerusalén, por los reyes que no escucharon, y por el pueblo que prefirió el aplauso de los falsos profetas. En su tiempo, el trono de Judá ya estaba moralmente podrido. Los gobernantes negociaban con Egipto y Babilonia, mientras el templo era utilizado como refugio religioso para justificar su pecado.

Jeremías fue encarcelado, azotado, y considerado traidor, porque su palabra no servía a los intereses del poder. Pero Dios le dijo: ***“He puesto mis palabras en tu boca; mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para edificar y para plantar”*** (Jeremías 1:9 y 10). En él aprendemos que el profeta verdadero no mide su éxito por la aceptación, sino por la fidelidad. El poder puede encerrar al profeta, pero no puede silenciar la palabra que viene del cielo.

También Amós, pastor y campesino, se levantó contra los lujos de Samaria, denunciando a los gobernantes que ***“venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias”*** (Amós 2:6). En su mensaje, la corrupción política y la injusticia social son dos caras del mismo pecado: el desprecio del Dios justo. Amós no tenía apellido ni cargo, pero su voz sigue atravesando los siglos como eco del trono eterno. La profecía bíblica no es discurso ideológico, sino diagnóstico espiritual. Donde hay injusticia, Dios no guarda silencio; donde el poder oprime, Su Palabra se levanta.

Y qué decir de Miqueas, que clamó: ***“Oíd, príncipes de la casa de Israel... ¿no es para vosotros saber lo que es justo?”*** (Miqueas 3:1). Él vio cómo los jueces se vendían por sobornos, los sacerdotes por salario, y los profetas por dinero. Pero advirtió que sobre esos cimientos no se levantaría el Reino de Dios. La corrupción del altar y del trono es la causa más profunda del juicio divino.

Dios no juzga al mundo por su ignorancia, sino a su pueblo por su infidelidad. Cuando los líderes que deberían guiar se corrompen, la tierra entera gime. Por eso Miqueas no solo anunció juicio, sino también redención: ***“De ti me saldrá el que será Señor en Israel”*** (Miqueas 5:2). Así, aun en medio de la denuncia, la profecía deja abierta una puerta a la esperanza.

La historia de los profetas revela que el juicio de Dios nunca es arbitrario, sino consecuencia del amor rechazado. Cada advertencia fue un llamado a volver, cada confrontación un intento de restaurar. Pero los reyes se endurecieron, los sacerdotes se corrompieron, y el pueblo se acostumbró a la mentira. La corrupción no solo destruye las estructuras políticas; apaga la sensibilidad espiritual de una nación.

Cuando la conciencia colectiva se anestesia, el juicio se vuelve inevitable. Sin embargo, en medio del colapso, la fidelidad de Dios no se quebró. Él preservó un remanente, hombres y mujeres que no doblaron sus rodillas ante Baal ni vendieron su voz al poder de turno.

Con la llegada de Cristo, la profecía encontró su cumplimiento perfecto. Él no habló desde un trono, sino desde un monte; no gobernó con decretos, sino con verdad; no usó cetro, sino cruz. En Él se revela el Reino que los reyes humanos no pudieron establecer. Su justicia no se compra ni se negocia; su autoridad no necesita legitimación humana.

Cristo es el contraste supremo frente a toda corrupción política: el Rey que sirve, el Poder que se entrega, el Señor que se humilla para salvar. Frente al egoísmo de Saúl, la soberbia de Roboam, la idolatría de Acab y la maldad de Manasés, el Hijo de Dios se presenta como el único Rey incorruptible.

Los profetas prepararon el camino para Él, y sus palabras siguen siendo un llamado urgente para los tiempos modernos. Porque cada generación tiene sus propios Acab y sus propias Jezabeles; sus templos contaminados y sus tribunales injustos. Pero también hay Elías que no se arrodillan, Isaías que siguen anunciando al Príncipe de Paz, Jeremías que lloran por su nación, y Amós que claman por justicia. Dios no ha dejado de hablar. La pregunta es si los reyes, y los pueblos, están dispuestos a escuchar.

El juicio comienza por los que conocen la verdad. Así fue con Israel, así será con la Iglesia. No hay mayor peligro que la religión que se acomoda al poder, ni mayor corrupción que el silencio de los justos ante la injusticia. La historia de los reyes y los profetas no pertenece al pasado; es una advertencia viva para los tiempos finales. Los tronos del

mundo siguen en disputa, pero el trono del cielo permanece firme. Y de allí saldrá, una vez más, la voz que estremecerá las naciones: ***“El Señor está en su santo templo; calle delante de Él toda la tierra”*** (Habacuc 2:20).

En cada generación, el Espíritu sigue levantando voces proféticas que se atreven a decir la verdad, aunque duela, aunque cueste. Y la Iglesia está llamada a ser precisamente eso: un cuerpo profético que no se vende al poder ni se arrodilla ante los ídolos de su tiempo. No somos llamados a administrar los tronos del mundo, sino a anunciar el Reino que no se corrompe.

La historia demuestra que Dios no pasa por alto la corrupción, ni siquiera la que se disfraza de religión. Él juzgó a su propio pueblo antes que a las naciones, porque su santidad no hace excepción de personas. Pero también mostró misericordia: entre los reyes idólatras, siempre dejó un remanente fiel; entre los profetas perseguidos, una esperanza viva. Esa fidelidad divina es la que mantiene encendida la luz en medio del colapso moral de los gobiernos humanos.

El verdadero Rey ya ha venido, y su trono no depende de las urnas ni de los imperios. En Cristo se cumple lo que los reyes traicionaron y lo que los profetas anunciaron: un gobierno de justicia, verdad y gracia. Frente a los reinos corruptos de la historia, Jesús se alza como el único Señor digno de confianza. Él no buscó poder, lo entregó; no impuso

dominio, lo transformó en servicio. En la cruz, juzgó la corrupción del hombre y reveló el poder del amor.

Cuando todo trono humano haya caído y toda institución se haya desmoronado, el Reino del Cordero permanecerá en pie. Los reyes de la tierra pasarán, pero el Rey de gloria reinará para siempre. Y aquel día, cuando los tronos corruptos sean puestos a los pies de Cristo, se cumplirá la palabra escrita:

“El Señor reinará por los siglos de los siglos...”

Éxodo 15:18



Capítulo siete

JESÚS Y LOS PODERES TERRENALES

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra.”

Filipenses 2:9 y 10

Desde el primer instante de su ministerio público, Jesús se enfrentó no solo a las necesidades humanas, sino también a los poderes espirituales que sostenían los sistemas del mundo. Su aparición no fue una irrupción política ni un movimiento social de reforma; fue una invasión del Reino eterno en medio de un orden corrupto.

Cuando el Hijo de Dios se hizo carne, el trono de la tierra ya estaba ocupado por imperios humanos y religiones burocráticas, por reyes que gobernaban con temor y sacerdotes que comerciaban con la fe. Sin embargo, ninguno de ellos podía comprender el tipo de autoridad que llegaba

con Él. Jesús no vino a disputar el poder de los hombres, sino a revelar el poder del Padre.

En el desierto, antes de predicar una sola palabra, el enemigo intentó torcer el rumbo de su misión ofreciendo una vía más rápida y aparentemente eficaz: ***“Te daré todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, si postrado me adoras”*** (Mateo 4:8 y 9). En aquella tentación se encontraba concentrada la esencia de la política humana: alcanzar dominio sin cruz, obtener autoridad sin obediencia, conquistar sin sufrir. Era la oferta de un gobierno sin redención. Satanás mostraba los reinos del mundo como si fueran suyos, y en cierto sentido lo eran, pues él mismo los había capturado por medio del pecado y la ambición, pero lo que no podía otorgar era el Reino eterno, porque ese pertenece solo a Dios.

El desierto fue el escenario donde el Mesías desechó el modelo del poder terrenal. En aquel diálogo invisible a los ojos del mundo, Cristo rechazó el principio fundamental de la política sin Dios: la manipulación. Los reinos del mundo se edifican sobre la voluntad de dominar, mientras el Reino de Dios se manifiesta en la voluntad de servir.

En un instante, Jesús pudo haber tomado la ruta del poder visible, convertir piedras en pan para ganar al pueblo, lanzarse del pináculo del templo para impresionar a las masas o adorar al adversario para recibir los tronos. Pero eligió el camino invisible: la obediencia perfecta. No vino a

conquistar imperios, sino corazones. No vino a construir un sistema, sino a establecer un Reino interior.

Aquella respuesta: ***“Vete, Satanás, porque escrito está: al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás” (Mateo 4:10)*** fue más que una cita bíblica: fue la proclamación del principio eterno del Reino. En el gobierno de Dios, el poder no se busca, se recibe; no se impone, se sirve; no se acumula, se entrega. Allí donde los hombres buscan tronos, Cristo levantó una cruz. Y desde entonces, todo intento de espiritualizar el poder sin cruz es una repetición de la oferta satánica en el desierto.

Por eso, cuando más tarde Jesús dijo ante Pilato: ***“Mi Reino no es de este mundo” (Juan 18:36)***, no estaba evadiendo la realidad política, sino desactivando su lógica. No negaba la existencia de los reinos terrenales, pero los declaraba obsoletos frente al Reino que Él traía. Su Reino no procede de la misma fuente, ni se sostiene por los mismos principios. No se edifica por la fuerza de las armas ni por el consenso de las mayorías, sino por la autoridad del Espíritu y la obediencia del corazón. El Reino de Dios no nace en los parlamentos, sino en los altares.

La declaración de Jesús fue una sentencia sobre toda política humana. En Su presencia, los imperios revelan su fragilidad. Roma tenía ejércitos, tributos y leyes; Jesús solo tenía palabras, manos que sanaban y una vida sin pecado. Sin embargo, mientras los reinos de los hombres necesitaban crucificar para conservar el poder, el Reino de Cristo

triunfaba precisamente muriendo. En ese contraste se define toda la historia: los poderes terrenales se sostienen en la muerte de los otros, pero el poder del Cielo se establece en la entrega de uno solo.

Cuando Jesús dijo: ***“Si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían”*** (Juan 18:36), estaba señalando una diferencia radical entre su causa y las causas humanas. Su Reino no se defiende con espadas, porque no se amenaza con leyes. No necesita propaganda ni coerción, porque su verdad no se impone: se revela. Los sistemas de este siglo buscan sobrevivir a toda costa; el Reino de Dios prospera solo cuando muere al yo. Y allí donde los gobernantes utilizan la mentira como herramienta de dominio, Cristo estableció la verdad como fundamento de Su trono.

Por eso, cada vez que la Iglesia olvida que el Reino no es de este mundo, cae en el mismo error que Satanás propuso en el desierto. Cuando los cristianos confunden el avance del Evangelio con la conquista de posiciones políticas, o la influencia espiritual con el poder institucional, corren el riesgo de adorar al poder en lugar de servir al Rey. El diablo no teme a una Iglesia poderosa en número, sino a una Iglesia rendida en obediencia. El peligro no es estar en el mundo, sino actuar como si el Reino dependiera del mundo.

Jesús vivió en medio de un tiempo convulsionado políticamente. Bajo el dominio romano, muchos esperaban un Mesías revolucionario, un libertador nacional que restaurara la soberanía de Israel. Pero Él no tomó la espada

del celo patriótico ni el discurso de los fariseos. No combatió a Roma con Roma, ni a los sacerdotes con política. Su revolución fue espiritual y, por eso mismo, eterna. No derrocó a los emperadores, pero los desarmó en Su esencia. En cada acto de humildad, en cada sanidad y perdón, el Hijo de Dios estaba demostrando que la verdadera autoridad no reside en la fuerza, sino en la obediencia al Padre.

El poder humano se mide por la capacidad de imponer; el poder divino, por la capacidad de amar. Mientras los hombres luchan por ser servidos, el Hijo del Hombre vino ***“no para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45).*** Allí se revela la paradoja del Reino: quien más se humilla, más autoridad tiene; quien más renuncia, más gobierna; quien más muere, más vive. Jesús no vino a fundar un partido celestial, sino a inaugurar una nueva creación donde Dios reina en los corazones transformados.

La tentación del poder sigue siendo la misma hoy. Muchos quieren conquistar el mundo para Dios sin pasar por el desierto ni por la cruz. Pero la voz del Espíritu sigue diciendo: ***“No por fuerza ni por poder, sino por mi Espíritu, dice el Señor” (Zacarías 4:6).*** El Reino de Cristo no necesita defensores armados ni líderes carismáticos que manipulen masas; necesita siervos que amen, oren, prediquen y vivan como su Señor. Cada vez que alguien elige obedecer antes que dominar, servir antes que destacar, está afirmando la victoria del Reino sobre los poderes terrenales.

Jesús resistió la oferta del poder, no por desprecio al gobierno humano, sino para redimirlo desde adentro. En su obediencia, inauguró un nuevo modelo de autoridad: el del siervo-rey, el del amor que gobierna desde la cruz. Su ejemplo nos llama hoy a discernir entre poder y autoridad, entre dominio y servicio, entre política y Reino. Porque allí donde los hombres buscan la gloria, Cristo busca el corazón. Y donde el mundo edifica tronos temporales, Él prepara coronas eternas.

Cuando el Reino de Dios se manifestó en la persona de Cristo, los poderes terrenales comenzaron a temblar, aunque no lo comprendieran del todo. Desde los primeros días de Su ministerio, Jesús fue vigilado por tres grandes sistemas que representaban el dominio del hombre sobre el hombre: el poder político de Roma, el poder religioso de los fariseos y sacerdotes, y el poder judicial de Herodes y Pilato. Cada uno, en su ámbito, intentó controlar o neutralizar al que hablaba con autoridad celestial. Ninguno de ellos entendió que el poder que Él poseía no provenía de este mundo.

Los líderes religiosos veían en Jesús una amenaza para su estructura. El pueblo se admiraba de su doctrina ***“porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”*** (Mateo 7:29). Esa autoridad no dependía de cargos ni títulos, sino de comunión con el Padre. Mientras ellos se aferraban a su posición, Jesús revelaba el carácter de Dios. Ellos buscaban mantener influencia; Él buscaba reconciliar al hombre con el Creador. La religión institucionalizada no tolera al Dios que se acerca al pecador, porque eso la deja sin

control sobre las conciencias. Por eso, los sumos sacerdotes y fariseos fueron los primeros en conspirar contra Él: el poder religioso fue el primero en declararle la guerra al Reino.

Herodes, por su parte, encarna el poder del oportunismo. Su linaje estaba marcado por la ambición y el miedo. Cuando Jesús nació, un Herodes mandó matar niños para conservar su trono; cuando Jesús fue juzgado, otro Herodes lo recibió como quien espera un espectáculo (**Lucas 23:8**). Ambos representan la política del espectáculo, aquella que prefiere el aplauso del pueblo a la verdad de Dios. Herodes se alegró de verlo, pero no porque buscara justicia, sino porque esperaba verlo hacer algún milagro. El Mesías, sin embargo, no habló. El silencio de Jesús frente a Herodes fue el juicio más severo: cuando el poder humano se burla de lo sagrado, Dios guarda silencio y retira Su Palabra.

Pilato, en cambio, simboliza el poder político que intenta ser neutral ante la verdad. Su dilema fue el de todos los gobernantes que conocen la justicia, pero temen perder el favor del pueblo. “*¿Qué es la verdad?*”, preguntó, sin esperar respuesta (**Juan 18:38**). Esa pregunta, que parece filosófica, era en realidad una confesión de vacío. Frente a él estaba la Verdad encarnada, y no la reconoció.

Pilato sabía que Jesús era inocente, pero su poder dependía del César y de la opinión pública. Así, prefirió lavar sus manos antes que rendir su corazón. Los reinos de este mundo se mantienen sobre el cálculo político, no sobre la verdad. Y por eso, cuando el Hijo de Dios fue llevado al

Gólgota, la historia quedó al descubierto: el poder político es incapaz de ser justo cuando el costo de la justicia amenaza su estabilidad.

En aquel juicio, los poderes del mundo se unieron sin saberlo. El Sanedrín lo acusó, Herodes lo despreció, Pilato lo entregó. Religión, política y espectáculo se dieron la mano para ejecutar al Justo. Cada uno defendía su estructura, pero en el proceso revelaron su corrupción. En la cruz convergieron todos los tronos humanos: el religioso, el político y el militar. Y sobre ellos, un solo título irónico: *“Jesús Nazareno, Rey de los judíos...”* proclamaba la verdad que intentaban negar. Lo que los hombres hicieron por burla, Dios lo convirtió en testimonio eterno.

La cruz fue, entonces, el juicio definitivo del poder humano. Allí se manifestó la locura del orgullo político, la hipocresía de la religión institucional y la cobardía de los jueces que prefieren conservar su puesto antes que defender la verdad. Pero también allí se reveló el verdadero modelo de autoridad. En la cruz, el Rey del universo no impuso Su voluntad; la entregó. No destruyó a sus enemigos; los perdonó. No subyugó a las naciones; las redimió con Su sangre. En el punto más alto de su humillación, el Reino de Dios venció al mundo.

En la cruz, Dios no solo juzgó el pecado individual, sino también los sistemas que lo producen. La violencia de los imperios, la hipocresía de la religión, la manipulación del poder, todo fue expuesto y condenado. Por eso, el apóstol

Pablo escribió: ***“Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15).*** Allí no solo fue vencido Satanás; también fue derrotada toda pretensión humana de gobernar sin Dios. Cada clavo, cada espina, cada gota de sangre fue una sentencia contra los reinos de la soberbia.

La historia humana ha intentado desde entonces construir un poder alternativo al de Cristo. Los imperios cambian de nombre, pero el espíritu sigue siendo el mismo: dominio sin obediencia, justicia sin verdad, gloria sin cruz. Sin embargo, el Reino del Cordero permanece. Mientras los tronos de los hombres se oxidan, el trono del Crucificado permanece firme. La cruz es la única corona que no se marchita, el único cetro que no oprime, la única autoridad que salva.

Cuando el creyente contempla la cruz, no solo ve la redención de su alma, sino también la caída de los ídolos del poder. Allí aprendemos que el camino hacia la verdadera autoridad es la obediencia, no la ambición. Que el Reino de Dios no avanza por decretos ni por votos, sino por corazones transformados. Y que cada vez que la Iglesia intenta sustituir la cruz por la influencia, vuelve a repetir el error de Pilato y Herodes.

Jesús no fue vencido por los poderes terrenales; los venció al no someterse a su lógica. Su victoria no fue política, sino eterna. Y cuando resucitó, proclamó el fin del dominio del pecado y la apertura de un Reino incommovible. Desde

entonces, todo gobernante, toda nación, toda institución y todo sistema están bajo su autoridad. ***“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).*** Con esa declaración, el Mesías selló la derrota de los imperios humanos y la instauración definitiva del Reino de Dios.

El día llegará en que Pilato, Herodes, Caifás y todos los poderosos de la historia tendrán que postrarse ante Aquel que no abrió su boca cuando fue juzgado. Los que creyeron tener poder descubrirán que solo Él lo tiene verdaderamente. Entonces se cumplirá la palabra: ***“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15).***

Hasta ese día, la Iglesia tiene una misión: vivir bajo el modelo del Rey crucificado. No buscar poder, sino verdad; no dominar, sino servir; no conquistar, sino amar. Porque el mundo será finalmente juzgado no por la fuerza de los ejércitos, sino por la justicia del Cordero. Y cuando el Rey regrese, se verá quién gobernó con Él desde la cruz, y quién quiso reinar sin pasar por ella.

El poder humano sigue siendo una fascinación y una trampa. Desde los imperios antiguos hasta las democracias modernas, los hombres siguen buscando el trono que Jesús rechazó. Pero el Reino que vino con Cristo no se sostiene con leyes, sino con amor; no se expande con conquistas, sino con obediencia. En un mundo donde el poder promete seguridad y reconocimiento, el Señor nos invita a un gobierno interior,

donde el Espíritu reina sobre el yo y la cruz es el símbolo de la victoria.

Cuando la Iglesia olvida ese principio, se confunde con los reinos de este mundo. Pero cuando lo recuerda, se convierte en la voz profética que incomoda a los poderosos y consuela a los oprimidos. El Reino de Dios no se mide por votos, sino por vidas transformadas. Y cada vez que un creyente elige obedecer a Cristo antes que ceder a las presiones del sistema, el Reino avanza silenciosamente, pero con poder eterno.

Jesús no vino a reformar la política, sino a revelar que todo poder humano necesita ser redimido. En su silencio ante Pilato, habló más fuerte que todos los discursos. En Su humillación, venció al orgullo de los imperios. En Su muerte, juzgó al mundo. Y en Su resurrección, inauguró una nueva era donde la autoridad se expresa en servicio y la gloria en entrega.

El Reino de Cristo no será votado ni discutido: será manifestado con plenitud. Mientras los hombres discuten quién debe gobernar, el cielo ya ha decidido quién reina y quien reinará sobre toda la tierra. Y cuando Él vuelva, no traerá urnas, sino coronas. No pedirá aprobación, sino rendición, pues Su ira pondrá en su lugar a cada perverso y corrupto que hoy, cree que saldrá impune del juicio divino.

En verdad deseo que en este tiempo, todo santo tome consciencia de lo que ha ocurrido históricamente con la

política, y de lo que está ocurriendo hoy, con el poder corrupto de los políticos que priorizan sus ambiciones a las verdaderas necesidades de la población. Ellos piensan que son muy astutos, pero solo son pobres personas que un día, tendrán que doblar sus rodillas ante el verdadero Rey.

“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos.”

Apocalipsis 11:15



TERCERA PARTE

EL PODER GLOBAL Y SU FINAL

Capítulo ocho

EL SURGIMIENTO DEL GOBIERNO MUNDIAL

“Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra. Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor. Besad al Hijo, para que Él no se enoje, y perezcáis en el camino; cuando se inflame su ira, dichosos todos los que en Él confían.”

Salmo 2:10 al 12

La historia humana parece caminar hacia una inevitable convergencia. Los antiguos imperios levantaban muros y fronteras; hoy, la humanidad edifica redes invisibles que la entrelazan en un solo sistema global. La torre de Babel, antaño construida con ladrillos y brea, ahora se eleva con datos, algoritmos y circuitos.

El lenguaje universal ya no es el de las palabras, sino el del código digital. Y, al igual que en **Génesis 11**, el espíritu que impulsa esta nueva construcción no es el de la adoración, sino el de la autosuficiencia: *“hagámonos un nombre”*, es aún el lema de los poderosos.

Vivimos en un tiempo donde la concentración del poder ya no se mide en ejércitos ni territorios, sino en información. Quien controla la información, controla las conciencias. Los antiguos reyes dominaban por la espada, los modernos por la narrativa. Las pantallas sustituyeron los púlpitos, y los algoritmos moldean la fe del pueblo moderno. En el pasado, Nabucodonosor levantó una estatua para que todos la adoraran; hoy, el mundo levanta su imagen digital, proyectada en millones de dispositivos que dictan lo que se debe pensar, amar y odiar. El nuevo trono del poder no está en un palacio, sino en la nube.

El avance tecnológico, presentado como progreso, ha creado las condiciones perfectas para un gobierno global. Lo que antes parecía una fantasía apocalíptica hoy se vuelve posible con naturalidad inquietante. La humanidad se interconecta, pero también se uniforma.

La diversidad es celebrada solo mientras sirva al relato global. Las ideologías, los medios y las políticas públicas convergen en una misma dirección: la creación de una conciencia colectiva sin referencia divina. Ya no se busca el bien común, sino la obediencia común. En nombre de la seguridad, la salud o la inclusión, se promueven estructuras que vigilan, registran y moldean cada aspecto de la vida humana.

Los profetas de antaño denunciaban las alianzas impías entre reyes y sacerdotes; hoy, la profecía debe desenmascarar la alianza entre la política, la ciencia y la

tecnología. En esta tríada moderna se esconde una religión sin altar, un culto sin oración y un dios sin rostro.

Se promete salvación sin arrepentimiento, libertad sin verdad y conocimiento sin sabiduría. Pero el apóstol Pablo advirtió que ***“el misterio de la iniquidad ya está en acción”*** (2 Tesalonicenses 2:7), y ese misterio no se manifiesta en la barbarie, sino en la sofisticación del control. No se impone con cadenas, sino con conveniencia.

El hombre moderno cree ser libre porque puede elegir, pero ignora que sus elecciones han sido cuidadosamente diseñadas. Las redes sociales se presentan como foros de expresión, pero son laboratorios de manipulación. Las democracias se jactan de pluralidad, pero castigan toda disidencia.

Detrás de esa aparente multiplicidad de voces, se esconde una sola mente global, una ideología que busca unificar el pensamiento humano bajo un patrón que excluye la soberanía divina. El salmista lo describió hace siglos: ***“Los reyes de la tierra se levantan, y los príncipes consultan unidos contra Jehová y contra su ungido”*** (Salmo 2:2).

Esa unidad sin Dios es el preludio del gobierno mundial. Cada crisis acelera su gestación: crisis económica, sanitaria, ecológica o moral. Cada sacudida global se convierte en oportunidad para concentrar más poder en menos manos. Las naciones se endeudan, los pueblos dependen, y los líderes se someten a organismos que ya no

rinden cuentas a sus ciudadanos, sino a intereses transnacionales. De forma sutil, la soberanía de los pueblos se diluye, y el escenario descrito por Daniel toma forma: un reino de hierro y barro, fuerte en poder militar, pero corrompido en su fundamento. Hierro en la estructura, barro en el corazón.

Como vimos anteriormente, el Reino de Cristo se contrapone diametralmente a ese sistema. Mientras el poder global busca uniformar y dominar, el Reino de Dios transforma desde adentro, sin coerción. El sistema del mundo exige obediencia para controlar; Cristo demanda obediencia para liberar. Por eso, el conflicto espiritual de nuestro tiempo no es político, sino ontológico: ¿quién tiene el derecho de definir la verdad?

En ese campo invisible se libra la verdadera guerra. Y aunque muchos no lo perciban, la concentración del poder mundial no es solo una cuestión geopolítica, sino una señal espiritual. La globalización prepara el camino para la entronización del “hombre de pecado”, y la tecnología se convierte en su altar.

No obstante, nada escapa al gobierno soberano de Dios. Las bestias de Daniel, los cuernos del Apocalipsis y las visiones de los profetas no son advertencias para infundir temor, sino para despertar discernimiento. Todo imperio que se levanta contra Dios está destinado a caer. Cuando la estatua del poder humano parezca más firme que nunca, la ***“piedra cortada, no con mano”*** (Daniel 2:34), volverá a

golpear los cimientos del orgullo humano. Esa piedra es Cristo, el Rey eterno, cuya venida no será virtual ni simbólica, sino gloriosa y visible.

Por eso, la Iglesia no debe mirar el avance del gobierno mundial con desesperación, sino con discernimiento. No estamos llamados a competir con los sistemas del mundo, sino a manifestar el Reino que no puede ser conmovido. La tecnología puede unir a las naciones, pero solo el Espíritu Santo puede unir los corazones. El control digital podrá abarcar la tierra, pero nunca podrá alcanzar el cielo. El poder de este siglo se agotará en su propio orgullo, mientras el Reino de Dios sigue creciendo en humildad, verdad y justicia.

Estamos ante los días que los profetas soñaron y temieron. El mundo se prepara para un orden global, pero la Iglesia se prepara para un Reino eterno. La concentración del poder humano es el preludio del mayor derramamiento de gloria. Y cuando los hombres digan *“paz y seguridad”*, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina (**1 Tesalonicenses 5:3**), porque el trono del orgullo nunca resiste el sople del Omnipotente.

La globalización del poder es la antesala del juicio, pero también la oportunidad para la Iglesia de testificar con autoridad. Nunca la luz resplandeció tanto como cuando las tinieblas se hicieron más densas. Mientras el mundo erige su torre digital, el pueblo de Dios edifica un altar espiritual. Y cuando todo el sistema parezca unificado, será el momento

en que la voz del Cordero volverá a resonar con fuerza **(Apocalipsis 11:15)**.

Cuando Juan, exiliado en Patmos, contempló la visión de la bestia que subía del mar, describió un poder político que asombraría al mundo entero: ***“Y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?”*** (Apocalipsis 13:4). Aquel asombro colectivo no se debe solo a la fuerza militar, sino al encanto ideológico. La bestia no conquista con espadas, sino con admiración. El mundo se rendirá ante un liderazgo que parecerá traer paz, justicia y soluciones globales. Pero detrás de esa apariencia mesiánica se esconde el espíritu del anticristo.

La Escritura presenta al anticristo no solo como una persona, sino como un sistema de pensamiento que prepara el terreno para su manifestación final. Juan advierte: ***“Ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos”*** (1 Juan 2:18). Es decir, el espíritu del anticristo opera desde hace siglos, infiltrándose en las estructuras del mundo y moldeando la cultura hacia una adoración del hombre y una negación de Dios. Ese espíritu se disfraza de progreso, de libertad o de justicia social, pero su propósito es siempre el mismo: reemplazar a Cristo como centro de la humanidad.

En ese escenario, la tecnología se levanta como el instrumento ideal de esa agenda. Nunca antes el mundo ha estado tan conectado y, paradójicamente, tan controlado. La

inteligencia artificial, los sistemas de vigilancia y los medios digitales se convierten en las nuevas torres de Babel: estructuras que pretenden alcanzar el cielo y gobernar la tierra sin dependencia de lo divino. Lo que se presenta como avance es, en realidad, el perfeccionamiento del control. Lo que se ofrece como libertad es una cadena invisible.

El anticristo no impondrá su gobierno con brutalidad inicial, sino con fascinación. Prometerá unidad, paz, igualdad y prosperidad global. El falso profeta, su aliado espiritual, legitimará ese poder mediante señales, discursos y una religión humanista que predicará un evangelio sin cruz. **Apocalipsis 13:11** dice: ***“Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón.”*** Esa descripción es el retrato del engaño: apariencia de piedad, pero voz demoníaca. El falso profeta será el rostro religioso del nuevo orden, el encargado de unir a las masas bajo un credo universal donde todos caben menos Cristo.

La unión entre política, religión y tecnología será el clímax del proyecto humano sin Dios. La política proveerá la estructura, la religión aportará la justificación moral, y la tecnología garantizará la eficacia. Así se cumplirá el sueño antiguo de Babilonia: un solo pueblo, una sola lengua, un solo propósito. Pero lo que el hombre llama integración, Dios lo llama rebelión. Porque cuando la humanidad pretende alcanzar la perfección por sus propios medios, inevitablemente se convierte en su propio dios. Esa es la

esencia del pecado original: querer ser como Dios, pero sin Dios.

Los mecanismos del control global ya se insinúan en los cimientos de la sociedad contemporánea. Los medios de comunicación moldean la verdad a conveniencia del sistema; las plataformas digitales rastrean pensamientos, emociones y deseos; los gobiernos dependen de corporaciones que ya no sirven a las naciones, sino al poder del dinero.

Todo está siendo preparado para que, llegado el momento, una sola voz coordine, un solo código regule y una sola marca identifique. Juan lo vio con claridad: ***“Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha o en la frente” (Apocalipsis 13:16)***. No se trata meramente de un símbolo material, sino de la sumisión espiritual a un sistema que exige lealtad absoluta.

Sin embargo, en medio de esa oscuridad profética, la Iglesia de Cristo no ha sido llamada a esconderse, sino a discernir. La marca del mundo siempre será contraria al sello del Espíritu Santo. Mientras el sistema busca marcar a los hombres para controlarlos, Dios sella a los suyos para preservarlos. La diferencia es sutil pero radical: uno marca para poseer; el otro sella para proteger. Y en esa diferencia se encuentra la batalla de los últimos tiempos.

Por eso, los creyentes que aman la verdad deben aprender a vivir en el discernimiento del Reino. No podemos

ignorar la realidad del avance global, pero tampoco debemos temerlo. Jesús dijo: ***“Cuando veáis que suceden estas cosas, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca”*** (Lucas 21:28). La revelación del gobierno mundial no es una tragedia para el pueblo de Dios, sino una señal de que la historia se aproxima a su culminación. Lo que para el mundo será desesperación, para los redimidos será confirmación.

Es tiempo de que la Iglesia vuelva a su posición profética. No para oponerse políticamente al sistema, sino para resistir espiritualmente su influencia. Nuestra lucha no es contra ideologías humanas, sino contra los principados que las inspiran. No se trata de formar partidos, sino de formar santos. No se trata de conquistar el poder, sino de conquistar corazones para el Reino. Mientras el mundo se organiza bajo el estandarte del control, la Iglesia debe organizarse bajo el estandarte del Rey de gloria.

La Escritura promete que el anticristo será destruido ***“con el espíritu de la boca del Señor y con el resplandor de su venida”*** (2 Tesalonicenses 2:8). Eso significa que el poder de Cristo no necesita armas humanas; Su Palabra basta para desintegrar toda estructura de mentira. Y ese mismo poder habita en Su Iglesia, cuando ella camina en santidad, verdad y autoridad espiritual. No se nos pidió predecir el día del fin, sino permanecer fieles hasta el fin.

El futuro inmediato puede parecer amenazante, pero la eternidad está asegurada. El gobierno mundial pasará, las

redes digitales colapsarán, los imperios caerán, pero el Reino de Dios permanecerá. No hay algoritmo que pueda medir su gloria ni sistema que pueda silenciar su voz. El trono de Cristo no depende de la aceptación de las naciones, sino del decreto eterno del Padre. Y ese decreto ya fue pronunciado: ***“Yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte”*** (Salmo 2:6).

Por eso, la Iglesia no debe temer la concentración del poder global, sino temer perder su pureza espiritual. No debemos obsesionarnos con el anticristo, sino consagrarnos al Cristo vivo. Cuando el mundo se postre ante el sistema, la Iglesia debe postrarse ante el Rey Eterno. Mientras el mundo adora la imagen, la Iglesia debe reflejar la imagen de Aquel que la salvó. Porque la verdadera resistencia no se mide en fuerza política, sino en fidelidad espiritual.

Y así, mientras el mundo edifica su último imperio, la Iglesia edifica el altar de su adoración final. Cada oración, cada lágrima, cada testimonio fiel es una piedra viva en el templo que Cristo levantará cuando regrese. Pronto el sonido de las máquinas será silenciado por el sonido de trompetas. Y entonces, como lo vio Juan, se oirá un gran clamor en el cielo: ***“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos”*** (Apocalipsis 11:15).

Ese día, el proyecto humano de dominio quedará reducido a polvo, y solo quedará en pie el Reino del amor eterno. Los que confiaron en los sistemas serán

avergonzados, pero los que esperaron en el Señor resplandecerán como el sol en su Reino. Y el mundo comprenderá, demasiado tarde, que ningún poder puede sobrevivir al sople del Dios Altísimo.

El surgimiento del gobierno mundial no será el final de la historia, sino el preludio de su redención. Porque cuando el hombre haya agotado todas sus fuerzas por gobernar la tierra sin Dios, el cielo intervendrá. Y el Cordero, que fue inmolado, volverá como León para juzgar, reinar y restaurar todas las cosas. Hasta entonces, la Iglesia debe mantenerse alerta, no para especular, sino para velar; no para temer, sino para amar. Pues la victoria ya fue escrita, y su nombre es Jesús.

“Entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca y destruirá con el resplandor de su venida.”

2 Tesalonicenses 2:8



Capítulo nueve

LOS SISTEMAS NO SON REDIMIBLES

“El mundo entero está bajo el maligno”

1 Juan 5:19

Recordemos que, desde los albores de la historia humana, el hombre ha intentado levantar sistemas que le otorguen seguridad, estabilidad y sentido. Las civilizaciones se han organizado en estructuras políticas, económicas y culturales que, con el paso de los siglos, adoptaron diversas formas, pero conservaron una misma esencia: el intento del hombre por gobernarse a sí mismo sin Dios. Esa pretensión, que comenzó en el huerto del Edén y se consolidó en la llanura de Sinar con la construcción de Babel, es la raíz de todos los sistemas humanos que, hasta el día de hoy, se sostienen sobre la rebelión y la autosuficiencia.

Esta declaración del apóstol Juan, respecto de los ámbitos espirituales del mundo, no es metafórica ni exagerada. Es una declaración teológica y espiritual de enorme peso. El término “mundo” en este contexto no se

refiere a la creación material, sino al sistema organizado de pensamiento, poder y valores que operan en oposición a Dios. Es el orden invisible que gobierna las estructuras visibles. Y si ese sistema está “bajo el maligno”, significa que su raíz, su inspiración y su propósito final son contrarios al Reino de Cristo.

Cuando observamos los gobiernos, las economías y las culturas del mundo, podemos encontrar elementos de justicia, creatividad y progreso. Algunos sistemas políticos promueven mayor libertad que otros, y ciertos modelos económicos generan mejores condiciones de vida. Pero por más avances que haya, ninguno puede escapar de la corrupción moral que nace del corazón humano caído.

Jesús dijo: ***“Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19).*** Si los sistemas son diseñados por hombres con un corazón contaminado por el pecado, entonces todo lo que esos hombres construyan llevará impresa la huella de su corrupción.

Por eso, aunque existan sistemas “menos malos”, ninguno es verdaderamente redimible. Pueden reformarse, pero no transformarse en su esencia. Pueden ajustarse, pero nunca purificarse del todo. La raíz sigue siendo la misma: el ego humano buscando el poder. En el fondo, todos los sistemas del mundo son expresiones distintas del mismo espíritu de Babel.

El profeta Daniel lo comprendió cuando vio la sucesión de imperios que dominarían la historia. Desde Babilonia hasta el imperio de hierro y barro, todos los reinos humanos estaban destinados a ser destruidos por una piedra no cortada con mano humana (**Daniel 2:34**). Esa piedra es Cristo, y su golpe simboliza el juicio definitivo sobre los sistemas del mundo. Ningún reino humano, por más desarrollado o civilizado que parezca, podrá resistir el impacto del Reino eterno del Hijo de Dios.

En **Apocalipsis 18**, Juan describe la caída de Babilonia, el gran sistema mundial que combina política, economía y religión en una sola estructura de poder. Su derrumbe es presentado como un acto de justicia divina: *“Cayó, cayó la gran Babilonia... porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación”* (**Apocalipsis 18:2 y 3**). Ese texto revela que los sistemas humanos no solo fracasan siempre, sino que permanentemente contaminan la moral y espiritualmente afectan para mal a las naciones. La búsqueda de poder, la manipulación de masas y la ambición económica se entrelazan hasta formar una red que oprime a los pueblos y adormece las conciencias.

El problema no es solo que el sistema esté corrompido; el problema es que está poseído. No se trata de un simple desorden moral que puede corregirse con mejores leyes, sino de una esclavitud espiritual que solo puede romperse con la venida del Reino de Dios. Jesús no vino a “mejorar” el sistema político de Su tiempo; vino a inaugurar un Reino

completamente distinto. Mientras algunos esperaban que liberara a Israel del yugo romano, Él declaró: ***“Mi Reino no es de este mundo”*** (Juan 18:36). Esa frase no significaba que su Reino no tuviera impacto en la tierra, sino que su origen y naturaleza no procedían del sistema caído.

Cuando la Iglesia olvida esto, corre el riesgo de intentar redimir lo que Dios ha condenado a desaparecer. Es una tentación sutil pero real. Algunos llegan a creer que, con suficiente influencia o presencia política, la Iglesia podría “cambiar el mundo” desde dentro del sistema. Sin embargo, la Escritura enseña que el mundo no será transformado por alianzas con el poder, sino por la proclamación del Evangelio y la obediencia a Cristo. La Iglesia no está llamada a reformar la Babilonia moderna, sino a vivir como una comunidad del Reino dentro de ella, anunciando su inminente caída y el triunfo del Cordero inmolado que ciertamente volverá.

Cada vez que los creyentes depositan su esperanza en un partido, una ideología o una estructura humana, el mensaje del Reino se diluye. No se trata de indiferencia política, sino de discernimiento espiritual. El cristiano debe entender que toda estructura humana es transitoria. Pablo lo dijo con claridad en **1 Corintios 7:31**: ***“La apariencia de este mundo pasa.”*** Los imperios, las democracias, las monarquías, los parlamentos y los sistemas económicos son apenas sombras que se desvanecerán ante la luz del Reino eterno.

Así, cuando decimos que los sistemas no son redimibles, no afirmamos que el cristiano deba renunciar a toda acción social o compromiso con el bien común. Lo que afirmamos es que la esperanza de la humanidad no se encuentra en el perfeccionamiento del sistema, sino en el regreso del Rey. Ninguna reforma política, ningún acuerdo económico y ninguna ideología cultural podrá producir el nuevo orden que anhela el corazón humano. Solo el Reino de Dios traerá justicia perfecta, paz verdadera y restauración completa.

Por eso, el creyente maduro no se deja seducir por las promesas de los hombres ni por las utopías de este siglo. Sabe que detrás de cada sistema brilla por un momento la ilusión de progreso, pero al final aparece el mismo rostro antiguo del poder sin Dios. La verdadera redención no pertenece a los sistemas, sino a las almas. Los sistemas pasarán, pero los redimidos permanecerán para siempre.

Existe una gran diferencia entre transformar la sociedad y querer salvar el sistema. Transformar la sociedad es iluminarla con la verdad del Evangelio, es penetrar las tinieblas del corazón humano con la luz de Cristo. Pero querer salvar el sistema es intentar que la estructura caída del mundo funcione sin redención. La primera tarea es espiritual y divina; la segunda es ilusoria y carnal.

El llamado de la Iglesia no es reconstruir Babel, sino edificar Jerusalén. No es fortalecer los cimientos del mundo presente, sino preparar los corazones para el mundo venidero.

Cuando Jesús habló del Reino de Dios, nunca lo presentó como una reforma política o un mejoramiento del sistema humano, sino como una realidad completamente nueva que sustituirá a los reinos de este siglo. El Reino no se añade al sistema, lo reemplaza.

Por eso, cada vez que el cristiano pretende “salvar” las estructuras de este mundo, se enfrenta a una frustración inevitable. Los sistemas no pueden ser salvados porque no tienen alma. Son organismos sin espíritu, alimentados por la ambición y sostenidos por la carne. El Señor vino a buscar y salvar lo que se había perdido, y lo que se perdió fue el hombre, no el sistema. Las naciones podrán ser bendecidas si los hombres que las dirigen se arrepienten, pero los sistemas como tales seguirán bajo la influencia del príncipe de este mundo hasta el día de su destrucción.

Cuando el enemigo le ofreció a Jesús, todos los reinos del mundo (**Mateo 4:8**), Jesús no lo desmintió, porque sabía que, desde la caída, el hombre había entregado la autoridad espiritual del mundo al enemigo. Por eso, la redención no consiste en embellecer lo que está bajo el maligno, sino en arrebatárselo por completo. Jesús venció no negociando con los sistemas, sino muriendo para despojarlos de su poder.

El apóstol Pablo escribió que el Señor ***“despojó a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”*** (**Colosenses 2:15**). La cruz no fue solo la redención del alma humana, sino también la sentencia de muerte para todos los poderes del mundo.

Desde ese día, el sistema está sentenciado, aunque todavía opera por un tiempo limitado, el final ciertamente llegará, y la sustitución total de los sistemas humanos por el Reino eterno será un hecho consumado.

La Iglesia, mientras tanto, vive entre dos realidades: la del sistema que perece y la del Reino que ya ha comenzado en los corazones. Por eso, su misión no es mantener el orden del mundo, sino ser sal y luz dentro de él (**Mateo 5:13 y 14**). La sal impide la corrupción, pero no detiene el tiempo; la luz disipa la oscuridad, pero no convierte la noche en día. Nuestra tarea es preservar y testificar, no perpetuar un sistema condenado.

Algunos piensan que el Reino de Dios se establecerá mediante leyes justas, políticas correctas o gobiernos cristianos. Pero el Reino no viene “con advertencia”, dijo Jesús, ni es producto de un proceso humano (**Lucas 17:20 y 21**). Es una invasión divina, un acto soberano de Dios en la historia. El Reino no será votado, será revelado. No nacerá del consenso político, sino del retorno glorioso del Rey.

Por eso, los creyentes maduros debemos aprender a vivir con discernimiento espiritual. Debemos participar del mundo sin pertenecerle, debemos trabajar en medio del sistema sin depender de él, influenciar nuestro entorno sin contaminarnos. Daniel sirvió en Babilonia, pero su corazón estaba en Jerusalén. José gobernó en Egipto, pero su esperanza estaba en la tierra de la promesa, por eso pidió que se llevaran su cadáver. Ester intercedió en Persia, pero su

identidad seguía siendo la del pueblo de Dios. Ninguno de ellos buscó redimir el sistema; todos fueron instrumentos de Dios dentro de él, sin olvidar que su verdadera ciudadanía estaba en los cielos.

Lamentablemente, muchos cristianos toman nota de esa condición celestial, pero tratan de despegar sus pies de la tierra, pensando que todo el planeta será destruido mientras ellos vivirán eternamente en casitas celestiales, pero debo decirles que esto no será así. El Reino de Dios, no solo se manifestará con total plenitud, sino que permanecerá en la tierra, llenándolo todo con su gloria.

Esa debe ser también, la posición de la Iglesia actual. Caminar en medio de los imperios del siglo, sin perder la conciencia de que todo lo visible será sacudido. **Hebreos 12:27** afirma que Dios removerá *“las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles.”* Todas las estructuras gubernamentales que el hombre ha edificado serán derribadas para que solo permanezca lo que proviene del Reino. La esperanza cristiana no es política, sino escatológica. No esperamos el ascenso de un sistema perfecto, sino el regreso del Rey perfecto.

Cuando los gobiernos se derrumban y las ideologías se contradicen, el creyente no entra en desesperación, porque sabe que todo esto anuncia la proximidad del Reino. Cada crisis mundial, cada colapso económico, cada cambio cultural es una señal de parto. El sistema gime, porque está muriendo; pero la Iglesia gime también, porque espera el

alumbramiento del Reino. Pablo lo expresó con ternura y poder:

“Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora... aguardando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”

Romanos 8:22 y 23

El fin de los sistemas no será un accidente histórico, sino un acto de justicia divina. La caída de Babilonia será la purificación del planeta. Y mientras el mundo clame por un nuevo orden, la Iglesia proclamará el mismo mensaje que desde el principio se ha anunciado: ***“Arrepentíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado.”*** Ese Reino no necesita parlamentos, ejércitos ni bancos. Su poder no depende del voto de las masas, sino de la voluntad del Padre. Es el único Reino verdaderamente justo, porque su Rey es Santo.

Cuando los santos comprendan esto, dejarán de poner su esperanza en lo transitorio y levantarán su mirada hacia lo eterno. Porque solo el Reino de Dios prevalecerá. Los imperios humanos serán polvo, las ideologías se extinguirán, los partidos desaparecerán, pero el Reino del Hijo amado permanecerá para siempre. Isaías lo profetizó siglos atrás: ***“El principado sobre su hombro... lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto”*** (Isaías 9:6 y 7).

Esa es la esperanza que sostiene al justo en tiempos de confusión: no la victoria de un sistema, sino la manifestación gloriosa de Cristo. Los sistemas se derrumban, pero el Reino no se mueve. Los poderosos caen, pero el Rey permanece. Y mientras el mundo sigue buscando un orden humano que nunca hallará, la Iglesia proclama con certeza inquebrantable:

***“Venga tu Reino, hágase tu voluntad,
Así en la tierra como en el cielo.”***

Mateo 6:10



Capítulo diez

EL JUICIO DE LOS POLÍTICOS

*“Pues el Señor ama la justicia
Y no abandona a quienes le son fieles,
Pero destruye a los malvados
Y los deja sin descendencia.”*
Salmo 37:28 (DHH)

Desde los primeros tiempos, los poderosos de la tierra han confundido su autoridad temporal con una especie de inmunidad eterna. Han creído que el poder político los eleva por encima del bien y del mal, como si la silla del gobierno los hiciera intocables, y sus decretos pudieran modificar la ley moral del universo. Pero toda la historia bíblica y humana demuestra lo contrario: ningún trono, por más alto que sea, escapa al juicio de Dios.

La arrogancia del poder es una de las expresiones más evidentes de la caída del hombre. Cuando alguien llega a dominar sobre otros, fácilmente olvida que él mismo está bajo autoridad. Esa fue la tentación original de Lucifer: no

quiso someterse, sino reinar. Esa misma semilla germina en los corazones de los gobernantes que, en lugar de servir, se sirven; en lugar de administrar justicia, administran privilegios; en lugar de temer a Dios, lo desafían. Pero el Señor, que ve desde los cielos, no pasa por alto la prepotencia de los hombres.

El **Salmo 2** retrata con fuerza esta rebelión: ***“¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su Ungido.”*** Es una descripción perfecta del espíritu político de todos los tiempos: los poderosos confabulados contra el gobierno de Dios, legislando en su contra, dictando leyes que pisotean su Palabra, creyendo que pueden suprimir su autoridad. Pero el salmo continúa:

“El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira.”

Salmo 2:1 al 5

Ese pasaje es una advertencia profética: el poder humano puede desafiar a Dios por un tiempo, pero nunca triunfará contra Él. Los hombres pueden manipular elecciones, comprar voluntades o reescribir constituciones, pero no podrán alterar el decreto eterno que ya está escrito en el cielo. Tarde o temprano, el Creador levantará su voz y juzgará con justicia a los reyes de la tierra.

Cuando los gobernantes olvidan que su autoridad es delegada, se convierten en ídolos de sí mismos. Nabucodonosor, el gran monarca de Babilonia, aprendió esa lección de la manera más humillante. Caminando sobre su palacio, dijo: ***“¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real, con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?”*** (Daniel 4:30). Aún hablaba, cuando una voz del cielo lo interrumpió y lo derribó: perdió su trono, su cordura y su orgullo. Solo cuando reconoció que ***“el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres”*** fue restaurado. El rey más poderoso de su tiempo tuvo que vivir como una bestia para aprender que no hay grandeza fuera de Dios.

Esa historia es más que un relato antiguo; es una advertencia eterna. Todo gobernante que se enaltece será humillado. Todo líder que olvida su dependencia de Dios terminará enfrentando la ruina. No importa si gobierna un pequeño municipio o una gran nación: el principio es el mismo. El Señor pesa los corazones y juzga con equidad.

El profeta Isaías pronunció juicio sobre los líderes de Judá con palabras que parecen describir los tiempos modernos: ***“Tus príncipes, compañeros de ladrones; todos aman el soborno y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda”*** (Isaías 1:23). Dios no solo observa las injusticias sociales, sino también la indiferencia de quienes podrían corregirlas y no lo hacen. Los políticos que abusan del poder, que roban al pobre y favorecen al poderoso, serán llamados a rendir cuentas ante el Juez Supremo.

Ezequiel también denunció a los gobernantes que se alimentaban del pueblo en lugar de cuidarlo: ***“¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños? Coméis la grosura, y os vestís de la lana; la débil no fortalecisteis, ni curasteis la enferma... sino que con dureza y con violencia las habéis dominado”*** (Ezequiel 34:2 al 4). Aquella reprensión dirigida a los líderes espirituales de Israel puede aplicarse a todo liderazgo corrupto. Cada vez que alguien usa la autoridad para su propio beneficio, en lugar de ejercerla como servicio, está provocando el juicio divino.

Los poderosos pueden parecer invencibles, protegidos por leyes, por fueros o por influencias, pero nada de eso los salvará del día de la revelación final. El apóstol Pablo escribió: ***“Porque es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”*** (2 Corintios 5:10). Ese “todos” incluye a reyes y presidentes, a jueces y ministros, a dictadores y legisladores. Nadie quedará fuera del tribunal de Dios.

A lo largo de la Biblia, vemos cómo Dios se levanta contra los gobernantes injustos. Faraón desafió al Dios de Israel y fue quebrado por su propia obstinación. Herodes persiguió a la Iglesia naciente y fue consumido por los gusanos (**Hechos 12:23**). Belsasar profanó los vasos del templo y vio aparecer la sentencia en la pared: ***“Mene, Mene, Tekel, Uparsin”*** que significa: ***“has sido pesado en la balanza y te encontraron faltar...”*** (Daniel 5). Todos ellos

creyeron tener el control del destino, hasta que descubrieron que eran apenas actores en el escenario del juicio divino.

El juicio de Dios no siempre llega de manera inmediata, pero siempre llega. A veces se manifiesta en la historia, y otras veces esperará el día del Juicio Final. En uno y otro caso, la justicia divina se cumplirá. Los hombres podrán ocultar su corrupción bajo el lenguaje de la política o del poder, pero ante el Dios que pesa los corazones no hay discursos que valgan. En aquel día, las máscaras caerán y la verdad será expuesta.

Ese día no será como los tribunales humanos, donde los poderosos pueden pagar para ser absueltos. Ante el trono blanco no habrá abogados ni influencias. El texto dice: ***“Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos... y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.” (Apocalipsis 20:12).*** Allí no habrá fueros ni privilegios; solo la verdad desnuda de las obras. Los “grandes y pequeños” son todos: desde el mendigo hasta el emperador.

Los políticos de la tierra, acostumbrados a ser temidos, ese día temblarán. Los que manipularon al pueblo con mentiras, los que promovieron injusticia con leyes inicuas, los que vendieron su conciencia por poder, deberán enfrentar la mirada del Rey de reyes. La voz que tantas veces despreciaron resonará sobre ellos con autoridad irresistible. Porque aunque durante su vida pudieron callar a los profetas, no podrán silenciar al Juez.

El juicio divino no es una metáfora ni una simple figura moral: es una realidad espiritual que espera manifestarse plenamente. La Escritura declara con absoluta certeza: ***“Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios” (Romanos 14:11)***. Esta verdad coloca a cada ser humano, sin excepción, en la misma condición: nadie escapará de la presencia del Juez. No habrá inmunidad diplomática, ni fueros, ni estrategias legales que puedan impedir ese día.

Los reyes, presidentes, ministros y legisladores, como los más humildes ciudadanos, comparecerán ante el trono del Rey de gloria. Ese día, los discursos se silenciarán, las mentiras quedarán al descubierto y los rostros altivos serán abatidos. El poder humano, que tantas veces fue instrumento de injusticia, será confrontado por el poder eterno del Reino de Dios.

Daniel, el profeta de los imperios, vio cómo los reinos terrenales se levantaban y caían bajo el control soberano del Altísimo. En su visión nocturna observó que: ***“Fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días... El tribunal se sentó, y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:9 y 10)***.

Esta imagen no es alegórica: es la descripción profética del tribunal celestial ante el cual los reinos y sus gobernantes serán juzgados. ***“Los libros abiertos”*** representan los registros de la historia humana, donde están escritos los actos, decretos, injusticias y corrupciones de los poderosos.

Cada firma, cada ley injusta, cada pacto en tinieblas será expuesto. El “Anciano de días” no juzga con parcialidad ni con intereses partidarios; su juicio es santo, perfecto y eterno. Y en ese tribunal no habrá sobornos, ni alianzas, ni votos que cambien el veredicto.

Los imperios de este mundo han intentado erigir sus tronos sobre la mentira, la violencia y la manipulación. Pero en aquel día, toda estructura de poder injusto será derribada. El trono de Cristo reemplazará a todos los tronos humanos. El juicio no solo traerá condena para los impíos, sino también liberación para los justos que esperaron pacientemente en la verdad.

Durante siglos, los hombres han intentado construir sistemas de justicia que terminen siendo, paradójicamente, cómplices de la injusticia. Las leyes se redactan con palabras de equidad, pero se aplican con manos corruptas. Las cortes se adornan con símbolos de balanza y rectitud, mientras en secreto se venden los fallos al mejor postor. Sin embargo, la justicia de Dios no puede ser comprada, ni retrasada, ni distorsionada. Isaías anuncia:

“Jehová se levantará para juzgar, y se afirmará para castigar a los pueblos.”

Isaías 3:13

Cuando el Juez de toda la tierra se levante, no lo hará movido por ira caprichosa, sino por el amor a la verdad y la defensa de los oprimidos. El juicio de Dios es el acto final de

su misericordia: pone fin a un mundo donde la maldad ha gobernado demasiado tiempo. Ese día, los políticos que mintieron al pueblo y usaron el poder para enriquecerse, los que promovieron leyes contrarias a la justicia divina, los que manipularon conciencias y traicionaron la verdad, serán confrontados por Aquel a quien despreciaron en vida. El Juez no necesitará testigos: su mirada penetrará las intenciones del corazón, y su veredicto será inapelable.

Para los que sirvieron a Dios con fidelidad y sufrieron bajo gobiernos corruptos, el juicio no será motivo de temor, sino de vindicación. Jesús prometió: ***“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”*** (Mateo 5:6). El día del juicio no será solo de castigo, sino también de recompensa. Allí se revelará quién fue realmente fiel, quién caminó en integridad, quién mantuvo su testimonio en medio de un mundo perverso. Los mártires de la historia, los profetas silenciados, los pastores perseguidos y los creyentes que no se vendieron al sistema, recibirán la corona incorruptible del Reino.

Finalmente, tras el juicio, los reinos de la tierra darán paso al gobierno eterno del Cordero. No habrá elecciones, ni campañas, ni promesas incumplidas. Su Reino será de justicia, paz y verdad. El profeta Isaías lo anunció siglos antes: ***“Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite”*** (Isaías 9:6 y 7). El juicio de los políticos será el fin del engaño humano y el comienzo de la autoridad perfecta de Cristo sobre las naciones.

Los poderosos de este mundo creen que sus decisiones quedarán impunes, pero el trono de Dios permanece firme. El juicio de los políticos no es una amenaza, sino una certeza profética. La historia terminará en el tribunal celestial, donde la voz del Cordero resonará con poder, porque ese día, los libros darán su testimonio y luego se cerrarán, y la justicia eterna brillará para siempre.

“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.”

Apocalipsis 20:11 y 12

“He aquí, yo hago nuevas todas las cosas...”

Apocalipsis 21:5



CUARTA PARTE

ARGENTINA UNA HISTORIA DE CORRUPCIÓN

Capítulo once

EL PECADO ESTRUCTURAL EN LA HISTORIA ARGENTINA

*La justicia engrandece a la nación;
Más el pecado es afrenta de las naciones.*

Proverbios 14:34

Como argentino, no puedo dejar de escribir un capítulo como este, porque en realidad la situación de mi país, fue la que generó el impulso para escribir este libro. Estamos en épocas electorales y la malicia evidenciada por las sucias campañas, no hace más ratificar la corrupción que recorre las venas de Argentina. Es muy triste, pero a la vez muy indignante, porque ciertamente tenemos un hermoso país, pero la mugre de la política corrupta, no ha hecho más que intentar destruir nuestro potencial.

Desde los albores de la patria, la historia argentina parece escrita con la misma tinta que mancha los documentos del poder: la tinta del interés, la ambición y la manipulación. No es un relato nuevo ni exclusivo de estas tierras, pero aquí ha adquirido una forma particular, un perfume agrio que

impregna las instituciones, los discursos y hasta la esperanza popular. Desde el principio, los sueños de libertad se entremezclaron con las pasiones humanas que corrompen toda noble causa cuando el corazón se aparta de Dios.

El pecado estructural de la Argentina no comenzó en una oficina política ni en un partido determinado. Se gestó en el corazón de los hombres, como lo describe Jeremías: ***“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9).*** La corrupción es primero espiritual antes que económica o institucional.

Al final, es el reflejo visible de una ceguera moral profunda, una enfermedad del alma colectiva que se transmite de generación en generación. En nombre del progreso se toleró la mentira; en nombre del bienestar se aceptó el soborno; y en nombre de la “viveza criolla” se justificó el pecado. Así, lentamente, el país fue construyendo un sistema donde el mal dejó de escandalizar y comenzó a ser parte del paisaje.

La historia argentina se presenta como una sucesión de promesas traicionadas. Desde los tiempos de la independencia, los mismos ideales que inspiraron la libertad se vieron secuestrados por las luchas internas y los intereses personales. Lo que comenzó como una búsqueda de soberanía terminó transformándose en un tablero de ambiciones cruzadas. Las guerras civiles, las alianzas secretas, los pactos entre poderosos y la manipulación del

pueblo marcaron los cimientos de una nación que quiso ser grande, pero se ha negado a ser justa.

La política se fue transformando en un escenario donde el pueblo aplaude a sus propios verdugos, hipnotizado por discursos vacíos y promesas imposibles. Los líderes se convirtieron en ídolos y los partidos en templos donde se rinde culto a la ideología antes que a la verdad. Se exaltó a los caudillos con una devoción casi religiosa, y se toleró su corrupción como si fuera un mal necesario. El fanatismo ideológico se instaló en la conciencia nacional como una fe paralela, una religión cívica sin arrepentimiento ni redención.

Los llamados “partidos populares”, que prometieron representar al pueblo, muchas veces terminaron oprimiéndolo. En nombre del trabajador se enriquecieron unos pocos; en nombre de la justicia social se construyeron redes de clientelismo que esclavizaron las voluntades. El voto, que debía ser una expresión de libertad, se transformó en una moneda de cambio, y la política en un espectáculo de manipulación masiva. Así, el pueblo fue domesticado con pan, subsidios y discursos, mientras la nación se hundía en deudas morales y espirituales.

El populismo argentino no ha sido solo un sistema de gobierno: ha forjado una mentalidad en el pueblo. Es el reflejo de una idolatría que busca en el hombre lo que solo Dios puede dar. En los momentos de crisis, el pueblo corre tras los salvadores de turno, esperando que un nuevo líder haga el milagro que solo el arrepentimiento nacional podría

producir. Pero los hombres no pueden redimir una nación que no quiere cambiar su corazón. Los profetas antiguos ya lo habían dicho: ***“Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento” (Oseas 4:6)***. Esa ignorancia espiritual se tradujo en ignorancia política, y así la corrupción se consolidó como parte del sistema, como si fuera inevitable.

Los sindicatos y gremios, que surgieron con el propósito noble de defender los derechos de los trabajadores, también fueron absorbidos por la misma corrupción que juraron combatir. Se transformaron en estructuras de poder paralelas, sostenidas por privilegios, amenazas y negociaciones oscuras. En lugar de justicia, generaron división; en lugar de equidad, alimentaron el resentimiento. El gremialismo degeneró en una maquinaria de control, capaz de paralizar un país entero para conservar sus intereses.

Esta realidad no es simplemente política: es moral y espiritual. La Argentina se convirtió en un reflejo de lo que ocurre cuando un pueblo prefiere las migajas del poder antes que el pan de la verdad. Cuando la mentira se convierte en moneda corriente, la conciencia nacional se endurece. Y cuando la corrupción deja de doler, el juicio de Dios se acerca.

Las décadas pasaron, los nombres cambiaron, pero los vicios permanecieron. Las promesas se repiten con nuevos rostros, los discursos se renuevan con palabras más modernas, pero las prácticas siguen siendo las mismas. Es una política rancia, envejecida por la falta de integridad, que

se recicla una y otra vez en los mismos apellidos, las mismas alianzas, los mismos pactos. Los que ayer denunciaban la corrupción, hoy la practican; los que juraban servir al pueblo, se sirven de él. La impunidad se volvió costumbre, y la vergüenza, una rareza.

El pueblo argentino, acostumbrado a sobrevivir, aprendió también a justificar. *“Roban, pero al menos hacen algo”*, se repite como un mantra cínico en las calles, los cafés y las redes. Esa frase encierra la raíz de nuestro pecado estructural: la tolerancia del mal por conveniencia. Se perdió el sentido del bien común y se reemplazó por la comodidad del beneficio personal. Cuando una nación deja de indignarse ante la injusticia, es porque ha perdido su alma.

Pero Dios no deja de mirar. Así como observó la corrupción de Sodoma, la violencia de los días de Noé y la injusticia de los poderosos en Israel, también mira a las naciones modernas. El juicio de Dios no se manifiesta siempre con fuego ni destrucción, sino con la retirada de Su gracia. Cuando Dios deja de proteger, la sociedad se desmorona desde adentro. Y eso es lo que hemos visto: una decadencia que no comenzó con una crisis económica, sino con una crisis moral, y debiendo ser una nación rica, llegamos a tener más del cincuenta por ciento de pobres.

La palabra del Señor sigue resonando: ***“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y***

perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra” (2 Crónicas 7:14). No hay restauración nacional sin arrepentimiento. La corrupción no se vence con leyes, sino con corazones transformados. No habrá justicia verdadera mientras la conciencia colectiva siga justificando la mentira.

Dios llama a la Argentina a mirar su historia no con orgullo patriótico, sino con humildad espiritual. Porque la historia no se repite por destino, sino por desobediencia. La misericordia divina aún extiende su mano sobre esta tierra, pero esa misericordia no es complicidad. Es una oportunidad. Si el pueblo de Dios no levanta su voz profética, la corrupción seguirá siendo el idioma de los poderosos y la resignación el canto de los débiles.

La corrupción no solo habita en los despachos oficiales ni en los contratos amañados. Está enraizada en la cultura misma, en los gestos cotidianos y en las frases heredadas que justifican la trampa como parte del ingenio nacional. El argentino ha aprendido a moverse entre la ley y la picardía, entre la norma y el atajo, como si la viveza fuera una virtud y no un pecado. Este modo de pensar no es menor; es la semilla de un mal profundo. Cuando la mentira se normaliza, el alma nacional se prostituye. Y cuando el fraude se celebra, el juicio de Dios se aproxima.

El poder se convirtió en el ídolo de nuestra historia. Los altares del poder político han sido adornados con promesas de redención social y consignas patrióticas, pero detrás de ellas se esconde un culto antiguo: la adoración al

hombre mismo. Se cambió el “*Dios bendiga a la patria*” por el “*viva el líder*”, y la obediencia a la verdad por la lealtad a una bandera partidaria. Así, generaciones enteras crecieron rindiendo culto a nombres en lugar de principios, a rostros en lugar de valores. Esa idolatría ha sido el mayor obstáculo para el arrepentimiento nacional.

El poder, cuando no se ejerce bajo la soberanía de Dios, se convierte en un instrumento de dominio. Lo vimos una y otra vez: gobiernos que comenzaron con discursos de justicia terminaron en corrupción; líderes que juraron servir al pueblo acabaron sirviéndose de él. La historia reciente está marcada por escándalos que se repiten con la misma estructura de impunidad. Los “fueros” se transformaron en escudos para el delito, los acuerdos entre partidos en pactos de silencio, y las demoras judiciales en cementerios de causas olvidadas. Mientras tanto, el pueblo observa, cansado, y a menudo resignado, como si el mal fuera invencible.

Pero no es invencible. La Palabra declara: ***“Porque Jehová es Dios de justicia; bienaventurados todos los que esperan en Él” (Isaías 30:18).*** La justicia humana puede ser comprada, manipulada o dormida, pero la justicia divina nunca se corrompe. Dios tiene sus tiempos y sus instrumentos. Puede usar la historia, las crisis, e incluso la vergüenza pública para sacar a la luz lo que se quiso ocultar. Nada queda fuera de Su mirada. A su debido momento, ***“Él sacará a luz la justicia como el amanecer y tu derecho como el mediodía” (Salmo 37:6).***

Sin embargo, el mayor escándalo no es la corrupción de los poderosos, sino la indiferencia del pueblo, la actitud adormecida de los que presencian la injusticia con resignación. La corrupción estructural se sostiene sobre un consenso tácito: “todos roban”, “así es el país”, “no se puede hacer nada”. Esas frases, repetidas por décadas, se convirtieron en confesiones nacionales. Cada vez que un ciudadano justifica el mal por cansancio o conveniencia, el sistema se fortalece. Así como el pecado personal se perpetúa por falta de arrepentimiento, el pecado colectivo se perpetúa por falta de conciencia.

Jesús dijo: ***“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32)***. Argentina no será libre por un cambio de gobierno, sino por un cambio cultural, que determine otra conciencia. La verdad no solo debe ser proclamada desde los púlpitos, sino encarnada en la conducta de quienes dicen conocer a Dios. La Iglesia no puede exigir integridad en los palacios si ella misma se acomoda al espíritu de la época. Cuando los cristianos callan ante la mentira, se vuelven cómplices del sistema que dicen denunciar.

El poder se transformó en un ídolo nacional, no solo en los políticos, sino en los corazones comunes. La ambición, la envidia y el deseo de escalar socialmente a cualquier precio son síntomas del mismo mal. Cada vez que un padre enseña a su hijo a “arreglarse” sin importar los medios, está perpetuando la misma cadena espiritual que esclaviza a los gobernantes. La corrupción no comienza en la Casa Rosada,

sino en las casas sin temor de Dios. El pecado estructural es, en realidad, una suma de pecados personales justificados por una cultura que perdió su brújula moral.

El Señor pregunta a través del profeta Miqueas: ***“¿Con qué me presentaré ante Jehová?... ¿Se agradará Jehová de millares de carneros?... Oh hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios”*** (Miqueas 6:6 al 8). Esta palabra es la síntesis del cambio cultural que necesitamos. No se trata solo de reemplazar políticos, sino de reemplazar corazones endurecidos por corazones quebrantados. No habrá justicia en los tribunales si primero no hay arrepentimiento en los hogares y esto no ocurrirá si la Iglesia no alumbrá con verdadera santidad.

Las injusticias sociales, económicas y morales son el resultado visible de una nación que eligió servirse a sí misma. Millones viven en pobreza mientras unos pocos acumulan riqueza ilícita; se otorgan privilegios a los amigos del poder mientras los honestos son castigados con impuestos y trabas; se premia la astucia y se desprecia la integridad. El resultado es una sociedad fracturada, desconfiada y herida. Las estadísticas no mienten, pero tampoco lo hace el clamor de los justos que sufren en silencio. Cada lágrima de un inocente es testimonio en el tribunal de Dios.

La Argentina necesita más que reformas: necesita redención. No un nuevo pacto político, sino un pacto espiritual. No una constitución revisada, sino una conciencia

restaurada. Ningún modelo económico puede sanar la herida moral de una nación que ha perdido el temor del Señor. Los países no cambian por decretos, sino por despertares. Cuando un pueblo vuelve a Dios, la historia se detiene y comienza otra vez. Así sucedió con Nínive, cuando el mensaje de Jonás quebrantó la dureza de un imperio corrupto.

“Y Dios vio lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo...”

Jonás 3:10

¿Podría suceder algo así en nuestra tierra? Sí, si la Iglesia se levanta. Porque el cambio cultural que Argentina necesita no lo producirán los medios ni las leyes, sino los santos. No los poderosos, sino los que oran. No los que manipulan masas, sino los que discipulan corazones. La verdadera revolución que el país espera no es política, sino cultural, y la esencia de la cultura es netamente espiritual. Cuando los creyentes vuelvan a vivir con integridad, cuando los pastores vuelvan a denunciar el pecado sin miedo y cuando el pueblo vuelva a temer a Dios más que al hombre, puede comenzar una sanidad nacional.

Dios no ha desechado a esta nación. A pesar de su historia, a pesar de sus caídas y sus líderes corruptos, todavía hay misericordia. Cada vez que una familia ora, cada vez que un joven decide ser honesto, cada vez que un cristiano se niega a sobornar o a mentir, el Reino de Dios avanza en medio de la oscuridad. No todo está perdido, porque el Señor

no ha quitado Su mano. Pero la misericordia tiene un límite: el límite de la indiferencia. Si el pueblo no responde al llamado del Espíritu, el juicio se intensificará.

Por eso, este es el tiempo de despertar. No para maldecir la historia, sino para redimirla. No para culpar, sino para arrepentirse. No para esperar un mesías político, sino para invocar al Rey de reyes. Argentina fue herida por su pecado estructural, pero puede ser restaurada por la gracia estructural del Evangelio del Reino. Allí donde abundó la corrupción, sobreabundará la justicia; donde reinó la mentira, reinará la verdad; y donde se levantaron ídolos de carne, volverá a levantarse el altar del Dios vivo.

Solo entonces, las palabras del profeta serán una realidad entre nosotros: ***“Tus jueces volverán a ser como al principio, y tus consejeros como al comienzo. Entonces te llamarán Ciudad de Justicia, Ciudad Fiel”*** (Isaías 1:26). Esa es la promesa: no un país perfecto, sino una nación restaurada bajo el señorío de Cristo, para que sea justa y bendita.

“Pero Jehová permanecerá para siempre; ha dispuesto su trono para juicio. Él juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud.”

Salmo 9:7 y 8



Capítulo doce

POLÍTICA, IDEOLOGÍA Y RELIGIÓN

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas; derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.”

2 Corintios 10:4 y 5

Las ideologías han ocupado en el corazón de las naciones el lugar que antes pertenecía a la verdad. Prometen redención, justicia y sentido, pero terminan imponiendo una fe sustituta que esclaviza la conciencia y pervierte la moral. En su esencia, cada ideología es una religión secular: tiene sus dogmas, sus profetas, sus herejes y su cielo terrenal. Su meta no es transformar el alma, sino controlar el pensamiento. Así, millones se rinden ante banderas y consignas que sustituyen a Dios en el altar de la conciencia nacional.

El apóstol Pablo advirtió que en los últimos tiempos los hombres ***“no soportarían la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarían maestros conforme a sus propias concupiscencias”*** (2 Timoteo 4:3). Esa profecía no se limita al ámbito religioso: describe perfectamente la era ideológica en la que vivimos.

Los pueblos ya no buscan la verdad, sino el relato que confirme sus deseos. En lugar de escuchar la voz del Creador, prefieren oír las voces que halagan sus emociones y justifican sus errores. Así se construye una sociedad que llama bien al mal y mal al bien, que exalta la desobediencia como libertad y la corrupción como astucia.

Las ideologías son hábiles seductoras. Se visten de causas nobles, apelan al lenguaje de la justicia y se presentan como soluciones definitivas para los males sociales. Pero detrás de su retórica siempre se oculta una mentira estructural: la idea de que el ser humano puede redimirse sin Dios. Cada ideología, en el fondo, es una rebelión adornada de esperanza. Promete un paraíso terrenal, pero edifica torres de Babel. Sus cimientos están hechos de orgullo humano, y su fruto final es la división, la violencia y la confusión moral.

El enemigo antiguo, el mismo que engañó a Eva con una media verdad, es quien inspira las ideologías de cada época. Les infunde el veneno de la autosuficiencia y les da una misión: construir un mundo donde Dios sea innecesario. Así lo dijo el apóstol: ***“El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les***

resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo” (2 Corintios 4:4). El “dios de este siglo” no se manifiesta solo en templos paganos, sino en las doctrinas políticas, económicas y culturales que compiten con la verdad divina. Y muchos, sin saberlo, terminan adorando a ese falso dios cuando se entregan ciegamente a una ideología.

El poder de las ideologías reside en su capacidad para capturar la conciencia del pueblo. No gobiernan solo mediante leyes o instituciones, sino a través de la narrativa. Controlan la manera de pensar, el lenguaje y la memoria colectiva. Reescriben la historia, redefinen los valores y reformulan la moral. Cuando logran dominar el discurso público, el alma nacional se vuelve rehén de su mentira. Ya no se piensa con libertad, sino con consignas. Ya no se discierne con sabiduría, sino con fanatismo. Y el fanatismo, en cualquier forma, es una cárcel espiritual.

El fanático no razona, solo reacciona. No escucha, grita. No busca la verdad, defiende su bando. Su lealtad no es a los principios, sino a su tribu ideológica. Así, el debate deja de ser una búsqueda común del bien y se transforma en una guerra santa donde cada grupo se cree el mesías de la patria.

Se levantan bandos, se dividen familias, se rompen amistades y hasta iglesias, porque la ideología no tolera rivales. Exige adoración total, y quien no repite sus dogmas es declarado enemigo. En nombre de la justicia, se cometen injusticias; en nombre de la libertad, se impone censura; y en nombre de la igualdad, se destruye la dignidad individual.

Este espíritu de división no es nuevo. Jesús lo enfrentó cuando los fariseos intentaron atraparlo en una trampa política: ***“¿Es lícito dar tributo a César, o no?” (Mateo 22:17).*** Era una pregunta ideológica, diseñada para dividir, no para buscar la verdad. Pero el Señor, con sabiduría divina, respondió: ***“Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.”*** Con una sola frase, Jesús desarmó el juego de los fanáticos y recordó al mundo que la conciencia no pertenece al Estado, ni al partido, ni a la ideología: pertenece a Dios. Quien entrega su conciencia a cualquier otro señor, pierde su libertad espiritual.

Hoy, sin embargo, multitudes entregan su conciencia a los Césares modernos. Las ideologías políticas, tanto de derecha como de izquierda, se han convertido en los nuevos imperios que compiten por la lealtad de las almas. Y la Iglesia, muchas veces, ha caído en la trampa. En lugar de ser la voz profética que señala los pecados del poder, se ha vuelto un coro que repite sus consignas. El lenguaje ideológico ha reemplazado al lenguaje del Reino; la pasión partidaria ha reemplazado la pasión por la verdad. Y cuando eso sucede, el Evangelio se contamina.

La mentira ideológica tiene el poder de desfigurar la fe. Puede usar el vocabulario cristiano, pero alterar su significado. Habla de “justicia”, pero sin santidad; de “amor”, pero sin verdad; de “libertad”, pero sin arrepentimiento. Es el mismo mecanismo que usó la serpiente en el Edén: una distorsión sutil de la Palabra de Dios para justificar la desobediencia. Por eso Pablo exhortó:

“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo”

Colosenses 2:8

Las ideologías siempre llevan dentro el germen de la mentira. No pueden sostenerse sobre la verdad porque su raíz es el orgullo humano. Cada una promete justicia, pero termina generando injusticia; promete unidad, pero produce polarización; promete dignidad, pero termina usando al hombre como instrumento de poder. Son sistemas cerrados que expulsan la autocrítica, y cuando una sociedad deja de examinarse, se entrega a la idolatría colectiva.

La mente cautiva por la ideología se vuelve incapaz de discernir lo espiritual. Los ojos se nublan, el oído se endurece, y el corazón se llena de odio contra todo lo que no repite su credo. Es el espíritu del anticristo operando en lo social, preparando a las naciones para aceptar como verdad aquello que contradice a Dios. Por eso el apóstol Juan escribió: ***“Hijitos, guardaos de los ídolos”*** (1 Juan 5:21). Las ideologías son ídolos modernos, esculpidos no en piedra, sino en pensamientos, y cada vez que una nación los adora, se somete al yugo del engaño espiritual.

No hay nada más peligroso que una fe contaminada por ideología, porque se disfraza de verdad mientras destruye la capacidad de amar y de pensar con discernimiento. Y nada más urgente para la Iglesia que aprender a reconocer esa contaminación antes de que corrompa su testimonio. Porque

cuando el pueblo de Dios empieza a hablar el lenguaje del mundo, deja de ser sal, y cuando la sal pierde su virtud, solo termina siendo echada y pisoteada por los hombres (**Mateo 5:13**).

Hay un peligro silencioso que se ha ido infiltrando en los altares, disfrazado de conciencia social, de compromiso ciudadano, o de una supuesta “fe encarnada” en la realidad política. Ese peligro se llama ideologización de la Iglesia. Cuando la fe deja de mirar el Reino para mirar las banderas partidarias, se vuelve prisionera de las pasiones humanas.

Cuando los púlpitos comienzan a hablar más de candidatos que de Cristo, algo sagrado se ha contaminado. Porque el Evangelio no es de derecha ni de izquierda; el Evangelio es de lo alto. Y cuando la Iglesia desciende del monte de la revelación para sentarse en las mesas del poder, pierde su voz profética y se convierte en un eco más del sistema.

La historia demuestra que cada vez que el pueblo de Dios se mezcló con las estructuras políticas de su tiempo, terminó perdiendo su pureza espiritual. Israel pidió un rey *“como las demás naciones”* (**1 Samuel 8:5**), y desde entonces comenzó un ciclo de decadencia. Lo que era teocrático se volvió monárquico; lo que era santo se volvió político. Y cuando los hombres de Dios se acomodan a los intereses del trono, el Reino sufre. Por eso, cuando los profetas se callan, los reyes se corrompen; y cuando los reyes se corrompen, el pueblo perece.

Hoy, como en los días de Acab y Jezabel, hay líderes espirituales que venden su voz por un plato de poder. Algunos confunden la defensa de la patria con la defensa del Reino; otros justifican sus alianzas con argumentos de “influencia” o “estrategia”. Pero Jesús nunca buscó el trono de Roma, sino la cruz del Calvario. Su Reino no dependía de acuerdos ni de votos, sino de obediencia al Padre. Él dijo: ***“Mi Reino no es de este mundo” (Juan 18:36)***. Sin embargo, hay quienes, en nombre de Cristo, promueven ideologías humanas, agitan banderas partidarias y siembran división dentro del cuerpo de Cristo.

El liderazgo espiritual tiene una responsabilidad tremenda: mantener el corazón de la Iglesia libre de las contaminaciones del poder. No se trata de indiferencia política, sino de prioridad espiritual. La Iglesia debe orar por los gobernantes (**1 Timoteo 2:1 y 2**), pero no adorar sus proyectos. Debe profetizar a las naciones, no servirles de propaganda. El pastor que usa el altar para promover un partido ha traicionado su llamado; ha cambiado la unción por influencia, y el fuego del Espíritu por el aplauso de los hombres.

La Biblia nos advierte que ***“nadie puede servir a dos señores” (Mateo 6:24)***. Y esto no se aplica solo al dinero, sino también al poder. Servir al Reino implica renunciar a toda lealtad ideológica. Cuando la Iglesia se divide entre colores partidarios, entre progresistas y conservadores, entre liberales y nacionalistas, entre la derecha y la izquierda, el enemigo celebra, porque sabe que la unidad del cuerpo es su

mayor amenaza. La ideología penetra como un virus espiritual, inoculando resentimiento, orgullo, y un sentido falso de justicia. Pero la justicia del Reino no nace de las urnas, sino del corazón transformado por el Espíritu.

Muchos pastores han caído en el error de creer que pueden “negociar” con los poderes de turno para conseguir visibilidad o beneficios materiales. Pero los tratos con el faraón siempre terminan costando la libertad del pueblo. Cuando los líderes de Israel aceptaron las condiciones de Egipto, Moisés tuvo que levantarse y decir: **“No quedará ni una pezuña” (Éxodo 10:26)**. Esa es la postura de un verdadero siervo de Dios: no negociar lo santo, no ceder lo eterno por lo temporal.

Los intereses materiales son un terreno peligroso para el alma del ministro. El profeta Eliseo rehusó recibir los regalos de Naamán porque sabía que el poder de Dios no se vende. Pero su siervo, Giezi, corrió detrás del carro para obtener lo que su corazón codiciaba, y terminó leproso (**2 Reyes 5:20 al 27**). Así también hoy, algunos corren tras los carros de los poderosos, buscando posición, favores o dinero, y no se dan cuenta de que están enfermando espiritualmente.

La responsabilidad del liderazgo espiritual es guiar al pueblo hacia la verdad, no hacia los discursos del mundo. Es sostener el testimonio del Reino en medio de un siglo que exalta las ideologías como si fueran nuevas religiones. La Iglesia no fue llamada a ser un brazo de la política, sino el cuerpo de Cristo en la tierra. Cuando la Iglesia se prostituye

con los poderes del mundo, pierde su autoridad moral y espiritual. Pero cuando se mantiene fiel a su Señor, aun los reyes tiemblan ante su palabra.

El tiempo que vivimos exige valentía para no transar, discernimiento para no dejarse seducir, y santidad para no ser parte del juego. Porque llegará el día en que el Señor juzgará no solo a los políticos corruptos, sino también a los ministros infieles. Y en ese tribunal no habrá excusas, ni ideologías que nos justifiquen. Solo quedará una pregunta resonando en el alma de cada siervo: ¿fuiste fiel al Reino o serviste a tus propios intereses?

El Señor sigue buscando hombres y mujeres que, como Juan el Bautista, no teman denunciar la corrupción de Herodes, aunque eso les cueste la cabeza. Que como Daniel, no se arrodillen ante los decretos del imperio. Que como Pablo, no se vendan a los poderes de turno, sino que prediquen la verdad con valentía. Porque el Reino no necesita cómplices, necesita testigos. Y los testigos verdaderos no negocian con la mentira, no coquetean con el poder, no cambian su mensaje por una sonrisa política, una foto con el poder de turno, o unas chapas para edificar un templo.

El Reino de Dios no se negocia, se predica. No se acomoda, se establece. Y aunque las ideologías sigan cambiando de nombre, el Evangelio permanece igual, porque su esencia no depende de los sistemas del mundo. El llamado a la Iglesia de hoy, es a despojarse de toda bandera ajena, y levantar solo una: “la bandera de Cristo”.

“¡Ay de los hijos rebeldes declara el Señor, que ejecutan planes, pero no los míos, y hacen alianza, pero no según mi Espíritu, para añadir pecado sobre pecado! Los que descienden a Egipto sin consultarme, para refugiarse al amparo de Faraón, y buscar abrigo a la sombra de Egipto.”

Isaías 30:1 y 2



QUINTA PARTE

LA IGLESIA Y SU MISIÓN EN EL TIEMPO FINAL

Capítulo trece

LUZ EN MEDIO DE LAS TINIEBLAS

“La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.”

Juan 1:5

En tiempos donde la oscuridad se ha vuelto la atmósfera natural de los pueblos, cuando los discursos de los hombres poderosos retumban como truenos vacíos sobre una tierra cansada de mentiras, Dios sigue levantando luces. No luces frágiles, no faroles de popularidad pasajera, sino llamas puras encendidas en el altar de Su presencia. El mundo, con toda su sofisticación y su aparente sabiduría, no ha podido apagar el fuego que arde en los corazones de aquellos que no se doblegan ante la idolatría política ni ante la religión complaciente.

Desde los primeros días de la humanidad, la tiniebla ha intentado sofocar la voz de Dios. En tiempos de Noé, la corrupción llenó la tierra, pero hubo un hombre justo que caminó con Dios y fue luz en medio de su generación

(Génesis 6:9). En los días de Elías, cuando el rey Acab y su esposa Jezabel habían contaminado la nación con idolatría, un profeta se levantó desde el desierto, confrontando al trono y llamando al pueblo a decidir: ***“¿Hasta cuándo claudicaréis entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle”*** (1 Reyes 18:21). En cada época donde la oscuridad cubre las naciones, el Señor preserva una voz, una lámpara, un remanente que no se vende ni se calla.

Esa es la Iglesia que el Espíritu Santo está despertando en los últimos tiempos: una Iglesia que no busca ser aplaudida por los hombres, sino aprobada por el cielo. Una Iglesia que comprende que su papel no es competir con los sistemas del mundo, sino exponerlos con la luz de la verdad.

Mientras los gobiernos se debaten entre la corrupción y el cinismo, mientras los líderes religiosos buscan alianzas con el poder para no perder influencia, Dios está llamando a Sus siervos a un nuevo nivel de santidad y discernimiento. Los profetas de hoy no deberían estar brillando en los eventos eclesiásticos, ni sentados en las mesas del poder, sino en las montañas de la oración; no debería adornar los templos con discursos ideológicos, sino incendiar el altar con palabra viva.

Porque la luz no se negocia. La luz se porta. No necesita ser defendida por estrategias humanas ni por campañas de imagen; simplemente brilla. Así como Jesús dijo: ***“Vosotros sois la luz del mundo”*** (Mateo 5:14), también advirtió que esa luz no debe esconderse debajo del

almud. En otras palabras, la Iglesia no puede disimular su diferencia, no puede callar ante la injusticia ni adaptarse para ser aceptada. Su función no es mezclarse con el sistema, sino revelarlo; no es imitar los métodos del poder, sino testificar de un Reino que no tiene sombra de variación ni corrupción en sus fundamentos.

Hoy más que nunca necesitamos profetas que vuelvan al aposento. No predicadores de marketing ni apóstoles de vanidad, sino hombres y mujeres que se atrevan a permanecer en el silencio de la presencia divina hasta oír la voz que retumba desde el trono. El profeta moderno debería retraerse del ruido político y del brillo artificial de los escenarios para volver a ser testigo del fuego de Dios. Luego, cuando hable, su palabra no será opinión, sino juicio; no será ideología, sino revelación. Así lo hacía Amós, quien fue tomado de detrás del ganado para hablar contra los palacios de Samaria. Así lo hizo Jeremías, que lloró por su nación antes de pronunciar sentencia sobre sus gobernantes.

El problema de esta generación no es la falta de discursos, sino la ausencia de peso espiritual. Tenemos muchas voces, pero poca autoridad. Abundan los análisis, pero escasea la unción. Sin embargo, Dios sigue buscando a los que lloran entre el pórtico y el altar (**Joel 2:17**), los que no quieren fama, sino fidelidad; los que no viven de aplausos, sino del pan de Su palabra. En tiempos donde la política se ha infiltrado hasta los púlpitos, el Señor está levantando una voz que no puede ser comprada ni domesticada.

Esa voz no viene de los tronos humanos, sino del quebranto. Nace en los desiertos, no en los palacios. La historia lo demuestra: cuando la Iglesia se vuelve cómoda con el poder, pierde su filo profético; pero cuando es perseguida, humillada o marginada, el fuego se purifica y su luz se hace más brillante.

Así fue en los primeros siglos, cuando los cristianos eran despreciados por el Imperio Romano pero portaban una gloria que ningún César podía opacar. Así será también en este tiempo final: una Iglesia sin prestigio ante el mundo, pero revestida de autoridad espiritual; una Iglesia invisible para los medios, pero temida en el infierno.

La verdadera autoridad profética no consiste en predecir acontecimientos, sino en confrontar sistemas. No se mide por la cantidad de seguidores, sino por la obediencia a la voz de Dios. Un profeta puede estar solo y aun así representar al cielo entero. Puede ser rechazado por los hombres, pero su palabra nunca caerá al suelo. Por eso, el Señor está llamando a Su Iglesia a separarse de las alianzas impuras, a dejar de depender de la aceptación pública, y a volver al secreto del Padre. Solo allí la luz recupera su pureza.

El llamado no es a encender una vela en la oscuridad, sino a ser una antorcha que arde sin consumirse. Ser luz en medio de las tinieblas no es un título espiritual, es un precio. Implica vivir diferente, pensar diferente, hablar diferente. Implica, incluso, ser malinterpretado y perseguido. Pero el que lleva la luz del Reino no se apaga porque lo rechacen,

sino que resplandece más cuando el entorno se oscurece. Así fue con Esteban, cuyo rostro brilló como el de un ángel mientras era apedreado (**Hechos 6:15**). Así será con la Iglesia fiel que, aun en medio de la tribulación, mantendrá encendido el testimonio de Cristo.

No debemos olvidar que la oscuridad no puede vencer a la luz. Puede rodearla, puede intentar apagarla, pero no puede dominarla. En los días donde la política se envuelve en sombras, donde la moral se diluye y la mentira se institucionaliza, el Espíritu Santo está marcando a los suyos con un brillo distinto. No se trata de una luz artificial generada por entusiasmo humano, sino del resplandor de Cristo reflejado en los santos que no se contaminan con el sistema.

Esta es la hora de la separación, no de la mezcla. Es el tiempo donde Dios diferencia entre los que le sirven y los que no (**Malaquías 3:18**). Muchos se presentarán como voceros del Reino, pero sus obras los desmentirán. Solo los que hayan aprendido a vivir en la presencia de Dios podrán hablar con claridad en medio del caos. Solo los que se han purificado en el fuego del quebranto podrán sostener la lámpara sin que se apague. Porque la luz no es un símbolo poético: es una responsabilidad espiritual.

En los próximos años veremos cómo las tinieblas políticas y morales se intensificarán. La corrupción no disminuirá, la mentira se sofisticará, y los poderes globales continuarán su avance. Pero en ese mismo escenario, Dios

levantará una generación de testigos que no negociarán la verdad por conveniencia. Serán hombres y mujeres comunes, pero con corazones encendidos; pastores desconocidos, pero con palabra de autoridad; intercesores invisibles, pero con impacto eterno. La Iglesia no será protagonista en los medios, pero será protagonista en el cielo. Porque cuando el mundo se cubre de oscuridad, Dios no se desespera: enciende lámparas.

***“No seas vencido de lo malo,
Sino vence con el bien el mal”***

Romanos 12:21

Ser luz en medio de las tinieblas no es solo resistir la oscuridad, sino transformarla con la presencia del Reino. La Iglesia no fue llamada a lamentarse por el mal, sino a enfrentarlo con el poder del bien. El creyente que ora y vive en santidad se convierte en un agente de resistencia espiritual contra las tinieblas que gobiernan los sistemas humanos. Por eso, el enemigo ha intentado corromper la oración, trivializar la fe y silenciar la denuncia profética. Pero Dios siempre preserva un remanente que no se doblega.

Cuando la Iglesia ora de verdad, los cimientos de los imperios tiemblan. La oración no es un ritual ni un refugio emocional; es un acto de gobierno espiritual. En **Hechos 12**, mientras Pedro estaba preso, la Iglesia oraba sin cesar. Ninguna fuerza política pudo sostener el encierro de un hombre ungido, porque el cielo respondió con poder. En los tiempos modernos, quizás las prisiones ya no tengan barrotes

físicos, pero hay cárceles ideológicas y estructuras de control que oprimen las conciencias. Solo una Iglesia que intercede con fe y discernimiento puede abrir esas puertas.

La oración de los justos no solo pide, también confronta. En ella se intercede por los gobernantes, pero también se les recuerda que hay un trono más alto que el suyo. La Iglesia que ora no se limita a pedir prosperidad para la nación; clama por arrepentimiento y justicia. No se arrodilla ante el Estado, sino ante el Cordero. No se somete a la agenda del mundo, sino al propósito eterno de Dios. Y mientras el mundo exige silencio, la Iglesia ora más fuerte, sabiendo que cada clamor verdadero es una declaración de independencia espiritual frente a los poderes de este siglo.

Pero la Iglesia no solo ora: denuncia. No con odio, sino con verdad. No con ira, sino con valor. Los profetas de antaño no fueron diplomáticos, sino mensajeros del Reino. Amós denunció a los poderosos por vender al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias (**Amós 2:6**). Juan el Bautista, lleno del Espíritu Santo, no temió decirle a Herodes que su conducta era pecaminosa, aun sabiendo que eso le costaría la vida (**Mateo 14:4**). En cada generación, los que aman la verdad han sido perseguidos, pero su sangre se convirtió en semilla.

La Iglesia de Cristo no puede ser neutral ante el pecado institucionalizado. El silencio ante la corrupción es complicidad. Hoy más que nunca, el Señor necesita una Iglesia que se atreva a hablar en nombre de Aquel que es la

Verdad. Que denuncie la mentira, pero también modele la integridad; que confronte la injusticia, pero también viva con misericordia. La denuncia sin santidad se vuelve ruido, pero la santidad sin denuncia se vuelve cobardía. Ambas deben ir juntas: pureza de corazón y valentía profética.

Y sin embargo, la denuncia no debe convertirse en amargura. No se trata de una cruzada contra los hombres, sino de una batalla contra los principados que gobiernan detrás de ellos. La Iglesia que ora y denuncia sin amor pierde su propósito. Por eso, su fuerza no viene del resentimiento, sino del Espíritu Santo. Cuando los primeros discípulos fueron amenazados por las autoridades, no pidieron venganza, sino valentía para seguir hablando la palabra con denuedo (**Hechos 4:29**). El resultado fue que el lugar donde estaban tembló, y todos fueron llenos del Espíritu Santo.

Esa es la diferencia entre el activismo humano y la acción espiritual: el primero agita, el segundo transforma. El mundo está lleno de protestas, pero vacío de oración. La Iglesia está llamada a ser voz profética, no ruido social. A cambiar la atmósfera, no solo la ley. A quebrar cadenas en el cielo antes de intentar mover estructuras en la tierra. Porque toda reforma verdadera comienza en el altar.

Sin embargo, el testimonio más poderoso no es solo la palabra, sino la vida. Las tinieblas no retroceden ante los discursos, sino ante la santidad. Daniel no se corrompió en Babilonia, y su pureza lo hizo más influyente que todos los políticos de su tiempo. José no se contaminó en Egipto, y

Dios lo levantó para gobernar sobre una nación extranjera. Ambos mostraron que la integridad tiene más poder que la intriga, y que la fidelidad vale más que la fama.

La historia de la Iglesia está llena de ejemplos de creyentes que marcaron su generación sin vender su conciencia. William Wilberforce, impulsado por su fe, luchó durante décadas contra la esclavitud en Inglaterra hasta verla abolida. Dietrich Bonhoeffer enfrentó al régimen nazi con una fe inquebrantable y prefirió morir antes que traicionar el Evangelio.

En Medio Oriente, tenemos las voces de la fe, que han costado mucha sangre tratando contra la opresión de los musulmanes y sus políticas opresoras. En Oriente, miles de cristianos anónimos han dejado su sangre como gran testimonio ante el Trono celestial. Ninguna de esas voces se han perdido, ni se perderán jamás, ya que han quedado registradas en la eternidad para el gran juicio final.

En América Latina, misioneros y pastores han resistido la presión de ideologías y regímenes corruptos, siendo testimonio de que la luz puede brillar aun en las cárceles, los campos o los barrios más oscuros. Ninguno de ellos fue perfecto, pero todos tuvieron algo en común: vivieron lo que predicaron.

Es tiempo de recuperar ese tipo de fe. Una fe que no se esconde tras la comodidad ni se adapta a las modas políticas. Una fe que no busca quedar bien, sino hacer el bien. La

Iglesia del tiempo final debe recordar que su mayor mensaje no será su prosperidad, sino su pureza; no su influencia, sino su intercesión. El mundo necesita ver creyentes que, en lugar de discutir en redes sociales, doblan sus rodillas; que, en lugar de imitar la ambición de los políticos, viven en humildad y servicio.

Quizás no todos los cristianos serán profetas, pero todos están llamados a ser lumbreras. Cada palabra, cada decisión, cada acto de justicia es una chispa que el Espíritu puede usar para alumbrar una generación. Pablo le dijo a los filipenses: ***“Para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (Filipenses 2:15).*** Esa es la identidad del creyente: no competir con la oscuridad, sino superarla con el resplandor de una vida transformada.

Cuando la Iglesia viva lo que predica, su sola existencia será denuncia. Cuando el mundo vea matrimonios fieles, economías limpias, corazones generosos y líderes humildes, sabrá que hay un Reino diferente operando entre los hombres. No necesitaremos gritar tanto si nuestra luz realmente alumbra. Las tinieblas se resisten al argumento, pero se rinden ante la evidencia.

Por eso, el llamado final de este tiempo no es al miedo, sino al resplandor. No es a refugiarnos del mundo, sino a ser enviados a él con la gloria de Cristo reflejada en el rostro. La oscuridad será más densa, pero también más visible será la

luz de los que nos atrevamos a proclamar la grandeza de nuestro Señor Jesucristo.

El futuro no pertenece a los sistemas corruptos, sino al Reino incommovible de Dios. La última palabra no será de los políticos, sino del Cordero. Y mientras el mundo se confunde entre la mentira y el miedo, la Iglesia fiel seguirá brillando, no con luz propia, sino con la del que dijo: ***“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12).***

Así terminará la historia: no con el triunfo de la corrupción, sino con el amanecer del Reino. Porque ninguna oscuridad puede resistir el día en que Cristo se levante en Su gloria. Y hasta que ese día llegue, la misión de la Iglesia es clara: ser luz en medio de las tinieblas, hasta que toda tiniebla sea disipada por la venida del Rey. Como dijo Isaías:

“Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; más sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria.”

Isaías 60:1 y 2



Capítulo catorce

LA BATALLA ESPIRITUAL CONTRA LA POLÍTICA CORRUPTA

“No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

Efesios 6:12

El creyente que observa el mundo con ojos naturales podría pensar que la política es solo un juego de intereses, una lucha de ideologías o una competencia por el poder. Pero quien mira con discernimiento espiritual entiende que detrás de cada estructura humana opera una realidad invisible. Las decisiones de los hombres poderosos, los discursos de los líderes, las estrategias de los gobiernos y aun los movimientos sociales no surgen en el vacío: son expresiones de una batalla que se libra en regiones celestiales. Por eso, el apóstol Pablo advirtió con claridad que nuestra lucha es espiritual.

Esa advertencia sigue siendo vital hoy. La política corrupta no es solo fruto de la ambición humana, sino de una ingeniería espiritual que busca controlar, dividir y destruir la justicia. Cada sistema de opresión tiene una raíz invisible, cada ideología anticristiana tiene un altar espiritual, y cada mentira institucionalizada responde a un espíritu que seduce y esclaviza. El enemigo no necesita poseer cuerpos para gobernar; le basta con poseer ideas. Las tinieblas han aprendido a operar por medio de estructuras, a disfrazarse de progreso y a vestir la injusticia con ropajes de democracia.

El espíritu de manipulación se ha convertido en una de las armas más eficaces del reino de las tinieblas. Desde los tiempos de Génesis, el enemigo ha usado la palabra como herramienta de distorsión. “¿*Conque Dios os ha dicho...*?” (**Génesis 3:1**) fue la primera estrategia de manipulación: sembrar duda sobre la verdad para debilitar la obediencia.

Hoy, ese mismo espíritu actúa en los discursos políticos que promueven confusión moral, relativismo y desconfianza hacia todo lo que procede de Dios. Se manipulan datos, se reescribe la historia, se distorsiona el lenguaje y se domesticán las conciencias mediante la seducción de las pantallas. Lo que antes era mentira, hoy se llama narrativa; lo que antes era pecado, hoy se llama libertad.

Detrás de la corrupción visible hay un poder espiritual que busca gobernar las mentes. La batalla no está solo en los parlamentos, sino en los pensamientos. Por eso, el apóstol

Pablo enseñó que las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Cristo (**2 Corintios 10:4 y 5**). Cada vez que la Iglesia se deja arrastrar por los debates ideológicos y abandona la oración, pierde terreno espiritual. Pero cada vez que vuelve al secreto, al altar, al clamor intercesor, recupera autoridad sobre los aires.

La verdadera lucha no se gana en los medios ni en las urnas, sino en el espíritu. Los reinos de este mundo se sacuden cuando los hijos de Dios se humillan y claman. Cuando Daniel entendió que su nación estaba bajo cautiverio, no escribió una protesta ni formó un partido; se volvió a Dios en ayuno, oración y confesión (**Daniel 9**). Mientras oraba, los cielos se abrieron y un ángel descendió con respuesta, revelando que había una guerra espiritual sobre Persia y Grecia. Eso mismo ocurre hoy: mientras la Iglesia intercede, los ángeles combaten y los cielos se mueven.

Pero el enemigo también sabe esto. Por eso intenta seducir al pueblo de Dios con distracciones, cansancio o incredulidad. Su estrategia no siempre es la persecución abierta, sino la comodidad espiritual. Si logra que la Iglesia pierda su fuego, ya no necesita oprimirla: bastará con entretenerla.

Una Iglesia sin oración es una Iglesia desarmada. Puede tener programas, recursos y estructuras, pero sin intercesión no tiene poder. La oración no es una práctica

devocional más; es el acto de gobierno del Reino en la tierra. Cuando la Iglesia ora, el Espíritu Santo establece fronteras en lo invisible y desmantela los planes del enemigo antes de que se concreten en lo visible.

Por eso, el Señor está llamando a Su pueblo a retomar el espíritu de intercesión. No una oración rutinaria, sino una oración con lágrimas, con discernimiento y con autoridad. No basta con pedir bendiciones; hay que levantar vallados, romper maldiciones, cerrar portales espirituales de corrupción y declarar justicia sobre las naciones. Cada creyente que ora con fe se convierte en un soldado invisible que combate por la verdad. Y aunque el mundo no lo vea, el cielo lo honra.

La santidad es otra de las armas olvidadas de la batalla espiritual. En un tiempo donde todo se negocia, la pureza es resistencia. Satanás no puede manipular a quien no tiene precio. Por eso, el enemigo busca manchar el testimonio, corromper las intenciones, sembrar orgullo en los ministerios y desviar la motivación de los que sirven. Pero cuando un hombre o una mujer decide vivir en integridad, se convierte en una fortaleza impenetrable. El enemigo no teme a los que gritan, sino a los que permanecen limpios.

El poder de la oración y la santidad no se mide por los resultados visibles, sino por la autoridad invisible que se establece en los aires. Hay pastores anónimos que con sus rodillas sostienen más estabilidad espiritual en una nación que muchos líderes políticos con todo su poder. Hay

intercesores desconocidos que, al clamar, detienen planes de violencia o abren puertas para que el Evangelio avance. Porque en el Reino, la verdadera fuerza no se ostenta, se manifiesta en silencio.

El cielo no busca activistas religiosos, sino sacerdotes intercesores. No necesita multitudes airadas, sino corazones quebrantados. No demanda estrategias humanas, sino vasos disponibles. Esta es la batalla del tiempo final: una guerra entre el espíritu de manipulación y el Espíritu de verdad, entre la mentira organizada y la verdad encarnada. No habrá victoria por medios humanos. Solo aquellos que se mantengan firmes en la santidad y la intercesión podrán resistir y prevalecer.

El tiempo presente exige una Iglesia despierta. No una Iglesia reactiva, que responde al escándalo del día, sino una Iglesia estratégica, que entiende las temporadas espirituales y se adelanta al enemigo con oración. Así como Moisés levantaba sus manos mientras Josué combatía, hoy la Iglesia debe sostener sus manos en lo alto para que la batalla en la tierra sea ganada en los cielos. Si los brazos caen, prevalecerá Amalec; si la oración se mantiene, prevalecerá el Reino.

En este tiempo, Dios está separando a los que oran de los que opinan. Está levantando centinelas que no buscan reconocimiento, sino resultados eternos. Mientras el sistema político se corrompe y la mentira se multiplica, el Espíritu Santo sigue susurrando: ***“Velad y orad, para que no entréis en tentación”*** (Mateo 26:41). Esa no fue solo una

instrucción para los discípulos cansados en Getsemaní, sino un mandato permanente para la Iglesia que espera el regreso del Señor.

La guerra espiritual no se gana con discursos, sino con lágrimas. No con estrategia, sino con obediencia. No con fuerza humana, sino con la unción del Espíritu. Porque solo el que permanece en la presencia puede resistir la manipulación del mundo. Y cuando la Iglesia retome su posición sacerdotal de rodillas, pero con autoridad, el poder político corrupto descubrirá que hay un Reino que no puede comprar ni intimidar: el Reino de Dios que avanza en justicia, en verdad y en luz.

El mundo se ha convertido en un campo de batalla invisible donde las decisiones humanas son apenas la superficie de un conflicto mucho más profundo. La política, con sus juegos de poder y discursos cargados de intereses, no es más que un reflejo de una guerra espiritual que se libra en las regiones celestes.

Pablo, al escribir a los efesios, desnudó esta realidad con palabras que atraviesan los siglos (**Efesios 6:12**). En este versículo se revela la verdadera naturaleza del conflicto que define la historia humana: una contienda entre el Reino de Dios y los poderes de las tinieblas que buscan dominar las estructuras del mundo.

Los cristianos no podemos caer en la trampa de pensar que la corrupción política se resuelve solo con nuevos

partidos, leyes o líderes. El problema no es meramente humano; tiene raíces espirituales. Las instituciones son influenciadas por espíritus, las decisiones son manipuladas por fuerzas invisibles, y los sistemas se corrompen cuando los hombres se entregan a la mentira, al ego y al poder.

Por eso, toda batalla espiritual que la Iglesia libra en este tiempo tiene un componente político, no en el sentido partidario, sino en el sentido del gobierno: se trata de quién gobierna sobre la mente, el corazón y las naciones. Detrás de los parlamentos y los palacios de gobierno, se mueven principados que buscan instaurar su dominio sobre los pueblos, moldeando pensamientos, valores y conductas para oponerse a la verdad de Dios.

Aclaro también para quienes no conocen mis enseñanzas, que los principados no son monstruos espirituales, son principios que se mueven en los aires afectando la mente y los sentimientos de las personas. Por esta causa el móvil utilizado por el enemigo es la cultura, la cual se ha potenciado por la globalización y la penetración de los medios tecnológicos.

Satanás siempre ha procurado corromper los tronos porque sabe que la autoridad influye sobre las masas. Por eso, desde el principio, tentó al hombre con la promesa de poder. Esa misma seducción sigue operando hoy en los líderes políticos que buscan controlar, manipular y someter. Pero el poder sin santidad se convierte en tiranía, y la autoridad sin verdad se transforma en instrumento del maligno. Cada vez

que un sistema político se desvincula de los valores del Reino, inevitablemente se abre la puerta a la opresión espiritual. Por eso, la Iglesia no puede permanecer indiferente ni caer en la ingenuidad de creer que se trata de meras ideologías. Las ideologías son las vestiduras visibles de los principados invisibles.

El espíritu de manipulación es una de las armas más antiguas de las tinieblas. En los tiempos de Jesús, los líderes religiosos y políticos de Israel fueron dominados por él. Manipularon al pueblo con mentiras, distorsionaron la verdad y fabricaron falsos testimonios para justificar la crucifixión del Hijo de Dios. Aquel día, el poder político se unió con la corrupción espiritual, y Pilato, representante de Roma, encarnó la cobardía de un sistema que teme perder su control más que perder la justicia. Nada ha cambiado demasiado: los Pilatos modernos se lavan las manos ante la verdad, los Herodes entretienen a las masas con espectáculos, y los sumos sacerdotes del poder manipulan las emociones colectivas para perpetuar su dominio.

El espíritu de mentira opera hoy con sutileza, disfrazado de comunicación política, de discurso progresista o de falsa compasión. Es el mismo espíritu que Isaías denunció cuando escribió: ***“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz!”*** (Isaías 5:20). En los tiempos finales, la batalla será, ante todo, una guerra por la verdad. Las palabras serán armas, las narrativas serán trincheras, y los medios serán el púlpito desde donde los principados intentarán

moldear el pensamiento colectivo. Pero la Iglesia, si permanece en la verdad, será la voz que desmonte la mentira y desarme las estrategias del enemigo. Por eso, más que nunca, los hijos de Dios deben ser gente discernidora, no manipulable, con oídos afinados al Espíritu y corazones firmes en la Palabra.

Sin embargo, esta guerra no se gana en los parlamentos, sino en los altares. No se vence con debates, sino con rodillas dobladas. La política del Reino no se ejerce con votos, sino con intercesión. Daniel lo comprendió cuando, en medio del imperio babilónico, abrió sus ventanas hacia Jerusalén y oró tres veces al día, desafiando el decreto de un rey manipulado por hombres malvados.

Sus oraciones movieron los cielos, y un ángel fue enviado en respuesta a su clamor, aunque la respuesta fue resistida durante veintiún días por el príncipe del reino de Persia (**Daniel 10:13**). Allí se revela el misterio: detrás de cada decisión política puede haber una resistencia espiritual que solo la intercesión persistente puede quebrar.

La oración y la santidad son las armas que desmantelan las fortalezas invisibles. La Iglesia no puede enfrentarse a la corrupción del mundo si vive corrompida. La autoridad espiritual no se compra con influencias, se gana en el secreto con Dios. La oración sin santidad se vuelve ritual; la santidad sin oración se convierte en aislamiento; pero cuando ambas se combinan, la Iglesia se levanta como ejército espiritual que conquista sin violencia, que vence sin armas humanas, que

gobierna sin tronos visibles. Jesús mismo, antes de enfrentar el poder político y religioso de su tiempo, se fortaleció en oración en Getsemaní. Fue allí, en la soledad de la noche, donde ganó la batalla que luego se manifestaría en la cruz. Quien vence en oración, vence en la historia.

La corrupción política es, en última instancia, un reflejo de la corrupción del corazón humano. Solo un pueblo santo puede provocar un cambio duradero. Por eso, el Espíritu Santo está llamando a la Iglesia a una purificación profunda. No se trata de organizar movimientos religiosos ni protestas públicas, sino de consagrar la vida entera al Señorío de Cristo.

Cuando la Iglesia viva lo que predica, su autoridad será incuestionable. El mundo político, aunque no lo admita, reconocerá su luz. Y cuando el enemigo intente manipular las estructuras del poder, encontrará una Iglesia que no se deja intimidar ni seducir, porque su poder no depende de los hombres, sino del Dios que reina sobre todas las cosas.

La batalla espiritual contra la política corrupta no se libra en los congresos, sino en los corazones que deciden no contaminarse. Cada vez que un cristiano ora por sus gobernantes, intercede por su nación o elige la verdad sobre la conveniencia, está participando en esa guerra invisible. La victoria no vendrá por un sistema, sino por una Iglesia que vive bajo el dominio del Espíritu. Es tiempo de que los creyentes despierten a esta realidad: no somos espectadores

del conflicto, somos soldados del Reino. Nuestra tarea no es maldecir la oscuridad, sino encender la luz.

La esperanza del creyente nunca ha estado en los reinos de la tierra, sino en el Reino eterno de Cristo. Las Escrituras son claras al respecto: ***“Pongan la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”*** (Colosenses 3:2). Cuando la Iglesia olvida esto, se desalienta ante la corrupción del mundo. Pero cuando su mirada se eleva, descubre que la historia humana es solo el escenario donde Dios está cumpliendo su propósito redentor. Las naciones se agitan, los gobiernos cambian, los imperios se derrumban, pero el trono del Cordero permanece firme por los siglos.

La política humana promete progreso, pero solo el Reino de Dios ofrece redención. Cada promesa incumplida de los hombres debería recordarnos que solo Cristo es digno de confianza. Él no vino a reformar los sistemas del mundo, sino a introducir un nuevo orden espiritual, una nueva creación. Jesús no buscó el poder de Roma ni los favores del Sanedrín; su Reino no dependía del voto popular ni de las alianzas humanas.

Por eso, el llamado de la Iglesia no es conquistar el poder político, sino ejercer influencia espiritual. No se trata de ocupar tronos humanos, sino de representar al Rey celestial en cada esfera de la vida. La mentalidad de Reino es, ante todo, una forma de pensar y vivir bajo la autoridad de Cristo. Mientras los políticos buscan control, el Reino busca obediencia; mientras los hombres buscan poder, el

Reino busca servicio; mientras el mundo exalta al que domina, el Reino exalta al que se humilla.

Tener mentalidad de Reino significa mirar la realidad con los ojos de Dios. No reaccionar al caos con desesperanza, sino responder con fe y sabiduría. Cuando el sistema político se derrumba, la Iglesia debe mantenerse firme como columna y baluarte de la verdad (**1 Timoteo 3:15**). Debe ser la voz que no se deja comprar, la conciencia que no se calla, y la luz que no se apaga. Porque la verdadera autoridad espiritual no necesita micrófonos ni cargos públicos; se manifiesta en el carácter, en la integridad y en la coherencia entre lo que se predica y lo que se vive.

El Reino de Dios se manifiesta cuando la Iglesia decide vivir de acuerdo con la justicia, la verdad y la misericordia. En medio de la corrupción política, Dios espera que su pueblo muestre otra manera de gobernar: no desde los despachos, sino desde el servicio; no con promesas vacías, sino con obras que reflejen el amor de Cristo.

La justicia del Reino no se impone, se encarna. La verdad del Reino no se grita, se vive. La misericordia del Reino no se negocia, se extiende. Cuando la Iglesia practica estos valores, se convierte en la alternativa visible a los sistemas corrompidos. No necesita ocupar el lugar del mundo, sino mostrar que hay un camino más alto, un modelo diferente, una esperanza que no depende del calendario electoral. La transformación de una nación comienza en los corazones transformados por Cristo. Y cuando esos

corazones se multiplican, la luz del Reino se extiende como levadura en la masa.

Sin embargo, para cumplir esta misión, la Iglesia necesita mantenerse libre del espíritu de este siglo. No puede combatir la corrupción si adopta sus métodos; no puede denunciar la mentira si vive en incoherencia. Por eso, el Señor está purificando a su pueblo. Está despertando a una generación que ya no busca el aplauso, sino la presencia; que no persigue popularidad, sino santidad; que no negocia la verdad por conveniencia, sino que la defiende con amor y firmeza. Esta generación de creyentes será el testimonio viviente de que el Reino de Dios avanza en medio de las tinieblas.

El regreso de Cristo no será una sorpresa para los que viven con mentalidad de Reino. Ellos ya caminan en el espíritu del Reino venidero. Saben que el Rey no tarda, y por eso preparan su corazón como la novia que espera al esposo. Jesús preguntó: ***“Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”*** (Lucas 18:8). Esa pregunta no busca información, sino reflexión. ¿Hallará una Iglesia que aún cree en su poder, en su justicia y en su Reino? ¿O encontrará una comunidad distraída por los placeres de la política o la comodidad del mundo?

Preparar el corazón para el regreso del Rey implica vivir cada día con sentido de eternidad. No es escapar del mundo, sino servir en él con fidelidad, sabiendo que todo lo temporal será juzgado y solo lo eterno permanecerá. Implica

construir, no con madera, heno y hojarasca, sino con oro, plata y piedras preciosas **(1 Corintios 3:12 y 13)**: obras puras, intenciones limpias, fe probada por el fuego.

Por eso, la Iglesia no puede desanimarse ante la corrupción ni ceder ante el miedo. Este es el momento de su mayor influencia espiritual. Cuanto más oscura sea la noche, más visible será la luz. No hemos sido llamados a adaptarnos, sino a transformar; no a competir con el poder, sino a manifestar la autoridad del Reino. Los gobernantes del mundo buscan controlar el futuro; la Iglesia del Reino camina hacia un futuro ya asegurado por la victoria de Cristo en la cruz.

El día se acerca en que el Rey volverá, y toda política humana será silenciada ante Su trono. Los poderosos se inclinarán, los impíos serán juzgados, y la verdad triunfará definitivamente. Hasta entonces, la Iglesia debe mantenerse firme, orando, intercediendo y viviendo en santidad. Porque en cada generación, Dios busca un pueblo que se atreva a ser diferente, que resista la corrupción con pureza, y que anuncie con su vida el gobierno inquebrantable de Cristo.

“Manténganse alerta; permanezcan firmes en la fe; sean valientes y fuertes.”

1 Corintios 16:13



Capítulo quince

EL REINO INCONMOVIBLE DEL CORDERO

“El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.”

Apocalipsis 5:12 y 13

Todo lo que el hombre construye sin Dios está destinado a caer. Los imperios se levantan y se derrumban como castillos de arena ante la marea de la eternidad. La historia humana es una sucesión de tronos temporales que pretenden perpetuarse, pero que terminan disolviéndose ante el paso inmutable del Reino de Cristo. Desde Nabucodonosor hasta los poderes modernos, todos los sistemas humanos, políticos y económicos han querido sostener su gloria sobre la tierra, pero el tiempo siempre termina revelando su

fragilidad. El orgullo político es un eco de Babel, una torre que intenta tocar el cielo sin reconocer al Creador.

Las Escrituras declaran que *“aún una vez, y conmovaré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase, ‘una vez más’, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconvencibles. Así que, recibiendo nosotros un Reino inconvencible, tengamos gratitud”* (Hebreos 12:26 al 28). Este texto es la síntesis profética de toda la historia humana. Todo lo movable, lo construido sobre la soberbia, la mentira, el poder y la corrupción, será sacudido. Solo permanecerá aquello que tiene fundamento en la justicia del Cordero.

Los reinos de la tierra tiemblan porque su raíz está en la rebelión. El Reino de Dios, en cambio, descansa sobre el sacrificio de Cristo. Uno se edifica sobre la ambición; el otro, sobre la obediencia. Uno busca dominar a los hombres; el otro, reconciliarlos con el Creador. Uno se impone con violencia; el otro conquista con amor. Por eso, cuando el Hijo de Dios venga en gloria, no lo hará para disputar votos ni alianzas, sino para establecer un Reino eterno en el cual la justicia morará para siempre **(2 Pedro 3:13)**.

El día del juicio será el gran desenlace de todos los conflictos políticos. Aquel día, los nombres más temidos de la tierra se volverán polvo ante la presencia del Rey de reyes. Los poderosos que manipularon pueblos, los líderes que se enriquecieron con el dolor de otros, los gobernantes que

negaron la verdad y persiguieron la justicia, todos comparecerán ante el trono del Cordero.

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos... y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.”

Apocalipsis 20:12

La política humana será juzgada por su pretensión de sustituir la soberanía divina. Desde el Edén, el hombre quiso gobernarse a sí mismo sin rendir cuentas al Creador. Pero el juicio final demostrará que toda autoridad terrenal, por grande que haya sido, solo era un préstamo. Dios pedirá cuentas de cada decisión, de cada decreto, de cada palabra pronunciada en nombre del pueblo. Y cuando el tribunal de Cristo se abra, quedará claro que la justicia humana no es justicia, sino una sombra deformada de la Verdad.

Los sistemas humanos serán desmantelados. Los parlamentos, los palacios de justicia, los bancos y los tronos serán solo ruinas ante la manifestación del Reino eterno. Aquel que fue despreciado y crucificado volverá con poder y gran gloria. Ya no con una corona de espinas, sino con muchas diademas sobre su cabeza (**Apocalipsis 19:12**). Los ejércitos celestiales lo seguirán, y en su vestidura estará escrito un nombre que ninguna agenda política podrá borrar: ***“Rey de reyes y Señor de señores”***.

El juicio no será una venganza, sino una restauración del orden divino. La tierra gime por ser liberada del dominio del pecado y de la corrupción (**Romanos 8:22**). Cada lágrima derramada por la injusticia, cada voz silenciada por el poder, cada alma que sufrió por causa de la verdad, será vindicada. El Reino del Cordero no solo pondrá fin al abuso de autoridad, sino que sanará la creación entera. Habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, donde la política dejará de existir porque el gobierno volverá a estar en manos del único digno de gobernar.

Entonces se cumplirá la profecía de Daniel: ***“Y el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, será dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán”*** (**Daniel 7:27**). Lo que los imperios intentaron conquistar con espada, Cristo lo obtuvo con sangre. Lo que los hombres buscaron por poder, el Cordero lo ganó por humildad. La cruz fue su trono de justicia, y la resurrección, su proclamación de autoridad.

En ese día, los contrastes serán revelados: los que hoy se exponen en los altares del poder, serán despojados; y los que fueron perseguidos por su fe, serán exaltados. La Iglesia despreciada por los gobiernos, burlada por los medios y marginada por los sistemas, será reconocida como la Esposa gloriosa del Cordero. Aquellos que oraron en secreto por la justicia verán el fruto de su fidelidad. Las lágrimas derramadas en las madrugadas de intercesión se convertirán en coronas eternas.

La política humana se desvanecerá, pero el Reino del Cordero permanecerá. Su justicia no será negociada, su verdad no será discutida, su autoridad no será cuestionada. Él Señor reinará, y las naciones vendrán a la luz de Su gloria. No habrá campañas electorales, ni partidos, ni corrupción. Solo habrá un pueblo y un Rey. El mundo que hoy parece girar bajo el caos político será finalmente gobernado por la paz.

“Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre”

Isaías 32:17

La historia humana terminará donde comenzó: en la presencia de Dios. Lo que Adán perdió en el Edén, Cristo lo restaurará en plenitud. El Reino que fue anunciado por los profetas, confirmado en la cruz y revelado en la resurrección, será establecido con poder en la tierra renovada. Y la voz de una multitud redimida proclamará:

“¡Aleluya! Porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina...”

Apocalipsis 19:6

El Cordero que fue inmolado y que resucitó de entre los muertos no volverá a la tierra como un siervo sufriente, sino como el Rey victorioso que viene a reinar. Su trono no será levantado por manos humanas, ni su autoridad dependerá de votos ni alianzas políticas. Su Reino no conocerá corrupción, ni traición, ni sombra de injusticia. Será

un Reino eterno, incommovible, establecido sobre la verdad y la santidad.

Las coronas de los poderosos caerán ante sus pies. Las naciones serán juzgadas no por su poder militar ni por su influencia económica, sino por cómo respondieron a la luz del Evangelio. Los hombres que dominaron la tierra con engaño y manipulación verán en el cielo al Hijo del Hombre venir con poder y gran gloria, y todos los ojos lo verán. Entonces se cumplirá la palabra que los profetas anunciaron:

“Jehová será Rey sobre toda la tierra; en aquel día Jehová será uno, y uno su nombre.”

Zacarías 14:9

El Reino de Cristo no se sostendrá en las estructuras que el mundo admira. No tendrá necesidad de propaganda ni de instituciones humanas para afirmar su dominio. Su Reino será manifestado en justicia perfecta, en misericordia pura y en verdad eterna. Los pueblos serán consolados bajo su gobierno y la creación misma, que hoy gime bajo la corrupción, será libertada en gloriosa redención. Todo lo que fue torcido será enderezado, y toda lágrima será enjugada por las manos del Dios que hizo nuevas todas las cosas.

El pueblo de Dios, ese remanente que permaneció fiel en medio de la oscuridad, reinará con Él. No por mérito humano, sino por la gracia del Cordero. Ellos no buscaron tronos en la tierra ni poder entre los hombres; buscaron agradar al Señor. Mientras los impíos amasaban tesoros

corruptibles, ellos atesoraban justicia, fe y esperanza. Mientras el mundo adoraba la mentira, ellos levantaban altares de verdad. Fueron despreciados, ignorados, burlados, pero el día del Señor vindicará su fe. ***“Si sufrimos, también reinaremos con Él” (2 Timoteo 2:12).***

Ese Reino inconmovible no será un sueño lejano. Está ya en marcha en el corazón de los redimidos. Cada acto de obediencia, cada oración sincera, cada gesto de amor en nombre de Cristo es una semilla del Reino que pronto florecerá en gloria. El mundo se estremece porque los reinos humanos están por caer; pero la Iglesia, aunque sacudida, no será destruida.

“Por lo cual, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia.”

Hebreos 12:28

Los cimientos de la tierra tiemblan, pero el trono de Cristo permanece firme. Su voz resuena sobre las aguas, sobre los pueblos, sobre las instituciones que se creyeron eternas. Su justicia avanza, y ningún decreto humano podrá detenerla. Los que gobernaron sin temor de Dios serán confrontados con la luz de su santidad. Los que legislaron en contra de la vida, los que se enriquecieron oprimieron al justo, los que mintieron para mantenerse en el poder, todos comparecerán ante el tribunal del Rey de reyes. Pero también los que proclamaron su nombre y vivieron con fidelidad,

aunque en pobreza y humillación, serán honrados delante de las huestes celestiales.

La Iglesia no espera una utopía política, sino la manifestación gloriosa del Reino eterno. No mira hacia los palacios ni hacia los parlamentos, sino hacia los cielos, de donde vendrá su Salvador. Y mientras espera, no se conforma al sistema, sino que resplandece con la luz del Evangelio en medio de la oscuridad. Su misión no es conquistar por la fuerza, sino vencer por el testimonio. No lucha con armas humanas, sino con la verdad que libera. No se alimenta del temor, sino de la esperanza.

Hoy, cuando la corrupción parece inquebrantable y la mentira domina el discurso de los poderosos, la Iglesia está llamada a vivir con mentalidad de Reino: no atada al fracaso de los hombres, sino sostenida por la victoria del Cordero. Su fe no depende del curso de la historia, porque sabe que la historia culmina en Cristo. Por eso no teme al caos, ni se desespera ante la maldad. Sabe que el gobierno de Dios no está en peligro, que su Reino no será movido, y que la palabra del Señor prevalecerá por los siglos de los siglos.

El clamor de los justos, las lágrimas de los oprimidos, las oraciones de los santos y el testimonio de los mártires no serán olvidados. Todo ha sido registrado delante del trono del Cordero. Y cuando los cielos se abran, Él mismo responderá. ***“He aquí, yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:12).*** La historia no terminará con los discursos de los

políticos ni con los decretos de los gobiernos, sino con la voz del Cordero que dice: ***“He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”***.

Hasta ese día, la Iglesia sigue caminando entre ruinas, pero con los ojos puestos en la ciudad celestial. Sirve en medio de un mundo que la desprecia, pero lo hace con la certeza de que su labor no es en vano. Ama, ora, predica y persevera, sabiendo que su Redentor vive. Y cuando la oscuridad más densa cubra la tierra, la gloria del Señor amanecerá sobre ella. Porque la luz que habita en el corazón de los fieles es más fuerte que todas las tinieblas del mundo.

Así concluye la historia de los hombres y comienza la eternidad del Reino. Los poderosos pasarán, las naciones desaparecerán, pero Cristo reinará para siempre. Su Reino no tendrá fin. Y los que creyeron en Él, los que mantuvieron su fe sin corromperse, los que esperaron su venida, escucharán su voz decir:

“Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.”

Mateo 25:34

“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos.”

Apocalipsis 11:15

Oración final:

Padre celestial, nos postramos ante Ti en humildad y adoración. Hoy reconocemos que todo poder terrenal es efímero, que todo gobierno humano se desvanecerá, y que solo Tu Reino es eterno e inconmovible...

Gracias, Padre, porque en medio de la corrupción y la injusticia, levantaste Tu voz a través de profetas y santos, para recordarnos que Tu soberanía no puede ser arrebatada, que Tu justicia no falla y que Tu verdad permanece para siempre...

Te pedimos, Señor, que fortalezcas a Tu Iglesia para que camine con valentía en medio de las tinieblas de este mundo. Haznos luz que no se apaga, voz que denuncia sin miedo, manos que sirven con integridad y corazones que aman con pureza. Que nunca busquemos la aprobación del mundo, sino agradarte a Ti en todo, confiando que nuestras obras, aunque pequeñas, son semillas de Tu Reino que florecerán eternamente...

Que nuestra esperanza no esté en los hombres, ni en sus promesas ni en sus sistemas, sino en Ti, el Cordero victorioso, que ya ha vencido al pecado, a la muerte y al engaño del enemigo. Manténnos firmes en oración, intercesión y santidad, guiados por Tu Espíritu, preparados para Tu regreso glorioso. Que cada palabra que pronunciemos y cada acción que emprendamos refleje Tu justicia, Tu misericordia y Tu verdad...

Padre, que nuestra vida sea un testimonio vivo de que Tu Reino es real, que Tu autoridad no se negocia y que Tu gloria se manifiesta en los corazones obedientes. Sostén a Tu Iglesia, protégenos de la corrupción del mundo y permítenos ser instrumentos de reconciliación y transformación. Que en la espera de Tu venida, nuestros ojos permanezcan fijos en Ti, y nuestro corazón firme en la certeza de Tu victoria...

Y cuando el día llegue, en que todo ojo te vea y toda rodilla se doble, que podamos escuchar Tu voz diciendo: “Bienaventurados los fieles, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. Que nuestra alegría sea completa, Señor, porque sabremos que todo lo que hemos esperado, sufrido y amado por Ti no ha sido en vano...

Padre, de la misma forma, te pedimos justicia ante los corruptos de hoy. Que todos los políticos que hoy mienten, roban y se abusan de sus cargos con relatos mentirosos para controlar las masas y engañar a la sociedad, paguen cada una de sus mentiras, que ante tu trono caigan arrepentidos y avergonzados por su maldad. Sin embargo, también te pedimos que tengas misericordia de quien debes tener misericordia, en el Nombre de Jesús...

Te adoramos, Señor, y te entregamos este tiempo, nuestras vidas y toda nuestra historia, confiando en que Tu Reino ya está en marcha, y que un día lo veremos pleno en la tierra como en el cielo. En el nombre del Cordero que fue inmolado y que vive para siempre... ¡Amén!

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://mí.página.personal) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

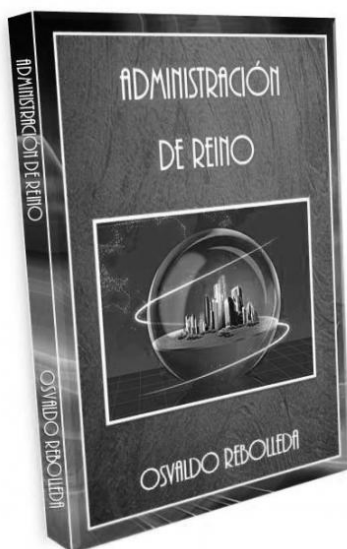
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

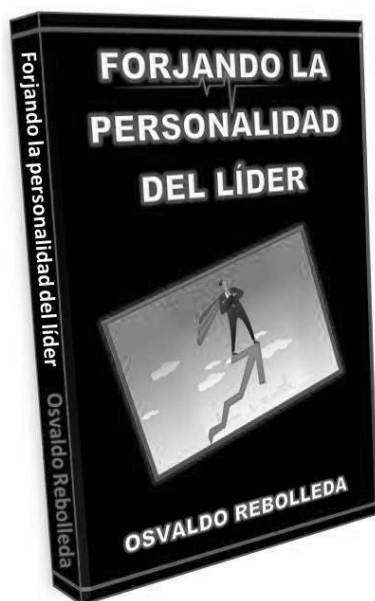
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

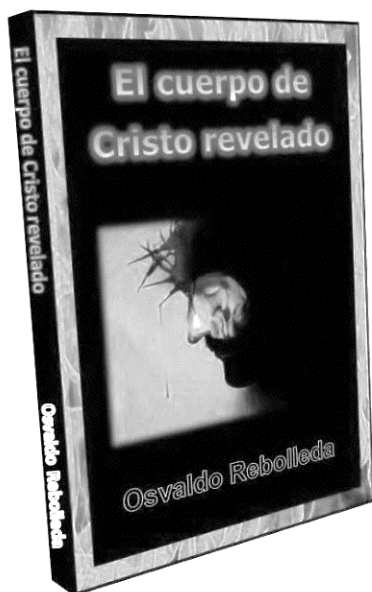
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

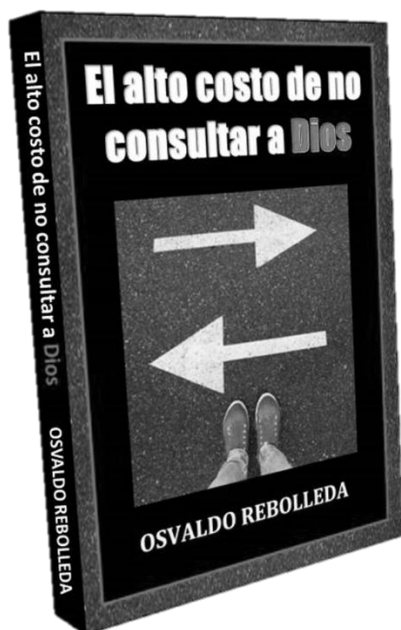


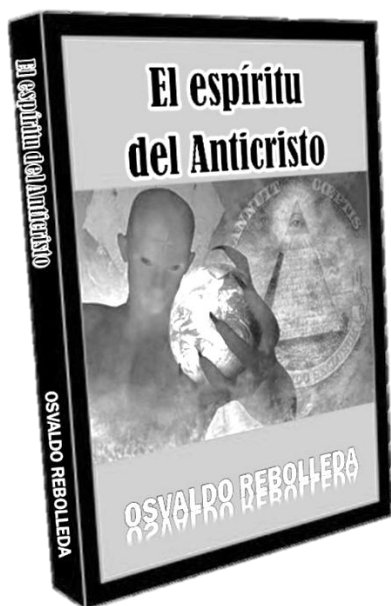
www.osvaldorebolleda.com



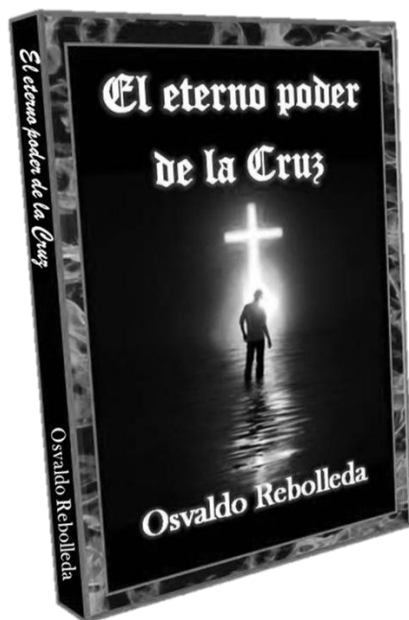
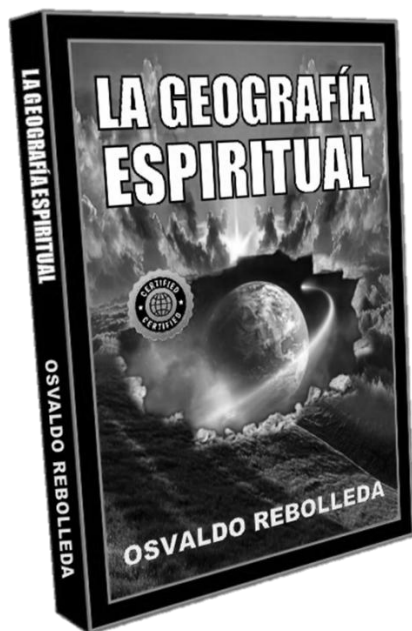


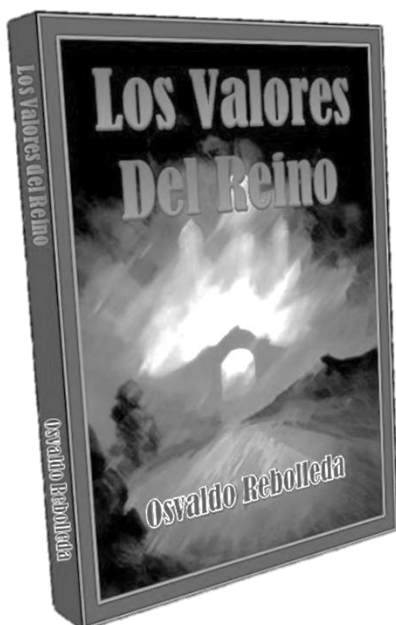
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

